

LADRONAS

de

NUEVA

York

Estefanía
Yepes

4

LADRONAS DE
NUEVA YORK.

Primera edición: Junio 2018

© Estefanía Yepes, 2018

Safe Creative - Registro de la Propiedad Intelectual.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PORTADA:

Diseño: ©Estefanía Yepes

Imagen: Pixabay. (Licencia Creative Commons)

Estefanía Yepes (Barcelona, 1988). Licenciada en Derecho. Compagina su actual trabajo con la escritura y la preparación a una oposición.

Actualmente tiene diez novelas publicadas siendo la primera (“Quiero que conozcas a alguien”, Abril 2014) la que más éxitos ha cosechado. Número 1 en ventas durante 3 meses consecutivos en 2014, superó al poco tiempo los 10.000 ejemplares vendidos y resultó escogida por la red como ganadora del *premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014* y el *Premio púrpura a mejor autora revelación en romántica adulta 2014*.

EN CAPÍTULOS ANTERIORES...

Una noche en la que tenían previsto convertirse en las únicas protagonistas y en la que todo parecía que iba a salir bien, había dado pie a la más dura e inesperada de todas las situaciones posibles. Elle había conseguido luz verde para su proyecto, gracias al cual, el negocio de Lorie volvería a ser el mismo de antes y Sarah, por otro lado, quería celebrar junto a ellas su última noche en el apartamento que habían compartido durante diez años.

Sin embargo, veinticuatro horas después, las cosas son muy distintas y de repente, parece que la luz se ha apagado por completo... Esta vez de verdad.

Nada volverá a ser lo mismo para las chicas y las tres lo saben. El momento es decisivo, el más duro al que seguramente se hayan enfrentado antes.

Lorie se ha metido en la cama con la persona equivocada y Elle acaba de descubrirlo. Ninguna de las dos es capaz de controlar sus sentimientos y ahora, estos son los que decidirán qué paso vendrá a continuación.

Por otro lado, Sarah, justo cuando creía que ya no podía encontrar más motivos que sumar a sus dolores de cabeza, descubre que Michael Spencer —hijo— ha llegado dispuesto a romper sus esquemas y, seguramente, mucho más que eso.

ÍNDICE.

[EN CAPÍTULOS ANTERIORES...](#)

[ÍNDICE.](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[En la próxima entrega...](#)

CAPÍTULO 1

Lorie.

Unas horas antes.

Me moría de sed. Como si no me hubiera pasado la noche entera bebiendo. Mandaba narices. Encendí la lucecita de la mesilla que había junto a mi cama y busqué la botella de agua, pero esta estaba completamente vacía. Fantástico.

Me puse en pie y antes de salir, me acerqué a la puerta tambaleándome, con el objetivo de comprobar que ya no quedara nadie en casa. Me había metido en la cama en ropa interior y una camiseta de tirantes y no tenía ningún tipo de intención de cambiarme por un simple botellín de agua. ¿Cómo demonios habíamos llegado a beber tanto? Salí y anduve haciendo eses hasta la cocina. Todo el apartamento estaba a oscuras. No obstante, con el tiempo había desarrollado la virtuosa habilidad de recorrerlo a tientas, sin magullarme los dedos de los pies contra ningún mueble. Me froté la cara y abrí la puerta del frigorífico de donde saqué un botellín. Fui a cerrarla y entonces, al girarme para regresar, el pulso se me aceleró de golpe, alcanzando límites peligrosos. Muy peligrosos. No pude gritar ni moverme; ni siquiera sabía cómo podía no haberle visto antes. Apoyado contra la mesa del salón estaba Olly. Tenía la respiración agitada y la vista perdida en algún punto de la mesa. La estampa era...

Estaba segura de que si despegaba los labios para preguntarle qué hacía ahí se me escaparían las pocas fuerzas que permitían que todavía me mantuviera en pie. Me fijé mejor en su aspecto y descubrí que llevaba la camisa abierta y su pecho oscilaba arriba y abajo, visiblemente alterado. Mis ojos comenzaron a acostumbrarse a la penumbra y al final, aunque temerosa, di un paso al frente. Como si se percatara por primera vez de mi presencia, elevó el mentón y su

mirada, turbia y enajenada, me buscó. Creí que iba a morir en ese mismo instante. Literalmente. Y juro por Dios que lo hubiera hecho si a cambio hubiera podido seguir siendo observada de ese modo durante el resto de mi etérea eternidad. Pero ese sencillo pensamiento lo único que logró fue colapsarme las arterias, mientras que sus ojos desfilaban inclementes por mi cuerpo, recorriéndolo por completo. No estaba bien, no hacía falta ser adivina para darse cuenta de ello, pero yo tampoco me hallaba en plenas facultades y quizá eso lo volvía todo mucho más fácil todavía... o tal vez menos real. Mis dedos se aferraron con fuerza a la botella de plástico cuando sus ojos se detuvieron sobre mis piernas desnudas. Tal vez me hubiera desmayado a lo largo de la noche y eso no fuera más que un sueño. Al fin y al cabo, no veía a Elle por ninguna parte, tendría sentido que así fuera... ¿no?

Tragó saliva a cámara lenta y el movimiento de su garganta se perfiló en la penumbra, a través de la poca luz que se colaba impetuosa a través de las ventanas. Apartó las manos de la mesa y se irguió por completo, con la camisa completamente abierta y el pecho descubierto. Si antes de salir del dormitorio me moría por un trago de agua es que no tenía ni la más remota idea de lo que era sentirse asfixiado y deshidratado. Ahora era consciente y a pesar de ello, no hubiera cambiado esa sensación por todos los botellines de agua del mundo. Preferiría morir en sus ojos que vivir en su invisible presencia.

Mi mente se nubló cuando dio un paso al frente, todavía jadeante, sin dejar de mirarme fijamente. Tenía la mirada completamente ida y su aliento destilaba un fuerte aroma a alcohol. Estaba ebrio. Y a mí no me hacía falta tener que dar otro paso para demostrar que tampoco me encontraba precisamente en uno de mis momentos más lúcidos. Me hubiera gustado suplicarle que parara de mirarme así, que me contara qué le pasaba y de ese modo, poder ayudarlo. En cambio, no podía dejar de observarlo y de excitarme cada vez que sus ojos volvían a pasearse indecorosos por mi cuerpo, semidesnudo.

Dio otro paso más en mi dirección y supe que perdería el equilibrio si me

movía un solo centímetro. Sin pretenderlo, mis ojos se desviaron hacia su torso, cubierto por una fina capa de vello, y sentí un intenso cosquilleo en la columna que se esparció por todo mi cuerpo. Su respiración seguía igual de agitada, como si aquel estado en el que se hallaba sumido no remitiera. Le veía sufrir y al mismo tiempo veía en sus ojos el deseo. Y yo no era tan fuerte.

Nunca lo había sido.

Se acercó todavía más y nuestros cuerpos quedaron apenas a unos centímetros de distancia. Su aliento me rozó las mejillas y sentí vértigo, del de verdad, del que crees que no podrás combatir jamás, ni siquiera con el fármaco más potente del mercado. Olía a vino y cerveza, y en sus labios resultaba una mezcla demasiado tentadora. Me observaba con el fuego crepitando en sus ojos, que incluso en la oscuridad se intuían claros y llameantes. Alzó una mano y la llevó hacia mi rostro. La mantuvo durante unos instantes en el aire, sin moverse, sin dejar de mirarme. No sé si pedía permiso o perdón pero, en ambos casos, me lo pedía a mí, solo a mí, y estaba dispuesta a concederle ambas cosas.

La yema de sus dedos entró en contacto con mi piel y creí que no iba a poder soportarlo. Era injusto, seguramente ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, a juzgar por la turbia intensidad de su mirada. En sus ojos tal vez yo era Elle y a pesar de ello, no me aparté. Sus dedos recorrieron mi mejilla y descendieron muy lentamente por mi cuello. Se deslizaron por mi clavícula y entonces, con una parsimonia que amenazaba con romperme en millones de micropedacitos de mí misma, se detuvo sobre mi pecho y lo contorneó con una delicadeza que podría servir para someter incluso al más incrédulo e insensible. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por contener un par de lágrimas. La lucha que se estaba librando en mi interior bajo su intensa mirada era algo para lo que nadie me había preparado jamás. Por un lado quería sentirme libre, sonreír y disfrutar, provocarle y sentirme viva. Sin embargo, a pesar de ello, no podía dejar de pensar en que estaba traicionando a mi mejor amiga. Aunque ella hubiera dicho que no quería estar con él... que no tenían nada serio. Pero, a pesar de eso, él

seguiría siendo suyo... Siempre sería suyo.

—Olly... —murmuré entonces, incapaz de acabar con lo que en realidad habría querido decirle.

Su mano ascendió y entonces, con suavidad, su dedo pulgar se posó sobre mi labio mientras que con la palma envolvía mi mandíbula. Jugueteeó con el dedo y dibujó su contorno, obligándome a levantar un poco la cabeza, gesto al que cedí. No podía dejar de mirarlo, no podía dejar de sentirme viva mientras él siguiera contemplándome de ese modo. No podía dejar de pensar que era la peor amiga del mundo y al mismo tiempo, suplicarle que acabara de una vez por todas con la soga que había anudado a mi cuello y de la que él estaba tirando demasiado sin ser consciente.

—Olly... —intenté de nuevo, buscando algún resquicio de razón que pudiera quedar en mi interior.

Pero esta vez no me dio tiempo a más. Sus labios se posaron sobre los míos con una fuerza tan protectora como desconsiderada y entonces, cuando creí que iba a morir, a alcanzar el nirvana o cualquier otra de esas cosas que siempre había imaginado, pasó todo lo contrario. Lo único que no esperaba; lo único para lo que no estaba preparada.

Dejé de pensar.

Dejé de pensar en él, en mí y en todo lo demás. Nada; no había absolutamente nada más en mi interior que no fuera el deseo que sus besos encendieron. No había remordimientos, miedo ni reproches. No había inseguridades ni menosprecios.

Sus besos me devoraban con pasión, enajenados pero hambrientos, y me entregué a ellos sin poder pensar en nada que no fuera lo bien que sabían después de haberlos soñado durante tanto tiempo.

Una de sus manos se acopló a la curva de mi espalda y la otra bajó hacia mis

nalgas, donde se aferró con una fuerza casi animal. No tardé en reaccionar. No podía creer lo que estaba sucediendo pero no podía detenerme para tratar de comprenderlo.

Ni siquiera sé cómo llegamos a mi dormitorio. Lo hicimos sin más y de repente, sus manos levantaban mi camiseta sin necesidad de pedir permiso. Mis brazos obedecieron y se alzaron, mientras sus besos seguían torturándome con el sabor del mismísimo edén. Así con fuerza su camisa y tiré de ella, dejándola caer al suelo.

Todo sucedió demasiado deprisa a partir de ese momento. Tenía un hambre feroz, su necesidad de un cuerpo en el que desahogarse era aniquiladora y el mío estaba preparado y predispuesto, mientras en mi cabeza tenía lugar una contienda muy distinta. Razón y corazón luchaban a muerte, con todas sus armas, con todas sus fuerzas. Ahora sin ejércitos de por medio, tan solo ellos dos. Y mientras tanto, mi cuerpo se liberaba encajado bajo el suyo, sintiéndole tan adentro que ni siquiera la gran cantidad de alcohol evitó que una lágrima resbalara por mi sien cuando me arqueé después de vibrar con el orgasmo más puro, intenso y vivo que hubiera experimentado jamás.

Lo sentí en mi cuerpo, en mi cabeza, en todo mi ser...

CAPÍTULO 2

Sarah.

Ahora.

—Lorie por favor, deja de llorar... deja de culparte.

El llanto silencioso es el más doloroso de todos. Lo aprendí de jovencita, cuando Mike desapareció de mi vida sin más. Lorie tenía razón, por mucho que me negara a aceptarlo —todavía—, siempre fue mi primer amor y aunque lo superé con el tiempo, hay lecciones que jamás puedes volver a olvidar. Y esa era una de ellas. Las lágrimas de Lorie me mojaron el hombro pero su silencio era todavía peor. Sabía que estaba colada por Olly pero jamás llegué a imaginar que lo estaba hasta ese punto. Y eso complicaba muchísimo más la situación.

—Lorie... —dije, sin dejar de acariciarle la espalda.

Lo peor de todo era que él seguía en su dormitorio y tendría que enfrentarse a la realidad, por mucho que esta amenazara con destruirla. ¿Cómo habían podido permitir que eso pasara?

Cuando creí que iba a tener que emplear un tono más severo con tal de hacerla reaccionar de una vez por todas, lo hizo ella por sus propios medios. Apartó lentamente la cabeza y cogió una servilleta que había sobre la mesa para pasarla por sus mejillas y luego sonarse. Me dolía en el alma verla tan abatida.

—¿Qué he hecho, Sarah? —sollozó, con un sufrimiento contenido que te rompía por dentro.

—No te castigues, Lorie. Lo hecho, hecho está. Pero ahora tenemos que pensar rápido. Elle saldrá hecha un basilisco de un momento a otro y Olly todavía está durmiendo en tu cama...

—Oh... mierda —musitó, al borde del llanto una vez más—. ¡¿Qué hago?!

—Tienes que despertarlo y decirle que se vaya.

—No... no puedo, Sarah. No puedo.

Cuando su labio inferior comenzó a temblar supe que lo decía de verdad. No tenía fuerzas para enfrentarse a Olly, lo cual no hacía más que confirmar todas mis sospechas. Lo que sentía por él era mucho más fuerte de lo que debería.

—Vale, hagamos una cosa —la apremié—. Métete en el cuarto de baño. Yo me encargo de Olly.

—¿Harías eso...?

Escuchamos un ruido al fondo y no supimos identificar de qué dormitorio venía, lo que solo confirmó que se nos agotaba el tiempo de verdad.

—Ve, corre.

Se puso en pie y desapareció a toda prisa por el pasillo hasta llegar al cuarto de baño, donde se encerró sin hacer ruido. Suspiré, me pasé las manos por el pelo mientras mi cabeza trabajaba a toda velocidad y al final, también me puse en pie. No me importaba que él me viera en pijama, que llevara el pelo revuelto o el maquillaje corrido. Abrí la puerta sin llamar siquiera y un fuerte e intenso olor a alcohol me recibió. Cerré y anduve hacia la cama de Lorie, en la que Olly seguía dormido. Estaba tumbado boca abajo con los brazos sobre la almohada y el rostro de lado. Parecía estar teniendo un sueño apacible. Le observé y me sentí mal por él y por ellas, por los tres, porque lo que iba a suceder a partir de ese momento les acabaría pasando factura a todos. Me incliné y puse la mano sobre su hombro, suave y fuerte. No se inmutó.

—Olliver... —murmuré flojito. Volví a zarandearlo—. Olliver... Despierta, Olly.

Pero no había manera.

Pasé de su hombro y busqué directamente su rostro. Primero le acaricié la mejilla y luego le revolví el pelo. Estaba profundamente dormido y nada le hacía reaccionar. Qué difícil iba a resultarme aquello. Eché un vistazo a mi alrededor y vi que todo era un amasijo de ropa, zapatos y almohadones. Exhalé un suspiro. A continuación, cogí sus pantalones, la camisa y lo dejé todo sobre los pies de la cama. Desde fuera escuché otro ruido, seguramente era Elle. Volví a poner la mano sobre su espalda y esta vez traté de moverlo, con más ímpetu. Al tercer o cuarto intento comenzó a reaccionar. Le escuchaba murmurar de forma ininteligible mientras escondía la cabeza en la almohada.

—Olliver, demonios, ¡despierta!

—¿Olliver...? —musitó todavía con el rostro encajado en la almohada. De repente, se quedó en silencio y entonces, pasados unos segundos en los que creí que se había quedado dormido de nuevo, levantó la cabeza con tal brusquedad que di un saltito hacia atrás, sobresaltada—. ¡¿Sarah?! —exclamó sin comprender.

Lo miré tratando de descubrir hasta qué punto estaba despierto o si seguía sumido en un estado de semiinconsciencia todavía.

—Sarah, ¿qué haces tú aquí...? ¿Qué hago yo...? Joder, ¿dónde estoy? Mierda, me va a estallar la cabeza. —Dio la vuelta sobre la cama y tiró de la sábana para asegurarse de que por lo menos la mitad de su cuerpo seguía cubierto mientras se sentaba. Se llevó una mano a la cabeza y se apretó el puente de la nariz con fuerza—. Joder, Sarah... dime que tú y yo... dime que no...

Pero no lograba articular la pregunta cuya respuesta intuía que tampoco quería escuchar.

—¿Estás bien? —pregunté primero.

—No... mierda, no. ¿Qué he hecho? Dime por favor que no te he hecho nada...

Me sorprendió verle tan afectado.

—Tranquilo, entre tú y yo no ha pasado nada. Pero tienes que vestirte y marcharte cuanto antes.

—Sarah... —Su pregunta se detuvo antes incluso de formularla.

Su mirada vagó por la estancia, acostumbrándose a los primeros rayos de sol que se filtraban a través de la ventana mientras trataba de ubicarse en sus propios recuerdos y buscaba una explicación. Entonces, como si empezara a recordar, sus ojos me buscaron con miedo, suplicándome en silencio que le dijera que nada de eso había sucedido en realidad.

—¿Dónde está?

—En el cuarto de baño.

—Yo... yo no...

—Olliver, por favor, tienes que irte.

—¿Está bien? Yo no quería...

—Vístete y vete. Yo me encargo de Lorie.

Asintió sin dejar de mirarme, sin avergonzarse de la debilidad de la que solo nosotros dos fuimos testigos. Me sentía mal por estar siendo parte de todo aquel embrollo que además, no había hecho nada más que empezar. Entonces, cuando creí que iba a ponerse en pie su expresión dio paso a otra muy distinta, una que pronunció todavía más la grieta que se estaba abriendo en mi interior.

—¿Lo sabe Elle...?

El temor de sus ojos que antes había mostrado no tenía nada que ver con lo que ahora estos reflejaban. Me miraba suplicante, aterrorizado y verdaderamente arrepentido.

—Me temo que sí.

—Mierda... Mierda, mierda, ¡mierda, Sarah! ¡Joder! Necesito hablar con ella. Necesito verla. Joder, ¿cómo he podido caer tan bajo?

Se puso en pie de golpe y di gracias de que llevara la ropa interior puesta. Estaba totalmente fuera de sí mismo. Perdía el control por momentos y eso me desestabilizó. Jamás le había visto así antes y no estaba acostumbrada a lidiar con hombres. Pero su dolor era tan transparente que no podía enfadarme con él y culparle. Todos nos habíamos equivocado alguna vez.

—Mierda, Sarah —repitió de nuevo—. Todo esto es por el puto cinturón.

—¿El cinturón...? —pregunté sin comprender.

—Sí, el cinturón. Soy un desastre, Sarah. Ayer... —Ahora sí empezaba a recordar. Se movía de un lado a otro, inquieto, con una mano en la nuca y la mirada perdida—. ¿Cómo he podido...? —Resolló y siguió de un lado a otro—. Estuve a punto de acostarme con Elle. Pero no quería... Bueno, sí quería. Me moría por hacerlo, Sarah. No te imaginas cuánto. Y me asusté. Es... Es mi mejor amiga, joder. Y todo esto me confunde. Y sé que le dije que no me acostaría con ella pero lo hubiera hecho. ¡Lo hubiera hecho sin pensármelo! Mierda, no debí beber tanto. Y encima, voy y la cago con Lorie... No sé ni cómo voy a poder mirarle a la cara, Sarah. Soy lo peor.

Hubiera esperado cualquier otra reacción, cualquiera. Olly era un hombre por el que algunas mujeres habían cometido insensatas estupideces y siempre nos habíamos metido con él justamente por ese motivo, porque era un poco canalla y porque encima, disfrutaba siéndolo. Por eso, a pesar de que con nosotras tres siempre se hubiera comportado de un modo ejemplar, verle tan afectado escapaba de la imagen que quizá mi cabeza había creado de forma injusta. No culpaba al alcohol de todo lo sucedido, se culpaba a sí mismo y aunque me doliera, admiré su valentía y su capacidad de asumir un error que había cometido.

—Sarah, tengo que hablar con Elle.

—No creo que ahora sea el mejor momento para hacerlo.

—No puedo irme sin más, Sarah. No puedo marcharme y dejar que piense que soy un maldito gilipollas que, además, no tiene el valor suficiente como para pedirle perdón. Debo disculparme con ella. Es importante.

De nuevo comenzó a deambular con inquietud. Llevaba un bóxer negro y por un momento me acordé de las palabras de Elle. Era mucho mejor de lo que me imaginaba. Pero desvié mi mente al instante, cuando sus ojos volvieron a clavarse en mí. No dijo nada más, se precipitó hacia los pies de la cama y comenzó a vestirse a toda prisa, sin importarle que yo estuviera ahí.

—¿Qué haces?

—Voy a hablar con ella.

—No lo hagas —aseveré sin titubear.

—Tengo que hacerlo, Sarah.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero ahora no es precisamente el mejor momento.

Se puso la camisa con un movimiento masculino, tensó el cuello y comenzó a atar los botones a gran velocidad.

—No puedo marcharme sin hacerlo.

—Mira, Olliver, te lo digo porque eres tú y porque te aprecio: vete. No tienes ni idea de la que se va a armar de un momento a otro en este apartamento y te aseguro que no será fácil controlarlas, sobre todo a Elle.

—Pero...

—Olly, no hay peros —sentencié—. Si las aprecias... si la quieres —dije esta vez en singular, sin necesidad de tener que precisar a quién me refería—. Coge tus cosas y márchate antes de que una de esas dos puertas se abra. Y más

vale que reces para que no sea precisamente la suya.

Permaneció inmóvil durante unos instantes sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Llegué a temer que se desmontara ahí mismo y me pusiera las cosas todavía más difíciles de lo que ya iban a serlo de por sí.

—Sarah, yo... Lo siento... Te juro que lo siento... —murmuró abatido, pronunciando exactamente las mismas palabras que Lorie había dicho tan solo unos minutos antes.

—Ya lo sé. Y es por eso mismo que te estoy pidiendo que te marches.

Asintió y al final obedeció. Cuando ya lo tenía todo me dirigí hasta la puerta, comprobé que las otras dos siguieran encerradas y le apremié a salir. Lo hizo a hurtadillas, sin hacer ningún tipo de ruido y cuando llegó al recibidor, me miró por última vez, articuló un silencioso “lo siento” y desapareció sin que se oyera la puerta.

Me apoyé contra la pared, me llevé una mano al pecho y elevé la cabeza antes de suspirar. Solo era cuestión de minutos que todo se viniera abajo.

Tal vez ni eso.

CAPÍTULO 3

Elle.

No podía creer lo que acababa de suceder o, mejor dicho, lo que había sucedido durante esa noche. Todavía seguía apoyada contra la puerta, notablemente alterada. Estaba segura de que el corazón se me acabaría saliendo por la boca, casi tanto como lo estaba de que lo que recorría mis mejillas eran lágrimas incontrolables, de aquellas contra las que resulta absurdo tratar de luchar. Apoyé los codos sobre las rodillas y escondí la cabeza entre las manos, dejando que la rabia se apoderara de mí. Escuché algunos ruidos en el pasillo pero no me moví. Me daba absolutamente igual lo que estuviera sucediendo ahí; fuera lo que fuese, no tenía el valor suficiente para enfrentarme a ello.

Me sentía traicionada y humillada; en demasiadas formas y sentidos al mismo tiempo. Me sentía rechazada por el hombre que me había propuesto el dichoso juego que ahora era el motivo de mi pesar y engañada por una de mis dos mejores amigas... prácticamente mi propia hermana. ¿Cómo podía haberme hecho esto? Sabía lo mío con Olly, ¡estaba al corriente de todo! ¿Es que no tenía suficiente acostándose con Mark?

No obstante, por muy decidida que estuviera a enfadarme con ellos, lo peor era lo que sentía en mi interior... donde yo era la única protagonista. No podía culparles de todo... Olly tan solo se había limitado a cumplir con una norma que yo misma había aceptado. Por otro lado, fui yo quien le dijo a Lorie que entre él y yo no había nada serio y que aquello no era más que un juego para nosotros. Sin embargo, no era la primera vez que les dejaba claro, a las dos, que Olly no estaba disponible para ellas. Podía sonar egoísta, sí, era plenamente consciente de ello, pero ¿acaso no tenemos todos a una persona que queremos para nosotros solos? Todos tenemos un punto débil, alguien alrededor del cual establecemos

unas barreras que las amigas no pueden traspasar. Era como la norma no escrita de que los chicos no pueden liarse con las hermanas de sus amigos. Pues, en este caso, era lo mismo. Ellas no tenían derecho a acercarse a Olly de ese modo. Por muy egoísta, mezquino e infantil que resultara solo la idea de pensarlo.

Mi enfado crecía por momentos. Deseaba salir y gritar y, al mismo tiempo, quedarme confinada en ese dormitorio en el que ahora me sentía a salvo del diluvio que me esperaba fuera. Me puse en pie y me dirigí hacia la cama, donde me dejé caer desplomada y hundí la cabeza entre los almohadones, ahogando mis gemidos en ellos. Llevaba dos semanas trabajando a destajo, sin parar ni un solo minuto, tratando de dar con el modo de ayudar a Lorie... ¿Y así era como me lo pagaba?

Algo vibró sobre la cama. Moví la mano, busqué mi teléfono a tientas y lo encontré, pues todavía seguía donde lo había dejado antes de salir a desayunar. Me sequé un par de lágrimas con la yema de los dedos, sorbí la nariz y desbloqueé la pantalla. Era un mensaje de Olly. El corazón me dio un vuelco.

«Lo siento, Elle... Lo siento con todo el dolor de mi corazón. No tengo excusas y no voy a buscarlas. Me he equivocado y soy consciente de ello. Lo asumo. Por favor, déjame que trate de explicártelo... Aunque no haya una sola palabra que pueda justificarlo. Lo siento muchísimo... Sabes que jamás he deseado hacerte daño. Nunca. Antes me abriría el pecho en canal que hacerte daño a consciencia. Te juro que lo siento tanto que no sé ni cómo disculparme siquiera para que me creas».

Sus palabras no me ayudaron. Dejé caer el teléfono sobre la cama de cualquier modo y de nuevo rompí a llorar. No quería responderle, no quería escuchar sus palabras, sus explicaciones ni quería tenerlo cerca. Aunque no pudiera culparle de todo, me había fallado. Me pasé una mano por los ojos y volví a llevarme con los dedos el rastro de las lágrimas. ¿Por qué me dolía tanto imaginarlo con Lorie? ¿Era solo eso lo que tanto escocía... o era el hecho de que

a mí me hubiera rechazado y a ella le hubiera resultado tan fácil conseguirlo?

Cerré los ojos y por un instante, los imaginé en la cama. Pude verle a él, devorándola con el ímpetu con el que me había besado a mí y sentí náuseas. Esa fue la gota que colmó el vaso. Por lo menos el mío.

Me puse en pie de un salto y corrí hacia el armario. Abrí la puerta y saqué del interior la ropa que solía usar para salir a correr. Me cambié a toda prisa, como si llegara tarde cuando lo cierto era que nadie me esperaba. Me subí la cremallera del cortaviento y me agaché para atarme los cordones. Por último, me guardé el móvil en el bolsillo y me dejé los auriculares pasados por dentro de la chaqueta, por si quería conectarlos a medio camino. Por ahora necesitaba únicamente el silencio. Ni siquiera pasé por el baño, me trencé el pelo en el interior de mi dormitorio, respiré hondo y después de contar hasta tres, salí a toda prisa.

Sarah estaba sentada en una de las sillas, con la cabeza apoyada en ambas manos y la mirada perdida. No había ni rastro de Lorie.

—Elle —dijo tal y como me vio salir.

—No —respondí tajante, siguiendo mi camino hacia la puerta.

—Elle, espera. Tienes que escucharme.

—La cuestión es que no quiero hacerlo, Sarah. Me voy.

—¿Adónde vas?

Su mano se aferró a mi muñeca cuando apenas me separaban un par de pasos de la puerta. Me detuve en seco y la miré. Tenía el rostro compungido y estaba asustada. No de mí, estaba claro. Pero en sus ojos el miedo era evidente.

—Voy a correr un rato.

—Elle, tienes que hablar con Lorie...

—¡Te he dicho que no! —insté, subiendo un poco más el tono de voz.

Estaba siendo demasiado brusca con ella, sobre todo teniendo en cuenta que era el último día que iba a pasar en esa casa. Pero si me quedaba... Si no quemaba toda la energía que ahora fluía por mis venas, cada vez con más fuerza de hecho, acabaríamos muy mal. Y aunque estuviera dolida, aunque me sintiera traicionada, no era eso lo que deseaba. Tan solo necesitaba aclararme, descubrir por qué me había dolido tanto cuando a lo largo de todos esos años jamás me había molestado ver a Olly con una chica ni a Lorie perdiendo el norte por cualquier tío. Pero que hubiera sucedido entre los dos me quemaba por dentro y en ese instante, me estaba abrasando. O apagaba el fuego cuanto antes o el daño sería irreparable.

La miré por última vez de forma severa, giré la muñeca después de asirme al picaporte y abrí la puerta antes de salir y cerrar sin añadir ni una sola palabra más.

Cuando llegué a la calle creí que iba a desmayarme a causa del poco oxígeno que lograban capturar mis pulmones. No solía salir a correr de forma frecuente, pero en ese momento lo necesitaba. Necesitaba hacerlo hasta que mis pulmones se expandieran y me doblara de dolor. Solo para llegar a ese punto en el que ya ni siquiera te escuchas a ti misma. Ni siquiera estiré los músculos. Bajé la escalera principal del edificio al trote y me encaminé hacia la esquina a paso ligero. Sin embargo, no debía de llevar más de veinte pasos cuando una voz conocida me llamó la atención. Me giré por instinto, por aquella naturaleza humana que imposibilita no hacerlo cuando oyes tu nombre, pero volví a girar el rostro tan deprisa como pude y aumenté el ritmo de mis pisadas. No podía escucharle.

—¡Elle!! —gritó a mis espaldas.

No me detuve ni reaccioné, tan solo seguí corriendo.

—¡Elle, por favor, espera!

Pero no lo hice. Entonces, durante unos segundos se hizo el silencio y el sonido de sus pisadas fueron las que se encargaron de romperlo. Iba a alcanzarme y cuando me di cuenta de que no podría evitarlo, mi corazón comenzó a bombear más deprisa y mi garganta se oprimió acongojada.

—¡;Elle!! —Volví a escuchar, ahora mucho más cerca.

Incrementé la velocidad el máximo que mis pies dieron de sí, sin importarme lo que debían de pensar todas las personas con las que nos cruzamos en ese instante. Estaba al borde del llanto y no quería hablar con él. Pero fue más rápido. Su mano se aferró a mi brazo y me detuvo en seco, provocando que mi cuerpo sufriera un fuerte rebote. Me miró jadeante, con el temor inyectado en los ojos.

—Elle, por favor.

—Olly, márchate.

—No pienso hacerlo.

—Pues muy bien.

Aproveché el breve instante de incertidumbre y volví a iniciar la carrera. Pero sus reflejos eran rápidos y le bastaron un par de segundos más para volver a cogerme. Esta vez me giré con brusquedad, con el odio incrustado en mis facciones y la mandíbula prieta.

—Suéltame —murmuré, sin apenas despegar los labios.

Una parte de mí se rompió cuando al mirarle más detenidamente, descubrí la rojez de sus ojos. Y esa no tenía nada que ver con el alcohol. Algo se partió en mi interior con un fuerte e intenso crujido que me llegó al alma. Jamás le había visto así. Me observaba también con la mandíbula apretada y supe que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contener un par de lágrimas. Deseé abrazarle, hundir la cabeza en su pecho y reconfortarme con su aroma. Pero algo más fuerte me lo impedía. Algo que por primera vez se interponía entre los dos.

—Elle... yo...

—Olly, déjame.

—Te juro que no quería que nada de eso pasara.

—Pues está claro que no lo deseabas demasiado.

Inicié el paso de nuevo veloz y no tardó en seguirme y volver a cortármelo.

—Tienes que escucharme. Solo te pido eso.

Me detuve en seco y le dediqué una mirada airada.

—Tienes treinta segundos.

—Elle... —suplicó.

—Veintinueve...

—¡Joder...! —estalló, acompañándolo de un movimiento de manos—. Lo siento, no sé cómo decírtelo. Me doy asco ahora mismo por lo que he hecho, por lo que he hecho con Lorie, que sencillamente se encontraba en el momento y en el lugar donde jamás debió estar y sobre todo, por lo que te he hecho a ti. Te he fallado... y sé que te he hecho daño y que toda esta mierda es culpa mía. Fui yo el que te incité y ahora... Elle, por favor... Te necesito. Te juro que te necesito en mi vida.

Me rompí. Y lo hice en tantos pedazos que en ese momento, tuve la certeza de que jamás llegaría a recomponerlos todos. Tal vez fuera por lo mucho que me dolía enfadarme con él... pues nunca antes lo habíamos hecho. O quizá, por el dolor que reflejaban sus ojos y que me estrangulaba con fuerza. También me dolía lo mucho que le costaba reaccionar a mi cuerpo, cuando lo único que deseaba era que me abrazara como siempre lo había hecho. Entonces, volví a sentir el amargo sabor a bilis ascendiendo por mi garganta y el llanto acudiendo de nuevo a la comisura de mis ojos. Le odiaba y me odiaba al mismo tiempo, por sentir por mi mejor amigo todas esas cosas que jamás había sentido antes.

—Dame tiempo, ¿vale? —acerté a decir al fin, con el labio tembloroso.

Sé que llegó a ver caer una de mis lágrimas cuando giré el rostro por última vez, pero esta vez respetó mi decisión. Di un par de pasos precipitados y luego comencé a correr, deseando escapar de todos esos sentimientos que amenazaban con poner todo mi mundo entero patas arriba. Esta vez no le oí correr tras de mí. Tan solo me perseguía el silencio... y el deseado silbido del viento.

CAPÍTULO 4

Lorie.

Me había mojado el rostro repetidas veces durante todo el rato que Sarah pasó junto a Olly. Cada vez que imaginaba qué era lo que debía de estar diciéndole hundía la cara entre mis manos, bajo un chorro de agua helada, tanto como el grifo me lo permitió. Seguro que le decía que no había sido más que un error. Solo de pensarlo sentía que me moría. Un error... ¿Cómo podía ser un error para él cuando para mí lo era todo? Lloré desconsolada, como hacía años que no lo hacía. Era un llanto infantil y lastimero, pero me escocía demasiado el pecho como para preocuparme por ello. Era un dolor tan distinto...

A lo largo de los últimos años me había acostado con un sinfín de chicos, sin importarme en la mayoría de ocasiones lo que estos pudieran pensar de mí al día siguiente. Me desahogaba con ellos y eso era lo único que me valía. Lo demás era secundario. Ninguno había cruzado las barreras de mi vida personal, ni uno solo. No estaba preparada para una relación. Sin embargo, esta noche me había abierto de un modo distinto, con una entrega única y especial. Era consciente de que el alcohol ayudó en gran medida a que me sintiera desinhibida, de lo contrario, jamás habría llegado a reunir el valor suficiente para besarle del modo en el que lo hice, ni para dejarme acariciar por él con la suavidad con que lo hizo. Esta vez no llevé la voz cantante, como solía hacer, sino todo lo contrario. Me dejé llevar. Floté sobre su cuerpo y también bajo el mismo. A pesar de todas las copas que me bebí, recordaba a la perfección cada una de sus acometidas, todas ellas; así como también lo que sentí cuando entró por primera vez en mí, lento y hambriento al mismo tiempo. Sus manos recorrían ávidas mi piel, sin dejarse ni un solo recodo al que no prestar atención. Toda yo reaccionaba como si me hallara en otro planeta, en el que mi cuerpo hubiera dejado de pesar y levitara bajo su influjo, que ahora jamás podría olvidar.

Sentí una arcada cuando volví a revivir todo eso en mi memoria y pensé en cuán distinto debía de haber sido para él. Estaba segura de que no había sido más que un desahogo, un cuerpo en el que liberar la tensión que otra mujer provocaba en él. Otra más menuda y que dormía a solo tres puertas de distancia de la mía.

Levanté la tapa del inodoro y vomité todos los restos que quedaban en mi interior, mientras una lágrima se deslizaba ardiente por mi mejilla. ¿Cómo podía haberme enamorado de él hasta ese punto? ¿Cómo había permitido que mis sentimientos crecieran tanto y sobre todo, de un modo tan despiadado?

Me apoyé junto al inodoro y seguí llorando mientras que en el exterior solo se oía el silencio. Elle seguía encerrada en su dormitorio y a pesar de que ella no tenía la culpa, en ese instante la odiaba con todas mis fuerzas. Casi tanto como la quería. Sé que ese sentimiento sería momentáneo, pero necesitaba odiarla y lo necesitaba porque era una simple cuestión de subsistencia. Sobrevivir o morir. Y estaba demasiado cerca del abismo emocional. Sé que lo había dado todo por llevar adelante su proyecto y se lo agradecería de por vida, pero en la soledad del cuarto de baño me permití culparla de todo; de mis sentimientos, de los suyos, de los de Olly y de lo injusto que era que los tres se hubieran cruzado en ese punto de nuestra vida. Para ella todo era un simple juego, como siempre. Mientras tanto, toda yo me apagaba por dentro con la sola idea de tener que alzar la cabeza y mirar de nuevo esa cara que me había pasado una noche entera besando. ¿Cómo podía dejar de recordar sus labios sobre los míos o sus manos sobre mi piel?

Cuando empecé a olvidar que en realidad no estaba sola, escuché unos pasos al otro lado de la puerta.

—Sal de ahí, Lorie...

Pero yo no tenía el valor necesario para hacerlo.

—Lorie... —repitió tras mi silencio. La oí suspirar—. Lorie estamos solas,

no hay nadie más en casa.

—¿Y Elle? —murmuré apenas sin fuerzas.

—Se ha ido.

Me puse en pie y anduve hacia la puerta para abrirla. Vi la sorpresa en sus ojos cuando descubrió mi aspecto.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a correr. No sé cuándo volverá. —Me contempló durante unos instantes en silencio—. Deberías darte una ducha.

—¿Y Olly...?

—También se ha ido.

—¿Cómo...?

—Hecho una mierda, Lorie. Estaba hecho una mierda —respondió, sin darme siquiera tiempo a formular la pregunta.

Asentí sin saber qué más añadir. Hacía años que no me sentía tan perdida, de un modo que ni siquiera la doctora Olsen seguramente sabría cómo arreglar.

—¿Creías que no le importabas?

—No... No es eso... Es que...

Resopló, comenzando a perder la paciencia y me sentí fatal por ella. Se pasó una mano por el pelo y se apartó algunos mechones que le caían despeinados por el rostro.

—Date una ducha y luego hablamos... Aunque nadie lo recuerde, hoy es mi último día en esta casa.

Dio la vuelta y se encaminó hacia su dormitorio.

—Lo siento, Sarah...

Alzó una mano, todavía de espaldas, dejando ver con ese sencillo gesto que en realidad no importaba. Pero sí que importaba... y mucho. Cerré la puerta y seguí su consejo. Me metí en la ducha, abrí el grifo al máximo y dejé que el agua fría me congelara durante unos segundos hasta llevarme al límite y así, poder dejar de pensar. Mi vida seguiría igual ahora que dentro de unos meses, pero la de Sarah iba a cambiar esa misma tarde y lo haría para siempre... Y yo prometí estar a su lado.

CAPÍTULO 5

Sarah.

Me necesitaban, lo sabía, pero eso no hacía que me sintiera mejor por ello. Era mi último día en ese apartamento. ¡El último! ¡¿Es que ya no les importaba?! No... Debía dejar de pensar de ese modo. Lo que había sucedido entre ellas era mucho peor que todo lo que yo estaba viviendo.

Me encerré en mi dormitorio aprovechando que Lorie se daba una ducha muy necesaria. ¿Cómo se le podía haber ido tanto de las manos? ¿Cómo se le podía haber escapado la situación hasta ese punto? ¿Es que no se dio cuenta de que iba a fastidiarlo todo? Todas sabíamos que Elle había colocado unas barreras infranqueables para nosotras alrededor de Olly... Hacía años que lo sabíamos de hecho. Deambulé por el dormitorio, ahora vacío casi por completo. Miré a las paredes, en las que encontré la marca de los cuadros que hasta esa semana las habían decorado y me estremecí por completo. Fui hacia la cama, uno de los pocos muebles que sobreviviría a mi partida y me senté. Subí las piernas, las crucé y llevé las manos hacia atrás para reclinarme. Se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta de que no volvería a despertar entre esas cuatro paredes, por lo menos durante un tiempo. Se me rompió la voz, aunque no pronuncié ninguna palabra. Hubiera sido incapaz de hacerlo en ese instante. ¿Cómo iba a ser mi vida a partir de esta misma noche?

Nunca me había considerado una chica miedosa, no solía dejarme amilanar por nada ni por nadie. Sin embargo, estaba segura de que lo que regurgitaba en el interior de mi estómago en ese momento era precisamente eso, miedo a lo que iba a ser de mí a partir de este momento. Me llevé una mano a la comisura de los ojos y me sequé una lágrima de la que no había sido consciente. Iba a echar muchísimo de menos todo esto. Que hubiera decidido dar el paso no significaba

que ya no quisiera lo que había tenido hasta el momento, nada de eso. Hacerlo significaba avanzar, y eso lo tenía muy claro. Quería seguir adelante con mi vida y sabía que había hecho bien aceptando la mejor oferta que me habían propuesto nunca. Pero eso no eliminaba ninguno de los otros sentimientos. Me gustaba vivir con las chicas, quizá porque las necesitaba o tal vez solo porque me había acostumbrado a ellas y no conocía otra forma de vida. Las probabilidades de que se tratara de esto último eran muy elevadas. Pero, igualmente, tenía miedo de no saber valirme por mí misma... y no me refería a hacerme la comida, las tareas domésticas o la compra. Iba mucho más allá de eso.

Hasta ahora, me había apoyado en ellas para tomar cualquier decisión, en ellas y en mi familia, claro. Seguiría haciéndolo pero estaba segura de que la distancia entre nosotros lo impediría en muchas ocasiones.

Me cogí las rodillas y me agazapé sobre mí misma. Apoyé la cabeza de lado en ellas y seguí contemplando el dormitorio vacío. Lo superaría, estaba segura, pero eso no sería suficiente para aplacar todo lo que experimentaría durante estos primeros días.

La puerta se entreabrió cuando volvía a retirarme una tímida lágrima y descubrí a Lorie tras ella, observándome desde la distancia, temerosa.

—Pasa —dije con la voz rota, a pesar de mis esfuerzos por disimular mis sentimientos.

—Siento haber estropeado tu partida, Sarah... Lo siento muchísimo.

Subió a la cama y se sentó a mi lado, justo antes de abrazarme. Olía a ella, a su champú mezclado con aquel perfume tan fuerte que ni Elle ni yo podíamos usar y que en su piel, en cambio, resultaba embriagador.

—No te preocupes... Sabía que esto acabaría pasando en un momento u otro.

—¿Lo sabías? —inquirió dubitativa.

Asentí, todavía con el rostro apoyado en mis rodillas.

—¿Quieres hablar de ello? —dije entonces, mirándola a los ojos.

—No... No sería capaz de hacerlo ahora mismo.

La habitación quedó sumida en un silencio repentino.

—Aunque me marche... sabes que puedes seguir contando conmigo para lo que necesites, ¿no?

Me miró, torció los labios en una sonrisa triste y asintió. Volvimos a permanecer unos instantes en silencio.

—Se le pasará.

—Lo sé... —sollozó. Tuvo que detenerse un momento antes de continuar mientras hacía un esfuerzo por contener el llanto—. Pero es que siento que le he fallado en el momento que más me necesitaba... Ha invertido todo su tiempo en mí, en ayudarme de forma desinteresada y me siento la peor amiga del mundo.

—¿Por qué?

Permanecí en silencio mientras ella hacía acopio de todas sus fuerzas; le costaba hablar. Conocía ese dolor de garganta, cuando algo se te atraviesa en ella, algo mucho más doloroso que el filo de un cuchillo y que te impide hablar sin desmontarte primero. Pero Lorie era fuerte, incluso en sus peores momentos —como lo era ese— era capaz de mantenerse firme.

—Porque, a pesar de todo, volvería a hacerlo. Volvería a acostarme con él, Sarah... y eso no lo hacen las buenas amigas.

—Tienes razón... —giró la cabeza con brusquedad y me miró con los ojos anegados en lágrimas—. Lo hace una persona enamorada.

Tensó los labios y los pinzó, manteniendo la presión de sus ojos sin que esta llegara a escapar y resbalar por sus mejillas. Era una mujer increíble, qué suerte teníamos de habernos cruzado con ella. ¿Cómo podía aguantar con semejante

temple? Yo, en su situación, por mucho que me pesara, estaría rota, completamente rota. Y ella, en cambio, era capaz de recomponerse, de sostenerse en pie a pesar del dolor que sufría y que no me gustaría tener que experimentar jamás.

—Sarah...

—Vas a tener que ser fuerte, Lorie... Estos días serán muy duros para vosotras.

—Es que no lo entiendo, es decir, ¿qué es lo que quiere de Olly? ¡Dijo que no le gustaba! —Su tono comenzó a ascender progresivamente, tornándose cada vez más agudo hasta que hizo una breve pausa, inspiró con profundidad y volvió a bajarlo—. ¿Qué es lo que quiere ella?

Sonreí de medio lado y busqué su mano para envolverla con la mía. Las dos estábamos sentadas en la misma posición, con las rodillas envueltas por nuestros brazos y la cabeza apoyada en estas.

—El corazón es caprichoso, Lorie. Olly siempre ha sido su debilidad y, por mucho que te duela... lo sabías. Lo sabíamos las dos. ¿Es que no recuerdas cómo se puso cuando insinuamos en broma lo que nos apetecería un revolcón con él? —La primera lágrima resbaló por su mejilla silenciosa, mientras ella seguía con la mirada perdida.

—Es injusto.

—Tienes toda la razón. Pero Elle siente algo muy fuerte por Olliver, aunque sus sentimientos no tengan una forma definida todavía. Se pertenecen el uno al otro de algún modo que solo ellos entienden y ahora, sencillamente les ha explotado en la cara.

Giré la cabeza y la observé. Tenía los labios fruncidos y la mirada hueca. Se aferraba a sus rodillas con fuerzas, como si fuera el único modo de mantenerse erguida.

—Lorie... lo que voy a decirte te dolerá... y mucho... Pero sé que eres fuerte y que vas a tener que serlo más que nunca. —Se giró hacia mí, con los ojos obnubilados tras una capa acuosa que arrastró y opacó su color—. Me temo que Olliver está enamorado de Elle.

Sorbió por la nariz y volvió a perder la mirada en algún punto de la pared, mientras encajaba mis palabras con notable esfuerzo.

—¿Te lo ha dicho él?

—No... Pero tampoco hizo falta que tú me lo dijeras para descubrir que tú también estabas enamorada de él.

Volvió a sorber y tensó los labios con más fuerza todavía. Me dolía su sufrimiento, tan real y puro que te dejaba sin aliento.

—No voy a poder soportarlo, Sarah —dijo al cabo de unos segundos en los que ninguna añadió nada más.

—Pues vas a tener que hacerlo. —Me giré hacia ella, obligándola a que me mirara directamente a los ojos. Tenía que ser fuerte, debía ayudarla a reaccionar y a creer en ella misma. Lorie merecía ser feliz—. Cielo, sé que esto es un infierno para ti, lo veo en tus ojos y lo he visto durante estas últimas semanas cada vez que Olliver aparecía. Pero, piensa por un momento en Elle. ¿Cuántas veces la hemos visto dejar las cosas a medias? ¿Cuáles han sido las únicas constantes de su vida? Su mundo se reduce a nosotras y a Olly. No pueden estar sin hablar más de una semana y cuando eso pasa, los dos acuden al otro con urgencia y casi desesperación. No saben lo que sienten, pero se necesitan. Se pasan el día juntos, jamás han discutido y pueden pasarse las horas mirando al techo y aun así, pensar que ha sido la tarde más feliz y productiva de sus vidas. Sé que te duele y que esto es una maldita tortura pero, dime, si tú sintieras algo así por alguien y fueras correspondida —puntualicé cuando su mirada me confirmó que ella también lo sentía, solo que no era recíproco— , ¿cómo reaccionarías si alguien a quien quieres se interpusiera?

Se llevó una mano hacia la mejilla y apartó algunas lágrimas que seguían cayendo por su rostro de forma silenciosa.

—Algún día se darán cuenta de que están hechos el uno para el otro pero, mientras tanto, vas a tener que sacar fuerzas de donde no las hay porque me temo que esto no ha hecho nada más que empezar.

—¿Y por qué no le importaba que se acostara con otras? —resolló, con un mohín infantil que me quebró.

—Porque las otras no eran rivales para ella.

Elevó la mirada y arrugó las cejas, necesitada de más consuelo.

—Lorie, para Elle eres un gran ejemplo a seguir. No entiendo cómo es posible que todavía no te hayas dado cuenta de ello. Eres guapa, tienes una personalidad fuerte, sabes cómo hacer reír a alguien, regentas tu propio negocio y tienes unas curvas de infarto. —Sonrió por primera vez y respiré tranquila durante un par de segundos, que fueron los que duró su forzada felicidad—. Las demás no tienen nada que hacer porque, muy en el fondo y de forma egoísta, Elle sabe que con solo chasquear los dedos Olly las dejaría e iría a por ella, aunque para ello tuviera que dar la vuelta al mundo. —Tragó en silencio sin apartar sus ojos de los míos—. Pero contigo es diferente. Tú tienes muchas de las cualidades que ella admira y piensa que contra ti, hay muy pocas cosas que ella podría hacer. Te respeta y te quiere... y no es lo mismo luchar contra el enemigo que tenerlo metido en casa.

Me detuve y esperé paciente su opinión. Sabía que necesitaba una dosis de autoestima, todas la necesitamos cuando nos sentimos tan vulnerables por culpa de un tío. Maldito Olly, iba a partirle las piernas en cuanto tuviera ocasión de hacerlo.

—¿De veras crees todo eso de mí?

—¡Por supuesto! —dije, y lo hice con toda la sinceridad del mundo. ¿Cómo

no podía creérselo?

—Pero yo no le quitaría el novio a mi amiga... eso es muy rastrero, Sarah. ¿Cómo puede pensar eso de mí?

—Porque no se trata de “su novio”, Olliver es mucho más que eso; y como ella ni siquiera es consciente de ello, no sabe gestionar lo que siente en estos momentos. Además, tú has conseguido traspasar una barrera apenas sin esfuerzo que a ella le ha resultado imposible cruzar... Ahora mismo debe odiarte... Pero se le pasará.

La vi perder la mirada de nuevo en la distancia y me di cuenta de que estaba más tranquila.

—No fui a buscarlo —dijo al fin, pasados unos instantes—. Te juro que solo salí a por un botellín de agua, le vi y cuando me di cuenta... Habíamos bebido y me miraba como si fuera un diamante... —Se detuvo un instante para volver a inspirar con fuerza—. Jamás quise hacerle daño a Elle.

—Ya lo sé... pero eso tendrás que decírselo a ella.

—No puedo hablar con ella, Sarah... Tú te diste cuenta pero ella no tiene ni idea de lo que siento por Olly.

—Por eso mismo tienes que hacerlo... Ese es el único modo de que te perdone y podáis seguir adelante antes de que esto os rompa para siempre.

Escuchamos la puerta principal cerrarse con ímpetu y supimos que ya no estábamos solas. Por un momento sentí miedo, como si Elle fuera aquel huracán cuya llegada temes más que a nada en el mundo. No sabes si se detendrá y se lo llevará todo a su paso o bien, si pasará de largo y tan solo te despeinará un poquito.

La puerta de mi dormitorio estaba abierta y la vimos encaminarse hacia el suyo. Se detuvo en medio del pasillo, se giró y nos miró durante unos instantes en los que todo se paralizó. Ninguna de las tres se atrevió a decir nada. La

tensión que se generó en un momento fue de aquellas que no se pueden explicar y creí que si me movía y mi brazo rozaba el de Lorie sin querer, se resquebrajaría en mil pedazos. Entonces, cuando creí que iba a acercarse sacando espuma por la boca, puso las manos en la cintura, elevó una ceja y me dedicó un gesto de circunstancia.

—¿Es que no piensas mover el culo? Por si no lo recuerdas, ¡hoy es tu último día aquí!

Lo dijo jadeante, apenas sin fuerzas ni aliento. La carrera había sido intensa. Su rostro lucía de un tono carmín peligroso y el sudor hacía que algunos mechones se le pegaran a la frente. Respiraba extenuada y no dejó ver ninguna sonrisa, pero tampoco gritó lo cual, ya era de por sí un paso muy grande.

Lorie y yo nos miramos estupefactas, volví la vista de nuevo hacia Elle y asentí sin poder decir nada más. Se giró, empujó la puerta de su dormitorio y desapareció tras él. Sentí la mirada inquisitiva de Lorie, preguntándome en silencio qué demonios estaba pasando.

—No tengo ni la menor idea pero, por si acaso, no voy a preguntar.

CAPÍTULO 6

Elle.

Fue difícil aceptar que ya no volvería a vivir con nosotras, que aquella sería nuestra última noche juntas en el que un día se convirtió en nuestro hogar. No quise ponerme melodramática, aunque tampoco hubiera podido hacerlo. Estaba demasiado enfadada pero, por una vez, quería hacer las cosas bien. Lo sucedido no tenía que interferir en la partida de Sarah. Era su día y no teníamos derecho a estropeárselo, aunque hubiera estrangulado a Lorie en ese mismo momento. Por eso salí a correr. Necesitaba sacarlo todo, quemarlo, pisotearlo y luego quedarme sin fuerzas. Solo así dejaría de doler, para que otro tipo de dolor, mucho más físico y real, ocupara su lugar. Cuando llegué a casa sentí que volvía a asfixiarme pero no podía seguir corriendo, de hacerlo, habría acabado cayendo desplomada. Debía coger al toro por los cuernos y afrontar ese día; luego, cuando Sarah se hubiera ido, ya decidiría qué hacer con lo de Lorie.

Entré, las saludé e hice ver que no pasaba nada. Era consciente de que gracias a ese paso, Sarah tuvo la despedida que casi —solo casi— hubiera deseado. Y digo casi porque, obviamente, la tensión que imperaba entre nosotras podía acariciarse. Pero resistimos.

Fuimos las tres a su casa y comimos ahí; esta vez pedimos una pizza, por aquello de seguir probando opciones. Comenzamos a abrir algunas cajas y descorchamos un par de botellas de vino que por primera vez no fueron de las baratas. Las normas habían cambiado: en esa casa no habría lugar para el vino barato. Acepté gustosa, pues sería agradable tener a veces la opción de escoger si querías una resaca dura o de las que te dejan por lo menos levantarte sin la sensación de querer morir ante el más leve ruido.

Nos costó despedirnos. Fue un momento realmente duro. Lloramos, nos abrazamos y llegué a olvidar incluso el dolor de mi pecho cuando las tres nos apretujamos y fuimos incapaces de soltarnos. Fue una escena tan cómica como emotiva. Mientras nos alejábamos hacia la puerta haciendo pequeñas eses, después de haber cenado, fuimos despidiéndonos una y otra vez, como si la anterior no hubiera sido la definitiva. Le recordamos que debía cuidarse, comer y ducharse por lo menos una vez al día, sobre todo si había perspectivas de sexo improvisado y al mismo tiempo, le recordamos que se encargara de tener siempre botellas de reserva en la nevera, después de jurarle y perjurarle que en casa siempre habría sitio para ella. Cuando al fin no hallamos en el rellano del décimo piso entre sollozos contenidos, nos despedimos por última vez y la vimos cerrar la puerta de su nuevo hogar con el gesto compungido. Su nuevo hogar.

Al llegar a casa, el silencio se cernió sobre nosotras impávido y amenazante, mucho más que el que nos había rodeado en el taxi que nos trajo de vuelta. Entré, encendí la luz, dejé la chaqueta sobre el respaldo de la silla del salón y me dirigí hacia mi dormitorio sin responder al temeroso intento de Lorie por entablar una conversación conmigo. Había podido hacer de tripas corazón durante todo el día pero ahí, en la soledad de nuestro apartamento, el mismo en el que se habían hecho añicos todos mis sentimientos, ahora volvía a sentirme magullada, engañada y vulnerable, y Lorie era la persona con la que menos deseaba hablar en ese instante.

Cerré la puerta a mis espaldas y respiré profundo un par de veces antes de dirigirme hacia la cama. Cogí el móvil y me di cuenta de que tenía un par de mensajes. El primero era de Sarah, lo había mandado al chat que teníamos las tres y por la hora que indicaba, no debía de haber esperado más de cinco minutos desde que nos habíamos marchado. Pulsé sobre el mismo y lo abrí.

«Gracias por vuestro apoyo, chicas. A pesar del esfuerzo, a pesar de todo... Sé que lo habéis hecho por mí y siempre os lo agradeceré. No habría podido hacerlo sin vosotras. Os quiero».

Sentí el temblor de mis dedos. Era real. Sarah se había mudado. Abrí el siguiente mensaje con el corazón en un puño. Era de Olly.

«Elle... Te necesito».

En ese instante dejé de ver, de sentir y de pensar. Todas las emociones experimentadas en apenas veinticuatro horas me sobrepasaban y comenzaba a temer por mí misma. El dolor era profundo, en el fondo del pecho, y no había nada que lo hiciera remitir. Estaba asustada, como nunca lo había estado antes, y lo peor de todo es que sabía que, a pesar de ello, tendría que enfrentarme a ambos.

Cuando llegué a la oficina, Julie me esperaba sonriente.

—¡Buenos días! —saludó radiante, como si el mero hecho de ser lunes fuera motivo de su felicidad—. Tienes un aviso del despacho de Alice... Dice que vayas en cuanto llegues.

Elevé la mirada y la busqué mientras colgaba la chaqueta en el perchero y dejaba mis cosas sobre la mesa.

—Vaya, tienes mal aspecto... ¿Ha pasado algo? —preguntó desconcertada.

—No... Nada —respondí, acompañándolo de un gesto despreocupado con la mano—. Voy a ir a ver a Alice... no quiero hacerle esperar.

Afirmó con la cabeza y me dirigí hacia el ascensor tras dedicarle una sonrisa forzada. Me dolía la cabeza, el pecho y cada recodo de mi cuerpo. No había logrado conciliar el sueño y me mantuve en un estado de incómoda vigilia en el que no sabía cuándo estaba dormida y cuándo no. Pensamientos y pesadillas se

confundían y lo peor es que ninguno de ellos me ayudaba a serenarme.

Llegué a la puerta de Alice, miré al interior para confirmar que no hubiera nadie y llamé un par de veces al cristal. Alzó la cabeza y me sonrió.

—¡Buenos días, Danielle!

Me tragué todo lo que me afligía y sonreí, esta vez de forma mucho más visible que antes.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Adelante, siéntate.

Hizo un ademán con la mano y me dirigí hacia una de las sillas, sintiendo que algo despertaba en mi interior, a pesar de todo. Se puso en pie y la observé mientras iba hacia un lateral y cogía una carpeta de un archivador.

—Después de comentarlo con dirección, creemos que el proyecto que planteaste es bueno, eficiente y sobre todo, viable, por lo que hemos decidido comenzar cuanto antes. Tengo un par de propuestas que hacerte y me gustaría comentarlas contigo para conocer tu opinión al respecto. El caso es que resultaría absurdo que, aprobada la idea, siguieras trabajando en tu actual puesto. Por ello mismo hemos decidido que lo mejor es que empieces a emplear tu tiempo en este proyecto y comiences a mostrarnos ideas cuanto antes. Ha quedado un despacho vacío en la segunda planta que puedes ocupar desde hoy mismo. Tienes un par de días para llevar tus cosas y acondicionarlo a tu gusto. Ahora que serás titular de un nuevo departamento, lo más apropiado es que no sigas trabajando en el de pasantía.

»Las opciones que te damos son las siguientes: trabajar a media jornada con un compañero que tú escojas o bien, asumes el trabajo a jornada completa pero tú sola. —Asentí conforme, sin atreverme a interrumpirla—. Como todavía no sabemos muy bien cómo funcionará, nosotros preferimos la segunda opción, puesto que quiero que la persona que esté al cargo del departamento lo esté al

cien por cien. Quiero rigor, Danielle, y te lo pediré desde el primer día. Eso exigirá mucho de ti y debes estar dispuesta a ello. *Marshall Brothers* es una gran compañía y todo el trabajo que salga de este edificio tiene que hacerlo con garantías. —Volví a asentir—. Lo que te planteamos es que, después de la preceptiva formación, empieces a trabajar en el primer proyecto, el del salón de belleza. Crea la campaña, haz un seguimiento y un análisis de costes a asumir y de beneficios esperados para el negocio en cuestión y cuando lo tengas, preséntamelos. Al mismo tiempo, quiero que cuando me lo traigas, lo acompañes también de la propuesta de las próximas candidatas y que me expliques por qué ellas y con cuál te quedarías tú. Quiero que trabajes por adelantado, que te anticipes a tus propios pasos y que no haya momentos en los que no tengas nada que hacer. Por ahora, asumiremos solo cinco campañas al año. Estás acostumbrada a gestionar muchas más por lo que no deberías de tener problemas.

»Dado que ya no estamos a principios de año y que tienes que empezar de cero, este año comenzaremos solo con tres proyectos y en el cierre de ejercicio valoraremos los resultados, tanto los tuyos a nivel personal como lo que esto supone para *Marshall Brothers*. Si en ambos sentidos estos son positivos, tu departamento contará con un plazo de tres años más para desarrollar mejor el proyecto y ofrecer números todavía más concluyentes en los que, si tú quieres, seguirás al mando. Si, pasados estos, los resultados siguen siendo positivos, quedarás al cargo de forma indefinida y el departamento se consolidará dentro de la empresa. ¿Cómo lo ves tú?

Cualquier cosa que pudiera añadir al respecto me haría quedar en ridículo. Lo habían contemplado todo y lo habían cerrado para que no se les escapara nada. No sería fácil, lo que me ofrecía era mucho más de lo que esperaba y, a pesar de que hubiera dedicado todo mi tiempo a ese proyecto y que deseara entregarme a él con todas mis fuerzas, convertirme en la “jefa” de un nuevo departamento todavía me parecía imposible y, para qué negarlo, me daba vértigo.

Iba a necesitar a Sarah y estaba segura de que jamás había agradecido tanto tenerla en mi vida como lo estaba haciendo en ese instante.

—¿No tienes ninguna pregunta, Danielle? —inquirió con una media sonrisa.

—Lo siento, Alice, es que ha sido mucha información de repente y no esperaba que todo avanzara tan deprisa.

—¿Quieres que posterguemos la creación del departamento?

—¡No! —exclamé y me afané en rebajar el tono de nuevo—. No, es decir, os agradezco muchísimo que hayáis aceptado la propuesta tan deprisa y estoy preparada para llevarla a cabo. ¿Estaré bajo tu supervisión?

—Así es. Pero ya sabes que soy muy exigente con todos los departamentos que están a mi cargo y que así seguirá siendo.

Respiré aliviada. Con ella podía hablar, todo lo contrario de lo que sucedía con el resto de directores, cuya superioridad rezumaba distancia.

—Por supuesto, Alice. Te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mis manos para estar a la altura de lo que se espera de mí.

—Esa es la actitud que me gusta en mis empleados, Danielle. Si vas a estar al cargo del departamento, quiero más de lo mejor que he visto de ti. Sé que eres buena, he seguido tus trabajos de cerca, pero te exigiré mucho más todavía.

Asentí en silencio, empezando a sentir los primeros efectos de la felicidad.

—Toma, este es tu nuevo contrato. —Abrió la carpeta y me tendió un documento—. Desde hoy, dejas de estar en prácticas para estar al cargo del proyecto. Comprobarás que el sueldo es significativamente superior al de tus nóminas actuales, aunque no será el definitivo. La vigencia del contrato es hasta el treinta y uno de enero del año que viene, momento en el que conoceremos el resultado de tu trabajo. Como ves, es un contrato atípico. Si, como te decía, el progreso es el esperado, este se prolongará durante tres años más y tu sueldo

volverá a incrementarse; la cifra la encontrarás en el anexo de este mismo contrato. Pasados los tres años recibirás la versión definitiva del mismo si todo funciona como esperamos. En ese momento, recibirás el último aumento y pasarás a ocupar el cargo de forma indefinida con todas las consideraciones que esto supone. Tu sueldo será el mismo que el de todos los gerentes con titularidad de departamento, el mismo que también tienes especificado en el anexo de este contrato para que no pueda haber luego cambios no previstos.

Alargué la mano y cogí el documento para estudiarlo por encima. Había tantísima letra que solo de mirarlo sentí que me mareaba y por lo que dijo a continuación, estuve segura de que no era la única que se había dado cuenta de ello.

—Hagamos una cosa, como no es un contrato habitual, te doy un plazo de veinticuatro horas para que lo estudies y nos des una respuesta. En caso de ser afirmativa, tu mudanza empezará mañana. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

—Perfecto, Danielle. Pues, en ese caso, espero volver a verte mañana con una firma estampada en ese contrato. Si es así, empezará tu periodo de formación. Serán cinco horas al día, el resto de jornada podrás emplearlo en comenzar a trabajar en la campaña del salón de belleza.

Sentía que mis piernas se volvían de gelatina y que mis manos comenzaban a temblar presas de la excitación, esta vez muy distinta a la que me sacudía en el cine cada vez que James aparecía. Esta era agradable y deseada, consecuencia de los estragos que la adrenalina estaba produciendo en mi cuerpo.

—Pues, por mi parte, eso es todo, Danielle. Te espero mañana con toda la documentación.

—Claro. Aquí estaré.

Me puse en pie y tuve la sensación de abalanzarme sobre ella y abrazarla,

pero no hubiera sido apropiado. Sostuve la carpeta con más fuerza de la debida y sonreí de forma sincera antes de encaminarme hacia la puerta. No obstante, reparé entonces en un detalle y me giré una vez más en su dirección.

—Alice... ¿Qué pasará si los resultados no son los esperados?

Inspiró y mantuvo la misma sonrisa, aunque esta mostraba ahora un matiz distinto.

—Tendrás que regresar a tu puesto actual, con la única salvedad de que mantendrás en nómina este primer incremento que experimentarás a partir de mañana, en caso de aceptar el contrato.

—Entiendo... Muchísimas gracias, Alice. No sabes lo agradecida que me siento de que me concedáis esta oportunidad.

Rodeó la mesa y salió de ella para acercarse a mí. Puso su mano sobre mi hombro y me sonrió con aquella dulzura que la caracterizaba.

—Gracias a ti, Danielle. Como te dije, me gusta apostar por personas que están dispuestas a reinventarse. —Hizo una leve pausa—. Te veo mañana.

—Hasta mañana, Alice.

CAPÍTULO 7

Sarah.

Había sobrevivido a la primera noche y me sentía eufórica por ello. No habían entrado a robarme en plena noche, ni a secuestrarme, ni me había caído en la bañera sin tener nadie cerca que pudiera socorrerme. Lo había superado y a partir de este, el resto de días serían mucho más fáciles.

Robert me dejó en la puerta de mi nuevo edificio y di gracias a que así hubiera sido porque, pese a haberle dado yo misma la dirección, el trayecto me resultó extraño y contradictorio. Debía empezar a acostumbrarme, aunque también podía regresar andando.

El portero me saludó elegante y educado y mientras subía en el ascensor contuve una sonrisita inmadura. No estaba acostumbrada a esos lujos. Brooklyn era mucho más residencial y en Manhattan, por el contrario, daba la sensación de que no desconectaras del éxito y la ostentación en ningún momento.

Hice girar la llave en la cerradura, después de equivocarme de llave, y empujé la puerta hacia el interior. Aspiré el aroma y traté de grabarlo en mi memoria. Aún era pronto para decir que olía a “mi casa”. Cerré y deambulé por la estancia. Todavía había un montón de cajas amontonadas en una esquina esperando a ser abiertas y recolocadas. Pero no había tenido tiempo. Podía haber pedido un par de días en el trabajo pero aquello no iba conmigo y tampoco los necesitaba. Podía encargarme de eso al salir. Además, como fui haciendo la mudanza por partes, tenía todo lo necesario a mano, lo demás podía esperar.

Fui a mi dormitorio —qué extraño se me hacía llamarlo así— y me cambié de ropa. Cogí unas mallas, una sudadera y me puse las zapatillas de estar por casa. Había salido pronto y tenía algunas horas por delante hasta que me diera la hora de cenar así que aprovecharía para poner en orden la cocina.

Salí de nuevo al salón y me quedé mirando las cajas con expresión circunstancial. No sabía ni por dónde empezar, pero había una cosa que sí que podía hacer: poner algo de música y dejar que todo fluyera por sí mismo. Y así lo hice. Busqué los altavoces que habíamos dejado la tarde anterior sobre el mueble de la cocina, seleccioné una lista de reproducción y me dejé llevar. El efecto fue rápido. Mis caderas comenzaron a moverse al son de la música y mis pies fueron deslizándose de una punta a otra del apartamento mientras iba dejando cosas aquí y allá.

El timbre sonó justo cuando terminó una de las canciones y me detuve en seco. ¿Quién podía ser? Por primera vez en mucho tiempo me puse nerviosa al pensar que alguien aguardaba en la puerta de mi edificio. Pulsé el botón de pausa y me dirigí corriendo hacia el recibidor cuando el timbre volvió a sonar, ahora con mayor estridencia.

—¿Quién es?

—¿Se puede saber por qué no abrías la puerta? ¡Llevo un buen rato llamándote!

Reí sin poder evitarlo.

—¿Sabes que existen los teléfonos? —respondí.

—¿Y tú que los timbres están para algo?

—No llevas demasiado tiempo esperando, mentirosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no tienes tanta paciencia. Me hubieras llamado al móvil —respondí, todavía por el telefonillo.

—Bueno, ¿vas a abrirme o no?

—Claro, ¡sube!

Pulsé el botoncito del interfono y esperé a escuchar el sonido de la puerta.

Me sentí nerviosa, era la primera visita oficial que recibía en mi nuevo apartamento y no sabía muy bien cómo actuar. Miré a mi alrededor desde el recibidor, todo el salón estaba hecho un verdadero desastre. Escuché el silencioso pitido del ascensor y abrí la puerta antes incluso de que ella llegara.

—¿Qué tal tu primer día a solas?

La abracé nada más llegó a la puerta.

—He sobrevivido, y eso es lo que cuenta.

—¿Has dormido bien?

—Supongo que sí... aunque creo que tardaré en acostumbrarme a los ruidos de este apartamento o, mejor dicho, a la ausencia de ruidos. ¡Es como si nadie más viviera en este edificio! —Hice un gesto con la mano—. Pasa, anda, aunque te advierto de que todo sigue igual que ayer.

Entré tras ella y la vi reír mientras observaba desde la distancia la jungla que tenía por salón.

—En momentos como este no te envidio en absoluto —añadió divertida.

—¿Quieres tomar algo? Puedo ofrecerte agua... o vino —seguí, mientras observaba el vacío frigorífico que todavía no había tenido tiempo de llenar.

—Eh, ni se te ocurra tratarme como a una invitada o me largo. Por mucho que te hayas mudado, seguimos siendo nosotras así que, ¡guárdate las formalidades para otro! —aseveró, fingiendo una mueca severa que cambió rápidamente—. Aunque sería descortés por mi parte no aceptar una copa de vino.

—Menudo morro tienes.

Busqué las copas que habíamos usado la noche anterior y que había dejado secándose después de lavarlas y cogí un par. Elle se acomodó en uno de los sofás

y dejó una carpeta sobre la mesa, mientras sus ojos se perdían por toda la estancia y su rostro mostraba una sonrisa distraída que me gustó y tranquilizó a partes iguales.

—¿Qué es eso? —dije desde la distancia, mientras servía un poco de vino en ambas copas.

—Necesito tu ayuda con un tema muy importante.

—Claro, dime. —Las cogí y las llevé conmigo hacia el salón—. ¿De qué se trata?

—Es un contrato.

—¿Un contrato?

Sonrió enigmática y supe que necesitaba gritar a los cuatro vientos lo que fuera que estuviera guardando para ella.

—¡Me han ofrecido un contrato increíble en *Marshall Brothers* para llevar a cabo mi proyecto!

—¡¿Qué?! ¿Ya? Vaya, ¡es maravilloso! ¡¡Felicidades!!

Le tendí la copa, ahora más necesaria que nunca y las entrechocamos con cuidado antes de darle un pequeño sorbito. Volvimos a dejarlas sobre la mesa y me concentré en ella a la espera de conocer más información.

—Se trata del proyecto en el que estuve trabajando. Lo han aceptado y quieren llevarlo a cabo y que yo esté al frente del mismo.

—Elle... ¡eso es...! —Me alegraba tanto por ella que ni siquiera sabía cómo decirle lo orgullosa que me sentía de lo que estaba haciendo. Así que sonreí y aplaudí emocionada mientras comprobaba cómo se teñían sus mejillas del rubor que lleva el nombre de la felicidad.

—Sarah, es la oportunidad de mi vida y quiero estar a la altura. No es premeditado, jamás imaginé que acabaría proponiendo un proyecto así y mucho

menos que este pudiera llegar a ser aceptado por una empresa del tamaño de *Marshall Brothers* pero, lo cierto es que ha sucedido y deseo con toda mi alma que esto funcione y que por fin mi vida tenga un poco de sentido.

Alargué el brazo y posé mi mano sobre la suya.

—Elle, tu vida tiene sentido.

—Ya sabes a lo que me refiero... Llevo muchos años dando tumbos y esta es la oportunidad más increíble que he tenido jamás. Me ha caído del cielo, lo sé, pero no quiero perderla, Sarah, te juro que necesito sentirme realizada de una vez por todas. Aquí podré trabajar con dos de las cosas que más me gustan en el mundo; podré seguir metida en el mundo de la publicidad y al mismo tiempo, seguiré unida a la fotografía puesto que los proyectos los llevaré yo personalmente y tengo libertad para escoger fotos de bancos de pago o propias. No quiero fastidiarlo, Sarah... Pero no tengo ni idea de llevar nada. Eso siempre se te ha dado mejor a ti y yo...

—A ver —corté, antes de que comenzara a ponerse nerviosa—. En primer lugar, deja de decir estupideces. Eres muy buena en lo tuyo, Elle, solo hay que mirar tus fotos o los resultados de tus campañas. Deja de pensar que no estás a la altura y empieza a confiar en ti. —Elevó el mentón y fijó la vista en mí, dispuesta a escucharme—. Llevar proyectos o estar al cargo de ellos es algo que puedes aprender, yo misma puedo ayudarte con algunas nociones que quizá puedan irte bien, sobre todo para que aprendas a gestionar tu tiempo y tus responsabilidades. Así que, vayamos por partes, ¿vale?

Asintió con la cabeza sin poder evitar mostrar una sonrisa excitada. Me sentía tan feliz por ella...

—¿Qué necesitas ahora mismo?

Cogió la carpeta que había dejado sobre la mesa y me la tendió.

—Es el nuevo contrato. Alice dice que no es un contrato estándar y me han

dado plazo hasta mañana para poder estudiarlo y firmarlo, si estoy de acuerdo. Pero no quiero firmarlo sin estar segura de que todo es correcto. ¿Podrías echarle un vistazo?

—Claro.

Alargué el brazo y cogí la carpeta antes de abrirla. Era un contrato extenso y al ojearlo por encima supe que estaba redactado a consciencia por un buen equipo legal de recursos humanos. Su empresa era sólida y estaba segura de que no cometería un error por puro descuido.

—Es largo... Me llevará un rato.

Hizo un gesto con los hombros dando a entender que no tenía prisa.

—Puedo ir ordenando la cocina mientras lo lees...

—No quiero hacerte perder el tiempo.

—Sarah, si me quedo aquí sentada acabaré sacándote de quicio. Estoy de los nervios así que lo mejor que puedo hacer, por mi salud y por la tuya, es ocuparme de algo productivo mientras tú me ayudas con el dichoso contrato.

Sonreí divertida y la miré. Había cosas que jamás cambiarían. Acepté con un gesto y me recliné hacia atrás con la carpeta entre las manos mientras veía cómo ella se ponía en pie y se alejaba.

Al cabo de un buen rato me dirigí hacia la cocina abierta y me senté en uno de los taburetes.

—Tenías razón, es un contrato completamente atípico y está creado expresamente para ti.

—¿Debería preocuparme?

—En absoluto. Todo está contemplado y no tiene vacíos legales con los que

podrían jugártela luego. —Cerré la carpeta y busqué su mirada—. Están dispuestos a llevar a cabo este proyecto, Elle; confían en ti. —Sonrió y volvió a ruborizarse—. Así que empieza a creértelo... ¡Aquí tienes tu oportunidad!

La emoción supuraba por los poros de su piel. Todavía no se creía que aquello estuviera pasando y mucho menos, que lo hubiera propiciado ella misma, y no sabía cómo gestionar todo el cúmulo de sentimientos que despertaban en su interior.

—Si lo firmo... ¿me convertiré en jefa de departamento?

—Así es.

—Y... ¿me ascenderán?

—Ajá. —Reí.

—Y... ¿Qué se supone que tengo que hacer? Es decir, ¿debo cambiar mi forma de vestir? ¿Tengo que convertirme en una estirada como tú?

Fruncí los labios y ladeé la cabeza antes de dedicarle un mohín burlón.

—No, Elle. No hace falta nada de eso. Es decir, vistes bien y es posible que en algunas ocasiones debas empezar a usar algún conjunto distinto, pero eso ya lo irás viendo. Sobre lo de ser una estirada... —repetí, con especial énfasis—, eso va con cada uno. Mi cargo es muy distinto al tuyo. Yo trabajo con grandes empresas, con cifras casi millonarias y con cuentas que podrían matarte de un infarto. Pero tú, en cambio, has creado un proyecto para trabajar con personas, en la mayoría de casos de origen humilde y poco ambicioso. Necesitas ser tú misma. Sabes conectar con la gente y esa será la mejor de tus armas para que este proyecto prospere... Así que no, no tienes que convertirte en una estirada.

Rodeó la gran isleta y se abalanzó sobre mí para abrazarme con todas sus fuerzas.

—¿Lo firmo entonces?

—¿Estás dispuesta a regresar a tu puesto si esto no sale bien?

—Sí... pero haré todo lo que esté en mis manos para que eso no suceda.

—Entonces, dame un segundo.

—¿Qué?

Me puse en pie y corrí hacia mi dormitorio. Abrí el primer cajón de la mesilla de noche y saqué un estuche negro del interior. Regresé a la cocina, abrí la carpeta de nuevo y dejé el estuche justo al lado.

—¿Es una estilográfica *Montblanc*?

—No. Es una estilográfica *Montblanc Meisterstück* y cuesta más de ochocientos dólares. Solo apta para las firmas de las grandes ocasiones.

Vi que observaba el estuche con miedo, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar y esperé alguna de sus habituales salidas para mofarse de mí. Pero no sucedió, sino que continuó mirando la pluma como si fuera un lingote de oro. Así pues, viendo que no daba el primer paso, alargué el brazo y la saqué del estuche para tendérsela.

—Danielle Elisabeth Wright, ¿quieres hacer los honores y firmar tu primer contrato laboral importante?

Tardó pero, al final, cogió la pluma con una mano temblorosa y fue firmando en todos los huecos que fui indicándole hasta llegar al último documento. Cerró la carpeta y me tendió la pluma con cuidado. La guardé de nuevo y cerré el estuche también.

—¿Estás bien?

Afirmó con un gesto.

—Pues no lo parece...

Entonces, cuando creí que el estado de shock en el que parecía haberse

sumido iba a pronunciarse todavía más, comenzó a dar brincos por la amplia estancia que configuraba mi salón con una excitación sobrevenida que me contagió al momento.

—¡Lo he conseguido!! —gritaba una y otra vez.

Corrió hacia la mesa, en la que todavía seguían ambas copas, las cogió y regresó hacia mí. Brindamos por segunda vez y le dimos un nuevo sorbo antes de dejarlas sobre la isleta.

—Y... hablando de trabajar con personas... —Comencé, tratando de que entendiera a qué me estaba refiriendo.

—Ahora no —respondió tajante—. Ahora no, Sarah. No quiero hablar de Lorie. Por favor.

Su rostro no dejaba lugar a dudas. No había ni rastro de humor en el tono empleado ni en el rictus de sus facciones, que se tensaron al momento.

—Es un día muy importante para mí y no quiero que nada ni nadie lo estropee.

—Pero... ¿No crees que ella debería saberlo? Al fin y al cabo...

—Al fin y al cabo nada, Sarah. Na-da —puntualizó con sequedad—. Sí, me gustaría poder celebrarlo las tres juntas, ¿es lo que querías oír? Pero no puedo. No puedo, Sarah. No puedo mirarle a la cara y seguir haciendo ver que no me pasa nada, que no me siento engañada. Pude hacerlo ayer, era tu día y prometimos estar contigo. Pero no podré soportarlo una segunda vez.

—Pero, Elle... vivís juntas... vas a tener que hacerlo.

—Tan solo estoy pidiendo un poco de tiempo... ¿Tan difícil resulta de comprender?

Me quedé pensativa y analicé su postura, tratando de ponerme en su piel. ¿Cómo habría reaccionado yo de haber estado en su lugar? ¿Cómo afrontaría que

una de mis mejores amigas me hiciera algo así? No podía culparla. Me dolía verlas así, pero en parte la comprendía. Las comprendía a las dos.

—Está bien —consentí al fin.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —preguntó después de terminar con los últimos fideos que quedaban en su plato. No habíamos vuelto a sacar el tema durante el resto de la tarde ni tampoco mientras cenamos.

—¿Cómo dices?

—No quiero volver a casa.

—Elle...

—Oh, vamos, Sarah, ¡no te comportes como si fueras mi madre!

—La que se está comportando como una niña eres tú.

—¡No me jodas! ¿Eso crees? Entonces, dime, ¿cómo te sentaría que yo me acostara con Mike? Solo hay que verte la cara cuando alguien menciona su nombre para saber que te importa más de lo que pretendes aparentar. ¿Cómo te sentaría, eh?

—No es lo mismo.

—Exacto, no es lo mismo, ¡es mucho peor! Son mis mejores amigos, los dos, y mientras yo me he dejado la piel en ayudar a Lorie para que su negocio se mantenga a flote, ella se ha dedicado a darse un revolcón con el único tío por el que creo que he sentido algo demasiado fuerte como para llegar incluso a saber diferenciarlo.

—Te equivocas, Elle... Estás juzgando sin saber.

—¡¿Que me equivoco?!

—Sí, Elle. Te equivocas.

—¿Sí? Pues, en ese caso, perfecto. Me consuela no ser la única que lo ha hecho. ¿Puedo quedarme o no?

Nos retamos con la mirada, como si ya no quedara nada de la felicidad que habíamos compartido esa tarde. Quería contarle la verdad, que entendiera por qué Lorie hizo lo que hizo un par de noches atrás. Quería que la perdonara y que todo siguiera adelante. Pero, por mucho que me doliera, por mucho que las quisiera a las dos por igual, no era mi problema y debían solucionarlo ellas dos. Si Lorie no quería contarle la verdad... estaba en su derecho. Y si Elle no quería hablar con ella... era comprensible.

—No tienes ropa limpia para mañana —dije.

—Todavía me debes un jersey... —respondió, suavizando el tono.

—Está bien. Puedes quedarte.

—Gracias, Sarah... Lo necesito de verdad.

CAPÍTULO 8

Lorie.

—Buenos días, Caroline.

Saludé con un gesto de cabeza y las palabras atoradas en la garganta. Me senté en el sillón y acomodé el bolso a mi lado, junto con la chaqueta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, ante mi palpable silencio.

Respiré hondo, volví a coger aire y miré al techo antes de responder.

—Lo he echado todo a perder.

Me temblaba el labio inferior y también las manos. Envolví una con la otra y comencé a jugar con mis dedos, ejerciendo presión sobre ellos para tratar de rebajar la tensión acumulada en los mismos.

—¿Qué ha sucedido?

Tardé en responder. Sentía que las fuerzas iban a escapar por mi boca si despegaba los labios. O tal vez temía derrumbarme delante de ella y entonces, tener que afirmar que efectivamente, había vuelto atrás en el tiempo, al momento en el que acudí a esa misma consulta por primera vez en mi vida. No era yo, me sentía pesada, inquieta y consumida y no era capaz de hallar ni un solo atisbo de esperanza en mi interior, nada que me dijera que todo saldría bien. Elle llevaba sin hablarme desde que llegamos a casa después de dejar a Sarah por primera vez sola en su apartamento. Lo había intentado, pero me evitó a consciencia y no supe reunir el valor suficiente para enfrentarme a ella. Al día siguiente ni siquiera pasó por casa. Sé que durmió con Sarah, ella misma me envió un mensaje para avisarme y que así no me preocupara, pero me dolió que así fuera, que no quisiera verme, que no quisiera ni escucharme. Me había pasado la noche entera llorando en la cama, la misma que seguía cubierta con unas sábanas en las

que continuaba impregnada la esencia de Olly, como si acabara de salir de ellas.

—Caroline...

Alcé la mirada y me topé con sus ojos analíticos.

—Me acosté con Olly.

Su silencio, por primera vez llamó mi atención. La doctora Olsen no solía ser una persona que se dejara sorprender fácilmente. A lo largo de todos los años que llevaba ejerciendo la profesión, estaba segura de que había escuchado cosas mucho más turbias e inesperadas que esa y sin embargo, mi afirmación fue la que durante unos instantes, la dejó fuera de juego.

—Vaya, Caroline... ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

Tragué saliva con dificultades, como si esta estuviera repleta de miles de agujas que se me clavaron en la garganta en lo que duró aquel sencillo movimiento. Busqué las palabras adecuadas, traté de encontrar la explicación. Llevaba tres días haciéndolo y, sin embargo, todavía no había dado con ella.

—La verdad es que no lo sé.

Volvió a permanecer unos instantes en silencio y entonces, sucumbí a la presión. Sentí las primeras lágrimas acudiendo impávidas a mis ojos y la presión en el pecho. Traté de mantenerme firme pero no fui lo suficientemente fuerte como para evitar que descubriera mi pesar. Movié un brazo y alcanzó una caja de pañuelos que había sobre su mesa para tendérmela después. Cogí un par y sequé la comisura de mis ojos. Miré al techo, inspiré con lentitud y luego exhalé un suspiro.

—Era la noche antes de que Sarah se mudara definitivamente —comencé—. Le preparamos una fiesta. Por otro lado, Elle consiguió que le dieran luz verde para llevar a cabo su proyecto. Puede imaginar, las emociones nos superaban... al igual que también lo hicieron las copas que no dejamos de tomar. Bebimos, reímos, jugamos, bailamos y sacamos partido de una noche que, en teoría, no

volvería a repetirse. —Hice una ligera pausa que aproveché para tomar aire—. Cuando todos se marcharon me fui a la cama. Al cabo de un rato, me entró sed y fui a la cocina a por un botellín y cuando me disponía a regresar, di de bruces con Olly. Estaba ebrio y visiblemente alterado por algo. Me miró como si fuera un oro y yo... me dejé llevar. Me dejé arrastrar aun cuando una parte de mí sabía que con eso le haría daño a Elle... Pero, aunque deseara con todas mis fuerzas que la parte más razonable de mí actuara en ese preciso instante, la irracional, la que es capaz de moverse tan solo gracias a los impulsos, fue mucho más fuerte y venció.

—Entiendo... ¿Cómo te sentiste al despertar?

Tardé en responder y volví a secar un par de lágrimas.

—Fatal. Me sentí despreciable. No por culpa de Olly... él se portó bien conmigo a pesar de no ser muy consciente de qué era lo que estaba sucediendo... Fue por lo que sentí al darme cuenta de que en cuanto Elle lo descubriera, se sentiría traicionada. Y no podía culparla. Me avisó. Nos dijo que Olly estaba prohibido y aun así, no me detuve.

—Caroline, Danielle no tiene derecho a decidir con quién puede acostarse Olliver.

—Lo sé... Pero en ese caso sí la tenía. En fin... entre ellos había algo. Aunque no fuera sólido o aunque ni siquiera ellos dos supieran qué es lo que sienten por el otro.

Volvimos a quedarnos en silencio durante unos instantes.

—¿Qué más te aflige?

Con la cabeza inclinada, elevé solo la mirada. Había aprendido a leer mis expresiones y mis miedos.

—¿A qué se refiere?

—Hay algo más que no me estás contando. Algo que te duele, aparte de la culpabilidad por lo que ha sucedido entre Danielle y tú.

Lo había, por supuesto que lo había, pero pensar en ello me hacía sentir todavía más ruin de lo que ya me sentía.

—Caroline, estás aquí para aprender a gestionar tus emociones. No puedo ayudarte si no me cuentas qué es lo que necesitas.

El llanto volvía a acudir a mis ojos pero no quería dejarle salir.

—Soy invisible... —dije, esta vez en un sollozo—. Mientras que para mí esa noche lo significó todo, para él fui completamente invisible. Se desahogó conmigo mientras que en su cabeza y en su corazón, Él era la que encendía un deseo incontrolable.

—Caroline, lo siento de veras.

—Gracias... —respondí educada, aunque eso no rebajaba ni un ápice de mi dolor.

Pasaron unos instantes en los que la doctora no interrumpió mi pesar. Me tendió otro pañuelo y con él volví a arrastrar algunas de las lágrimas que seguían resbalando silenciosas por mis mejillas.

—Llegado este punto, creo que deberías hablar con Danielle y explicarle la verdad, lo que sucede contigo y lo que llevas sintiendo por Olliver desde hace tiempo.

—Usted no lo entiende...

—Sí lo entiendo, y también comprendo lo difícil que puede llegar a ser dar un paso como el que acabo de plantearte. Pero, mucho me temo que, si no lo das, lo que había entre Danielle y tú comenzará a debilitarse. Para ella, la Caroline atrevida dio un paso equivocado sin ningún tipo de justificación. En cambio, todas podemos llegar a comprender lo mucho que podemos equivocarnos por

culpa de unos sentimientos que son más fuertes que nuestra propia voluntad. Danielle puede ser distinta a ti pero te quiere, y una persona que te aprecia es capaz de comprender una disculpa sincera.

—Pero...

—Caroline, no eres una mala persona, tan solo has cometido un error. Y el mundo no se detiene por culpa de los errores.

La severidad, dulce y firme al mismo tiempo, con la que pronunció esas palabras fue suficiente para hacerme reaccionar de algún modo. El llanto cesó y también mis propios intentos de asfixiarme a mí misma se atenuaron. No era una mala persona.

—Elle no quiere hablar conmigo.

—Pues va a tener que hacerlo.

—Le he fallado, doctora, ella se ha volcado en mí completamente con su proyecto, se ha entregado para ayudarme y yo se lo pagado con el desplante más horrible del mundo.

—Deja de lamentarte. Tú no obligaste a Danielle a que empleara su tiempo en ayudarte, lo hizo porque eres importante para ella. Ahora tienes que estar a la altura de las circunstancias. Está dolida, es comprensible, pero tenéis que sinceraros entre vosotras. Mereces ser escuchada por lo menos y luego, en todo caso que decida qué quiere hacer. Y tú también debes escucharla a ella. Por muy duro que te resulte conocer sus sentimientos.

Asentí sin añadir nada más. Su firmeza siempre me había ayudado a reaccionar. Mientras yo me echaba para atrás y dejaba que los miedos tomaran las riendas de mi vida, ella se encargaba de pararme en seco y obligarme a plantarles cara. Debía hablar con Elle y debía contarle toda la verdad. Aunque me aterrara el mero hecho de tener que confesarle todo lo que sentía en realidad por Olly... y por la vida en general.

CAPÍTULO 9

Sarah.

—Sarah, Michael Spencer pregunta por ti.

—¿Padre?

—Hijo.

—¿Qué necesita?

—Saber si puede reunirse unos minutos contigo.

—Dile que pase, Edward.

—De acuerdo.

Era jueves por la mañana y sentía que no tenía almacenadas en el cuerpo las fuerzas suficientes para afrontar la jornada. Me había pasado esos tres días trabajando sin parar, poniendo orden en el apartamento y acudiendo a la academia a dar clases. Necesitaba un descanso que estaba segura de que Mike no me proporcionaría. ¿Qué querría ahora? Ni siquiera me dio tiempo a planteármelo cuando le vi aparecer junto a mi puerta. Rayos, estaba realmente guapo. El traje le quedaba entallado a la perfección y la corbata combinaba con los tonos de la tela como si la hubieran creado para ser usada siempre de forma conjunta.

—Hola, Michael —dije, sin levantarme siquiera de la silla—. Pasa.

—Buenos días, Sarah.

El tono suave que empleó me puso en alerta al momento.

—¿Qué necesitas?

—Me gustaría comentar algo contigo.

Cogí aire, le observé durante unos instantes y lo solté lentamente.

—Tú dirás.

—En realidad, vengo a pedirte opinión.

—Tú... ¿a mí? —reí sarcástica.

—Sí, Sarah. A ti.

Me detuve y le sostuve la mirada tratando de averiguar qué era lo que realmente quería de mí. Me obligué a armarme de paciencia y a no responder con brusquedad. Me pareció que venía en son de paz, pero no pude evitar cierta brusquedad en el tono que empleé a continuación.

—A ver, ¿qué necesitas?

—¿Tanto te molesta que acuda a ti en busca de ayuda?

—Es que todavía no entiendo por qué motivo, siendo abogado, no quieres trabajar en las oficinas de tu padre.

—Eso no es asunto tuyo, Sarah. Pero, si tanto te preocupa, el Derecho no es mi campo. Me gusta este trabajo, aunque no te lo creas. Y, por cierto, se me da bien.

—Lo que tú digas.

—¿Qué es lo que te pasa conmigo, Sarah?

Dejó los papeles sobre la mesa y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Que no logro entenderte, Mike.

—Es que no tienes por qué hacerlo. Nadie te ha pedido que lo hagas, de hecho.

—¿Para qué has vuelto? Tratas de engañarnos a todos con esa faceta tuya de arrogancia y entrega al mismo tiempo pero, ¿sabes? No cuela, Mike. Eres el mismo de siempre. Harás lo que te dé la gana y luego te largarás y nos dejarás en

la estacada. Y no estoy dispuesta a que eso suceda. Para ti puede ser un juego, o un sencillo pasatiempo pero, para mí, estas oficinas son mi vida... y también lo son para mi familia y para la tuya. Tus caprichos han dejado de importarme lo más mínimo, Michael —puntalicé, sintiendo el latido desbocado de mi corazón en la garganta y en la sien.

Me alteré como hacía mucho tiempo que no lo hacía o, mejor dicho, como lo hice la última vez que me encontré con él, cuando sometimos a votación su incorporación como socio. Mike despertaba en mi interior un sinfín de emociones que permanecían latentes y agazapadas y que, en su presencia, rugían despiadadas con la necesidad de dejar constancia de que una pantera jamás se dejaba amedrentar por un cervatillo.

Me sostuvo la mirada y pasados unos instantes, su expresión dio lugar a un gesto de silenciosa comprensión. Tensó los labios, conteniendo una sonrisa triste y acto seguido, se puso en pie.

—Siento haberte molestado. —Con una mano, masculina y definida, tiró un poco de la americana para recomponerla, aunque no hiciera falta, elevó el mentón y cogió la carpeta dispuesto a abandonar mi despacho—. Que tengas un buen día.

Le vi salir mientras que yo permanecí en la misma posición, incapaz de mover un solo músculo. No entendía por qué mi cuerpo actuaba de ese modo cuando se veía sometido a su influjo ni tampoco por qué motivo reaccionaba con semejante hostilidad. Había venido a pedirme opinión, por el amor de Dios, ¿qué demonios me pasaba?!

Durante las siguientes horas no pude eliminar de mi cuerpo la estúpida sensación de culpabilidad que mi propia conducta había provocado. Y como yo misma sabía que era bien merecida, todavía me sentía peor. Había actuado de forma mezquina y arrogante y me estaba flagelando en silencio por ello. Estuve

tentada en un par de ocasiones de ir a su encuentro y disculparme, pero desde que había cruzado la puerta de mi despacho, el ritmo de trabajo pareció tornarse frenético y no tuve tiempo apenas para salir a comer algo si quería dejarlo todo listo para poder salir a tiempo y acudir a la clase de danza.

Llegué a *Infinity* casi sin aliento. Por suerte, me había acostumbrado a llevar la bolsa con la ropa a la oficina y así no tenía la necesidad de pasar por casa antes. Llegué justo cuando algunas niñas ya estaban esperando en el pasillo.

—Buenas tardes, Sarah —me saludó la recepcionista con su habitual y agradable sonrisa—. Tienes una nueva incorporación en clase.

—¿Sí?

—Sí. Le han inscrito esta misma mañana. Hará un mes de prueba y han solicitado expresamente estar en tu clase.

—¿Expresamente?

—Sí... —sonrió feliz—. Por lo visto, empiezan a considerarte un buen referente... ¿No te hace ilusión?

—Sí... —respondí, sin saber en realidad muy bien cómo reaccionar—. Es decir, claro que me hace ilusión, solo que me ha pillado un poco por sorpresa.

—Sophie tiene muchos contactos, estoy segura de que los padres buscaban una buena escuela y ella les ha hablado de ti.

—Claro... —¿Qué otra explicación podía haber sino?

—Por cierto, es un niño.

—¿Un niño? —pregunté visiblemente emocionada.

—Sí, de hecho, es ese que hay ahí sentado —dijo, señalando hacia el fondo del pasillo, donde un crío esperaba sentado en un banco, con las piernas colgando mientras jugueteaba con los dedos de las manos. El corazón me dio un vuelco henchido de ternura—. Ha llegado hace cinco minutos.

—Gracias. Voy a cambiarme y empiezo la clase.

—Claro.

Me encaminé hacia el pasillo y saludé a algunas de mis alumnas que también esperaban a mi llegada, así como a sus madres o a sus canguros, que esperaban con ellas. La clase empezaba en diez minutos así que debía darme prisa. El único que estaba solo era el niño. Pasé por su lado y al hacerlo, este levantó la mirada y logró derretirme con ese sencillo gesto. Sonrió y todas sus facciones se relajaron. Tenía dos hoyuelos marcados en las mejillas y un par de remolinos en la frondosa melena, revuelta y muy rubia.

—¡Hola! —saludé, obligándome a no agacharme y abrazarle con todas mis fuerzas.

—¡Hola!

—¿Es tu primer día, verdad? —Hizo un gesto afirmativo, enseñándome dos dientecllos de conejito que todavía me enternecieron más—. Lo pasaremos bien, ya verás. ¿Me das un par de minutos para que me cambie de ropa y luego empezamos? —Volvió a repetir el gesto—. Perfecto. Ahora mismo vuelvo, pues.

Le revolví el pelo y me adentré en el vestuario con la sensación de estar flotando. Era un niño precioso. Me pareció que era más pequeño que el resto de mis alumnas y eso podía suponer un pequeño desajuste en las coreografías pero, antes de nada, me ocuparía de comprobar su nivel y descubrir su edad.

Salí del vestuario y vi que habían llegado un par de alumnas más. Todas hablaban y cuchicheaban entre ellas mientras que el niño parecía continuar solo, sin que nadie le prestara demasiada atención. Me acerqué a él, le tendí la mano y él respondió rápidamente, asiéndose a ella para luego bajar del banco en el que seguía sentado de forma paciente y luego quedarse a mi lado.

—Vamos, chicas, ¡a clase!

Empujé la puerta y todas fueron entrando después de despedirse de sus acompañantes, a las que dediqué también una amplia sonrisa, ahora que empezaba a memorizar y conocer mejor sus caras. Cuando todas estuvieron dentro, entré yo también con el niño todavía de mi mano, cerré y fui hacia el centro de la clase.

—Bien, chicas, hoy tenemos una nueva incorporación y espero que todas sepáis apreciar lo especial que es.

—¿Un niño? —preguntó Bridget, con un semblante visiblemente confuso.

—Sí. ¿No sabéis que también hay bailarines profesionales? Quizá tenéis ante vosotras a la próxima estrella de Nueva York y no lo sabéis. La danza, chicas, no es solo cosa de mujeres. En absoluto.

Los deditos del crío se apretaron con un poco más de fuerza a mi mano. Estaba nervioso. Me agaché a su lado y me puse a su altura para mirarle a los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Matthew... Pero todos me llaman Matt.

—¿Y cuántos años tienes?

—Seis y medio. Voy a cumplir siete pronto —añadió, queriendo dejar claro de algún modo que no era tan pequeño.

—Muy bien, Matt, eres todo un hombrecito entonces. Yo me llamo Sarah, pero aquí todas me llaman señorita Vaus.

Asintió en silencio.

—Bien, chicas. Saludad a Matt, por favor. Desde hoy, será uno más en esta clase ¿vale?

—¡Hola, Matt! —saludaron, con aquella cantarina voz infantil que siempre me había encantado.

—Ve con ellas, Matt —dije, soltándole la mano para que pudiera incorporarse al resto de chicas, a las que me dirigí después—. Bien, podéis ir a la barra y empezar a calentar.

Todas dieron la vuelta y Matt las observó analítico durante unos segundos y luego las siguió. Dos de ellas se separaron y le hicieron hueco en medio, junto a la barra, para que él también pudiera calentar. Todas comenzaron con los ejercicios y él las iba observando e imitando, amoldándose perfectamente a su rutina. Me fijé en sus movimientos mientras yo también estiraba algunos músculos. Eran estudiados, delicados, suaves y sobre todo, innatos, ese crío había nacido para bailar y todavía no le había puesto a prueba. Y no lo supe solo por el maillot negro que llevaba ni por la camiseta de licra ajustada; lo supe porque en cada movimiento que hizo a partir de ese momento, se entregó en cuerpo y alma.

Coloqué a todos por parejas en un extremo de la sala y seleccioné una de las listas de reproducción que más les gustaba. Cada vez que la usaba para practicar, solían hacerlo todavía con más ahínco y precisión de lo que ya era habitual en ellas. Me coloqué en medio y fui dándoles las instrucciones de cada paso y ellas, de dos en dos, cruzaban la sala completa realizando una y otra vez el movimiento, salto o giro en cuestión. Cuando llegaban al final, corrían una por cada lado y regresaban al final de la fila, a la espera de que volviera a llegar su turno. Les gustaba mucho ese ejercicio y a mí me encantaba verlas entregarse de ese modo.

Tenté a la suerte y tan solo les di el nombre del movimiento en cuestión. Pero Matt no necesitó explicaciones adicionales cuando llegó su turno. Conocía todos los pasos y los realizó con la absoluta perfección de un niño de seis años, que seguramente llevaba bailando desde que había aprendido a andar. Las niñas, al darse cuenta de su potencial, fueron soltándose más con él y le felicitaban cada vez que regresaba a la fila, en la que vi que a cada minuto que pasaba se sentía

más cómodo. Su concentración no se desvió ni un solo instante de los ejercicios y poder contemplarle era un verdadero placer. En ese momento, me di cuenta de que una parte de mí se ablandaba demasiado. Ese niño era capaz de despertar tantas emociones con cada movimiento...

Cuando terminó la clase, decidí esperarme hasta el final. Quería conocer a sus padres y hablar con ellos personalmente. Matt había estado a la altura, pese a ser el más pequeño y haberse enfrentado a su primera clase. Quería que supieran que haría todo lo posible para que ese niño brillara como merecía.

Las niñas se despidieron y entre risas y grititos se dirigieron hacia el vestuario. Matt les dijo adiós con timidez y regresó al mismo banco en el que le había encontrado al llegar. Me acerqué a él.

—¿Quién vendrá a por ti?

—Mi papá —respondió educado—. Pero me ha dicho que me espere aquí sentado hasta que él llegue y que no me mueva bajo ningún concepto. No me deja salir solo a la calle. —De nuevo, inesperados impulsos de mamá osa acudían a mí—. Me ha dicho que quizá tardaría porque tiene mucho trabajo, pero que si tardaba, debía esperarle aquí.

—Claro, cielo. ¿Te apetece que espere contigo y así nos conocemos un poquito mejor?

—Vale...

Sonreí.

—Bailas muy bien para tener solo seis años.

—Casi siete.

—Claro, disculpa. —Volví a sonreír—. ¿Cuándo empezaste a bailar?

—A los cuatro.

—¿Y por qué has cambiado de escuela?

—Ha sido papá... Mamá se fue hace tiempo y nosotros hemos cambiado de casa. Pero yo quería seguir bailando y me enfadé porque ya no lo hacía pero papá me prometió que me buscaría una escuela nueva en cuanto nos instaláramos y me ha apuntado aquí porque dice que usted es una de las mejores profesoras. Y yo quiero ser bailarín de mayor.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no emocionarme. No sabía qué era lo que tenía ese niño, no sabía si había entendido bien aquello de que su madre se fue y en el caso de que fuera lo que me temía, no entendía cómo era posible que un niño tan pequeño y delicado irradiara la fuerza que Matt desprendía, dadas las circunstancias.

—¿Trabaja mucho tu padre?

—Sí... pero siempre cena conmigo.

—¿Y cuándo decidiste que querías ser bailarín, Matt?

Subió y bajó los hombros y me dedicó aquella sonrisa en la que mostraba sus dos dientecillos y sus hoyuelos se pronunciaban un poquito más. Seguía con el pelo igual de revuelto y me temía que aquello era algo contra lo que no merecía la pena luchar. Había melenas rebeldes y luego estaba la de Matt.

—¿Y te gustaría bailar en *Broadway*?

—¡Adiós señorita Vaus! —Las niñas comenzaron a salir en ese momento del vestuario, cuchicheando, con las coletas revueltas y las mochilas en las manos—. ¡Adiós, Matt! —se despidieron también.

—¡Adiós, niñas! —Las seguí con la mirada y les fui dedicando una sonrisa mientras las veía alejarse hacia la recepción, donde sus madres las esperaban desde hacía unos minutos.

—A mí me gustaría bailar en todos los teatros del mundo —dijo entonces la vocecita que seguía a mi lado.

Me giré hacia él y le contemplé entre embelesada y curiosa. Aquella respuesta no correspondía a un niño de seis años... y medio.

—Tendrás que ensayar mucho y muy duro para eso... ¿Lo sabes?

—Sí. Le prometo que lo haré. También ensayaré en casa. Todos los fines de semana.

Sonreí ante su salida. Pero en eso consistían los sueños, en prometerse a uno mismo y a los que están dispuestos a ayudarnos a cumplirlos que pondremos todo nuestro empeño en tratar de alcanzarlos.

—Tienes que guardar un poquito de tiempo para ti también, Matt, es bueno disfrutar de todo.

—Vale, también lo haré.

Sus pies se movían arriba y abajo, colgados en el banco sin llegar al suelo todavía y me sentí conmovida por la visión. Con la inesperada llegada de Matt parecía que había despertado algo muy especial en mi interior y toda la tensión que había acumulado a lo largo del día había desaparecido ahora por completo. Aunque esa sensación duró poco. Escuché una voz masculina en la recepción y Matt se movió de repente a mi lado. Sonreí divertida, me incorporé para acompañarle y cuando alcé la mirada, di de frente con lo único que no esperaba ver en el mundo... en mi mundo.

—¡¡Papá!! —gritó Matt, justo antes de lanzarse a los brazos de Mike Spencer—. Tenías razón, papá. ¡La señorita Vaus sabe mucho!

Me detuve en seco en medio del pasillo, con el corazón latiendo descarriado y una sensación de mareo nublándome la razón. No podía ser. Aquello no tenía ningún sentido. Nuestras miradas se encontraron unos instantes y sin que la desviara en ningún momento, le habló a Matt.

—Ya te dije que era la mejor, cariño.

Se lo dijo a él y me lo dijo a mí. Y, pese a usar las mismas palabras, a los dos nos lo dijo en un sentido muy distinto. No podía reaccionar, del mismo modo que no pude hacerlo esa misma mañana cuando le vi salir de mi despacho. Solo que ahora tenía ganas de correr tras él y exigirle una explicación... o quizás abrazarle y darle las gracias por haber sido capaz de criar un niño tan dulce como el que ahora, de espaldas, se giró por última vez y se despidió de mí con su sonrisa de conejito y un gesto de la mano.

CAPÍTULO 10

Elle.

Despedirme de Julie no fue fácil. Habían sido dos años trabajando codo con codo y cuando eso sucede, en la mayoría de ocasiones se acaban creando vínculos de los que luego es difícil desprenderte. Sentíamos emoción y tristeza al mismo tiempo. Me acompañó hasta mi nuevo despacho cuando su turno terminó y me ayudó a colocar las cosas. Junto a mi puerta, en los dos únicos días que habían pasado desde que entregué mi copia firmada del contrato, habían instalado una pequeña placa metálica en la que podía leerse mi nombre. Era la primera vez que tenía un despacho, con sus cuatro paredes, su mesa, sus estanterías y su puerta propia. Y todavía seguía teniendo la sensación de que aquello no me pertenecía. Al día siguiente comenzaría mi trabajo de forma efectiva en ese despacho, muy distinto a lo que había estado haciendo hasta el momento, y todavía no sabía si estaba preparada para ello.

—Me alegro mucho por ti, Elle, de veras —dijo, mientras acababa de colocar un pequeño tiesto con un cactus en una de las estanterías, muy vacías todavía en comparación con las del despacho de Sarah—. Aunque voy a echarte mucho de menos. No será lo mismo sin ti...

—¿Quién sabe? A lo mejor esto prospera y acabo necesitando más manos...
—proseguí, esperanzada.

—¿Contarías conmigo?

—¿Lo dudas? ¿Con quién iba a querer trabajar si no es contigo?

—¡Oh, Elle...! Se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Gesto al que correspondí del mismo modo.

Nos separamos y nos dirigimos hacia el ventanal para perdernos después en

sus vistas. No eran tan increíbles como las que podían apreciarse en plantas superiores, pero era la primera vez que tenía vistas, no como en el cubículo que había compartido con Julie.

—¿Crees que me he equivocado? —pregunté, sin girar la cabeza hacia ella.

—En absoluto. Confío en ti, Elle, y creo que lo que has hecho por tu amiga es increíble y dice mucho de ti. Tienen suerte de poder contar contigo.

La miré y estiré los labios un poco, sin poder sonreír como seguramente lo hubiera hecho en otro momento de mi vida. Llevaba desde el domingo sin hablar con Lorie. La había evitado de forma consciente tanto como había podido y pese al dolor que me producía la situación, no era capaz de hallar el modo de afrontar esta situación. Tampoco había vuelto a hablar con Olly. Él, en cambio, no volvió a intentarlo sino que respetó mi petición. Me concedió tiempo y espacio. Pero el vacío de mi pecho era cada vez mayor, más potente y sobre todo, más peligroso.

—¿Elle?

—¿Sí?

—Te preguntaba si sucedía algo... Pareces ida.

La miré y dudé. Podía confiar en ella, el problema era que no sabía gestionar todas las emociones. Me di la vuelta y me apoyé de espaldas en el alféizar de la ventana. Respiré hondo y suspiré después.

—¿No eres feliz con este cambio?

—Sí... sí, claro que lo soy. Es mi oportunidad, Julie, y me muero de ganas de aprovecharla... Es solo que... —Volví a suspirar—. Creo que ha llegado en el peor momento de mi vida.

—¿Quieres hablar de ello?

—No sabría ni por dónde empezar...

—¿Es por Olly...? —dijo más bajito.

Elevé el mentón y estudié su mirada. ¿Qué sabía ella de Olly?

—No hay que ser muy avisado para darse cuenta de que hay algo entre vosotros... —se afanó a despejar el interrogante.

Se dirigió hacia la mesa, colocándose justo frente a mí, y adoptó la misma posición, quedando las dos cara a cara.

—Es todo muy confuso... Ni siquiera sé qué es lo que tenemos.

—Eso tiene fácil solución.

Volví a mirarla unos instantes y luego me perdí en algún punto de la pared.

—No lo tengo tan claro.

—Porque estás metida en esto hasta el cuello. Pero, dime, ¿habías sentido algo parecido alguna vez por otro tío?

Pensé durante unos instantes pero no tuve que invertir demasiado tiempo para dar con la respuesta.

—Lo que tengo con Olly no puede compararse a lo que haya podido tener con cualquier otro chico. Partimos de puntos muy distintos... Es decir, con él hay muchos pasos que ni siquiera hay que darlos. ¿Una cita para conocernos mejor? Conozco incluso su talla de ropa, ¿qué más tendría que saber de él?

—Muchas cosas, Elle... me parece increíble que no te des cuenta.

—¿Cómo qué?

—Pues como cuál es el color de sus ojos al despertar, su caricia favorita, su punto débil, el ritmo de su respiración cuando está dormido, su perdición, la comida que puede conquistarlo... Podría seguir si quieres.

Reí, esta vez de verdad, ladeé la cabeza y respondí con firmeza.

—Sus ojos son de un color gris gatuno bajo la primera luz del alba. Puedes doblegarle si le acaricias la nuca con suavidad. Su respiración es pausada,

armoniosa y candente. Le pierde el buen cine y también una cerveza, fría, casi helada. Y puedes llegar al más profundo rincón de su corazón con un *bagel* de mantequilla recién hecho.

Pinzó los labios y aguantó una sonrisa.

—¿Qué? —respondí ante su mueca.

—¿Tengo que decírtelo o vas a responderte tú misma?

Respiré profundo y expiré con fuerza. Dejé caer los brazos hacia los lados y me dirigí hacia la silla que había, justo a su izquierda. Me senté, apoyé los codos sobre la mesa y la cabeza sobre mis manos, exasperada. No podía ser...

—No puedo haberme enamorado de mi mejor amigo. Es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque es Olly.

—Sigo sin entender por qué es imposible.

—Pues porque es Olly —repetí, esta vez en un tono más agudo—. Porque... ¡Porque es él! Porque llevo casi toda mi vida a su lado. Porque lo sabe todo de mí. Porque siempre ha estado ahí. —Me faltaba el aire y aun así, no podía detenerme—. Porque sabe cómo soy, cuándo estoy enfadada y cómo sacarme una sonrisa en ese caso. Sabe cómo me gusta el café y cuánto adoro hacer fotos. Lo sabe todo, Julie. No tengo secretos para él...

—¿Y...?

—Y... ¡Y no soportaría que él no sintiera lo mismo por mí! —Lo dije mucho más fuerte incluso que antes. Miré hacia el pasillo, temerosa de haber elevado demasiado la voz y volví a respirar y a bajar el tono.

—Ya era hora.

Dejé caer la cabeza y la escondí sobre mis brazos, abatida. ¿Cómo había

podido enamorarme de Olly? Y, lo peor de todo... ¿En qué momento había sucedido?

—Julie, no puedo hacerlo.

Sentí su mano sobre mi brazo, en una caricia sincera y amable. Ella no era consciente pero en ese momento la necesitaba más que nunca. Sarah estaba trabajando y empezando su nueva vida y Lorie... Necesitaba a alguien con quien hablar y sacar todo lo que dolía de dentro. Llevaba cuatro días callando, viviendo todas esas nuevas experiencias en absoluta soledad. La primera noche la pasé con Sarah, pero no podía molestarla a diario. Y Lorie y Olly habían desaparecido de la ecuación, por lo menos de forma puntual.

—Las cosas no son o blancas o negras, Elle... Y deberías saberlo ya a estas alturas.

Levanté la cabeza y la busqué, a la espera de una explicación un poco más concreta.

—¿Cuántos días llevas sin verle?

—Desde el fin de semana.

—¿Y cómo te sientes?

—Como si me hubieran arrancado una parte de mí. No sé si del pecho, de los pulmones o del corazón... pero duele. Y mucho.

—¿Intentó hablar contigo?

Pensé en la última vez que le vi, en el temor de su rostro cuando me suplicó un momento en la calle, en la tristeza de sus ojos y en el profundo latigazo que sentí a la altura del esternón cuando creí que iba a romper a llorar. Cada vez que esa imagen acudía a mi mente sentía que el suelo temblaba bajo mis pies, amenazando con romperse y tragarme. Podía soportar muchas cosas, pero jamás había sentido nada parecido a lo que sentí cuando le descubrí tan abatido. Era

difícil de explicar, y mucho más difícil todavía de comprender. Pero me dolió. Y cada vez que lo revivía era mucho peor. Sentí impulsos de llamarle, de hablar con él, de abrazarle y por encima de todo ello, de besarle y decirle que todo había acabado, que le quería solo para mí y que no estaba dispuesta a volver a compartirlo... de ningún modo. Y me aterraba que así fuera. Por eso traté de volcarme en mi nuevo trabajo, en mi nueva realidad de la que él no formaba parte y que me permitía, por lo menos durante algunas horas, respirar con aparente normalidad.

—Todo esto es una completa locura, Julie.

—Es posible... pero no puedes enfrentarte a ella tú sola. No sé qué ha pasado en casa pero sé que es mucho más grave de lo que ha podido serlo en otras ocasiones. Lo sé porque has conseguido lo que llevabas tiempo deseando y aun así, no eres feliz. No brillas, Elle. Ni siquiera tu pelo parece tan rojo como siempre lo ha sido. Es como si te hubieran apagado este fin de semana.

—No es cierto... Soy feliz. Soy feliz con este ascenso —repetí—. Es lo que quería, es lo que deseaba... es mi oportunidad.

—Puedo hacer el esfuerzo de creerte, Elle... Pero lo cierto es que, por mucho que tus palabras me aseguren que eres feliz, tus ojos lo niegan a gritos. ¿Qué es lo que ha pasado?

Me concedí unos instantes en los que de forma inevitable, reviví uno de los peores momentos de mi vida. Seguramente el peor de ellos. Lorie en medio del pasillo con aquella mirada tan culpable con la que me hundió en el más profundo de los pozos.

—Lorie se acostó con Olly este sábado —dije al fin, sin ser consciente siquiera de que mis labios se habían adelantado y habían delatado mis verdaderos sentimientos.

Julie me miró y esperó su respuesta. Pero no dijo nada. Me contemplaba con

la duda encarcelada en los ojos, como si —al igual que yo— no pudiera dar crédito a lo que acababa de confesarle. Las amigas no se hacían eso. Las amigas no se traicionaban. Y aunque ella no lo dijo en ningún momento, supe que también pensaba que eso había sido un golpe bajo... Muy bajo.

Cuando salimos de la oficina decidimos que ese era el día más indicado para ir a tomar una copa juntas. Le conté el resto de la historia, desde cómo había surgido la oportunidad de crear el proyecto del que Lorie era la principal protagonista y causante hasta la historia de cómo Olly y yo habíamos cruzado las barreras por primera vez. Me escuchó paciente y trató de comprender el estruendo que se producía en el interior de mi cabeza cada vez que pensaba en todo lo sucedido y trataba de darle una explicación. Pero ninguna de las dos supimos dar con ella. Lo de Lorie seguía pareciéndome un golpe bajo.

Y así seguí pensándolo cuando llegué a casa y la descubrí en el sofá. Por un momento permanecí inmóvil. Nuestras miradas se retaron. Se incorporó casi de un brinco, como si quisiera decirme algo. Su rostro era un poema. Jamás la había visto tan abandonada a ella misma. Dejé las cosas sobre la mesa del salón y me encaminé hacia el dormitorio.

—Elle... Elle, por favor, tenemos que hablar.

No respondí sino que seguí andando hasta llegar a mi habitación. Me giré por última vez y la vi en medio del pasillo, contemplándome en absoluto silencio con la súplica en los ojos.

CAPÍTULO 11

Lorie.

No iba a poder soportarlo más. Habían sido cuatro días. Cuatro eternos días en los que Elle y yo no habíamos cruzado ni una sola palabra. Estaba rota. Por dentro, por fuera y en todos los sentidos posibles. La echaba de menos. La necesitaba conmigo. Y necesitaba que me escuchara. La ayuda de la doctora no era suficiente, Sarah estaba completamente fuera de combate por el trabajo, la mudanza y la academia, y el salón no cubría el resto de necesidades. Ni siquiera Kate, que se había dado cuenta de que algo grave sucedía, consiguió aliviar parte de mi pesar... Aunque lo intentó con todo su empeño y cariño.

Sentí el nudo en la garganta y las acuciantes ganas de llorar ante su reiterativo silencio. Sabía que había empezado en el nuevo trabajo porque Sarah me lo había contado por teléfono, pero necesitaba hablar con ella y recuperar la complicidad que siempre habíamos compartido. Me había equivocado, la había cagado como nunca antes lo había hecho... y por eso necesitaba que supiera que me arrepentía, que jamás quise hacerle daño y que, en otras circunstancias, nunca habría cometido semejante estupidez. Después de darle muchísimas vueltas, había llegado a la conclusión de que el único modo de que me diera una oportunidad, de que tratara de comprender por qué motivo me había dejado llevar, era diciéndole la verdad... Toda la verdad.

Respiré hondo frente a su puerta cerrada, me tragué las ganas de llorar y cuando sentí que podía hablar, o por lo menos intentarlo, piqué a su puerta.

El silencio siguió siendo su única respuesta.

—Elle, voy a entrar —dije desde mi posición.

De nuevo, el silencio.

Conté mentalmente hasta tres, respiré hondo y abrí la puerta.

La encontré sentada frente a su ordenador con los cascos puestos. Se giró de golpe, sorprendida por mi inesperada presencia. Una de las reglas que habíamos establecido desde el primer día era que una puerta cerrada era sagrada si no había consentimiento de cualquier tipo por la otra parte. Siempre habíamos respetado la intimidad de las demás. Pero esta fue la primera vez que la rompí.

—¿Es que no has visto la puerta cerrada? —atacó en primera instancia.

Me obligué a contenerme unos instantes en los que inspiré con fuerza.

—No podemos seguir así —dije al fin.

—Tal vez deberías haberlo pensado antes —respondió en el mismo tono, sin mirarme a la cara siquiera.

—Vale, Elle, me equivoqué, pero, ¿es que acaso he perdido también el derecho a tratar de dar una explicación de lo que sucedió?!

—¿Ahora me vienes con esas? ¿Acaso pensaste en lo que me explicarías mientras te lo montabas con Olly?!

Fue un golpe duro. Muy duro. Estuve a punto de romper a llorar. Las fuerzas comenzaban a fallarme con cada una de sus respuestas. Lo estaba intentando, quería hablar con ella e intentar que se pusiera en mi piel, por lo menos por un momento. Pero su mirada airada, llena de ira y odio contenido pudo conmigo. Volví a empequeñecer, a dejarme amilanar y a sentir que no merecía nada, ni su cariño ni su comprensión. Era injusto siquiera que me lo hubiera planteado.

—No es tan sencillo, Elle. Pero te juro que lo siento.

Di media vuelta y me dispuse a salir por ella cuando la escuché contraatacar de nuevo.

—¿Qué es lo que no fue sencillo, Lorie? ¿Traicionarme sin contemplaciones o tirarte al único tío que sabías que me importaba?

Estaba cruzando el umbral de la puerta cuando la oí. Temblé de los pies a la cabeza. Era injusto que pensara eso de mí, pero no podía hacerle cambiar de opinión si no me daba opciones para explicarme. Respiré hondo y seguí andando. Entonces, la oí moverse deprisa y sus pasos me alertaron de que se acercaba a mí.

—¿Es que no tenías suficiente con Mark? ¿O es que acaso eres incapaz de controlar tus jodidos impulsos? Estás enferma, Lorie —siguió atacando con rabia contenida. Comencé a sentir la crispación en su voz, en el tono cada vez más elevado con el que se dirigió a mí.

Volví a detenerme, ahora ya en el salón, y apreté los puños con fuerza. Me costaba respirar y mantenerme firme. Vale, me había equivocado, pero yo no era esa clase de persona. No era una enferma adicta al sexo. Sabía controlarme. Lo de Olly no tenía nada que ver con lo que había sentido por ningún otro tío. Pero ella no tenía ni idea y no podía culparla por pensar eso de mí... De estar en su lugar, seguramente yo también lo habría hecho.

—¿Qué? ¿Ahora no dices nada?

Me giré lentamente.

—¿Qué es lo que quieres oír? —dije, armándome de toda la paciencia que en realidad no era capaz de reunir.

—En realidad, nada —respondió tajante y hostil—. No quiero oírte, Lorie. Lo que hiciste fue muy rastroso. Te dije que Olly era terreno prohibido para vosotras, ¡te lo dije! Y aun así, te lo montaste con él a la menor oportunidad que te surgió.

Me dolía el pecho por culpa de la presión que ejercían mis propios pulmones al respirar. No era verdad. No tenía razón...

—También dijiste que entre vosotros no había nada... —rebatí con los dientes apretados y apenas en un susurro—. Lo dijiste, Elle... dijiste que no

querías nada con él.

Dio un paso al frente y se acercó amenazante hacia mí. Sabía que no me haría nada pero, aun así, su mirada infundía verdadero pavor. Mis músculos se tensaron y mis puños volvieron a apretarse hasta clavarme las uñas en la palma de las manos. Aguanté inmóvil.

—Eso no te daba derecho a hacer lo que hiciste.

—¿Qué diferencia hay entre que fuera yo a que lo hiciera otra cualquiera?! —estallé esta vez, comenzando a perder los estribos.

—¡¡Que tú eres mi amiga!! ¡Prácticamente mi hermana! —vociferó.

Nos retamos con la mirada, con las respiraciones agitadas y la ira esperando a explotarnos el pecho, que oscilaba inquieto arriba y abajo. Estaba siendo injusta, yo no era esa clase de persona. No era de las que le hacen eso a sus amigas. Solo fue un error...

No pude contenerme más. Sentí la humedad en la comisura de mis ojos y me resultó imposible soportarlo. Con un movimiento brusco me abrí paso apartándola del medio y me dirigí hacia mi dormitorio.

—¿Y ahora te vas? Muy bien, ¡huye!

Recorrí el pasillo y llegué a mi dormitorio justo cuando creí que mis piernas iban a desfallecer bajo mi propio peso. Cerré la puerta y a los pocos segundos escuché el estruendo que provocó el fuerte portazo que dio Elle. Me dejé caer con la espalda apoyada en el borde de la cama y me hice un ovillo en el suelo, mientras sacaba de mi interior todo lo que escocía. En mi mente, las secuencias vividas con Olly en ese mismo dormitorio ahora se sucedían sin piedad, como si pretendieran castigarme una y otra vez. Lloré con fuerza y desgarró, mientras permitía que mis ojos dejaran escapar todo aquello para lo que no existían palabras. No era justo. No era justo que no me permitiera hablar...

Tensé el brazo y con un manotazo tiré todo lo que había sobre mi mesilla.

Estaba furiosa como no lo había estado nunca. Tiré los cojines que había sobre la cama y también la libreta que había bajo uno de ellos. La estampé contra la pared. Me acerqué hacia el tocador y me contemplé en el espejo. No había nada de mí. No me reconocía. La máscara de pestañas se había corrido por mis mejillas y oscurecía mis ojos todavía más. Cogí un algodón y la arrastré con fuerza, sin delicadeza alguna, irritándome la piel. Apoyé ambas manos sobre el tocador y volví a mirarme después. No quería ser esa persona. No quería que nadie volviera a hacer que me sintiera miserable. Tenía sentimientos. Cuando me fui de casa, me juré que nadie volvería a hacerme sentir así. Mi padre sería el último. Y si para lograr que Elle me creyera de una vez tenía que contarle la verdad... Lo haría.

Volví a mirarme en el espejo y descubrí que el llanto ahora había cesado. La dureza de mis facciones respondía a algo muy distinto. Iba a hacerlo. Iba a contarle a alguien mis problemas por primera vez. Y Elle me iba a escuchar... por las buenas... o por las malas. Pero lo haría.

Entré en su dormitorio sin llamar a la puerta. La encontré de nuevo sentada frente a su ordenador y descubrí que ella también lloraba. Por lo menos no era la única. Se afanó en pasarse las manos por las mejillas para retirar las lágrimas de ellas y se puso rápidamente en pie en actitud de defensa. Volvía a la carga.

—Lorie...

—¿Quieres saber la verdad?! —corté sin miramientos—. Pues ahora vas a escucharla.

Ni siquiera reconocía el tono de mi voz, severo y autoritario. Esta vez no replicó. Me observaba distante, pero sus labios no se despegaron.

—¿Quieres pensar que soy una persona horrible? Está bien, adelante, piénsalo. Pero antes déjame que te cuente un par de cosas. —Me acerqué a su

escritorio y con un golpe brusco dejé caer sobre el mismo un par de carpetas y algunas libretas en las que había estado escribiendo todos mis sentimientos a lo largo de mucho tiempo—. No todo es lo que parece a simple vista, Elle.

—¿Qué es todo esto?

—Ah, ¿quieres saberlo? —proseguí, supurando nerviosismo e irritación—. Por supuesto, ahora mismo te lo voy a contar. Todo eso son los informes psicológicos de todas las sesiones de terapia a las que he acudido desde que me mudé a este apartamento.

—¿Terapia...?

—Sí, terapia. No todos hemos tenido una vida repleta de algodones y arcoíris, Elle. La mía, antes de vivir con vosotras, te aseguro que no los tuvo.

—Pero...

—¡No hay peros! —vociferé, imponiéndome por primera vez en toda mi vida—. ¿Querías la verdad, no? ¡Pues es esta! La realidad es que mi vida era un completo desastre y que eso me acompañará durante el resto de mis días. ¡Es algo que jamás se supera! Lo conseguí durante un tiempo y sin embargo, desde que leí esa jodida lista la noche de fin de año, todo volvió a venirse abajo. Caí de nuevo, Elle... Y te aseguro que lo que sientes ahora mismo no tiene nada que ver con el verdadero infierno al que puedes llevarte tú misma. Y te preguntarás qué tiene que ver esto con lo de Olly, ¿verdad? —continué, pero no respondió—. En esas libretas se explica. La verdad es que estoy enamorada de Olly desde hace tiempo. No sé cuánto, no sé cómo ocurrió... pero pasó.

—Lorie...

—No, Elle, ¡escúchame! ¡¡Escúchame por una vez!! Te guste o no lo que vas a oír. —Tomé aire durante unos segundos y seguí; no podía detenerme, ahora que había empezado a sincerarme necesitaba sacarlo todo de dentro de un modo que nunca antes lo había hecho. Con la doctora siempre hablaba de forma

pausada y desde el sentido común y la razón, pero lo que necesitaba ahora era dejar que aquellos confusos sentimientos que albergaba en mi interior cobraran forma de una maldita vez por todas—. He intentado por todos los medios no hacer caso de mis sentimientos. He intentado deshacerme de esos pensamientos, del sonido de su sonrisa o del dolor que produce saber que estás enamorada de alguien que sabe que existo solo porque tú, Elle, estás ahí.

»No tienes ni la menor idea de lo que es que la persona a la que has amado en absoluto silencio durante meses, ¡años! te mire con el deseo llameando en los ojos. No sabes lo que es sentir que sus manos te acarician mientras tú crees haber muerto y ahora estás rozado el cielo. Porque, obviamente, esa era la única explicación. Pero, sobre todo, no tienes ni la más remota idea de lo que es sentir que mientras alguien te está haciendo el amor, tú lloras consciente de que jamás sentirás nada igual y en cambio, él solo está pensando en la jodida pelirroja que dos habitaciones más allá le ha llevado a un estado de excitación sobrehumano. Si crees que lo que sientes ahora mismo es dolor, te aseguro que no tienes ni puta idea de lo que es el sufrimiento real. El que se lleva dentro y te asfixia, día y noche. Y ahora, si quieres seguir sin hablarme, adelante. ¡Haz lo que te salga de las narices! —grité.

No le di tiempo a reaccionar puesto que con la última palabra me desmonté. Di la vuelta a toda velocidad y me encaminé hacia el pasillo. Esta vez el portazo lo di yo. Esta vez el silencio lo impuse yo.

Me dirigí hacia mi dormitorio y volví a encerrarme en el interior mientras las lágrimas volvían a recorrer mi rostro. Aunque una leve sensación de alivio se abrió paso en alguna parte de mi interior. Lo había hecho. Había contado la verdad. Me había desnudado y ya no había vuelta atrás.

Ahora la pelota estaba en el tejado de Elle.

CAPÍTULO 12

Sarah.

Era viernes. Había superado la primera semana sola, aunque en mi cabeza otro pensamiento muy distinto se hiciera eco a cada minuto que pasaba en el interior de las oficinas que llevaban mi apellido. No había vuelto a ver a Mike, por mucho que lo había intentado. Me había acercado a su supuesta nueva oficina pero no le vi ni una sola vez. Le había dejado algunos mensajes a su secretaria, pero tampoco hubo suerte.

—Edward.

—¿Sí?

—¿Nadie ha llamado preguntando por mí?

—No... ¿Esperas alguna llamada importante?

—Supongo que no...

Me adentré en mi despacho y le oí seguirme a unos pasos de distancia, después de abandonar su puesto.

—¿Ha sucedido algo?

—No... es solo que... Nada, Edward. Tonterías mías.

—Sarah... Sabes que si necesitas cualquier cosa... aquí me tienes, ¿verdad?

Le miré a los ojos y asentí, antes de desviar de nuevo la vista hacia cualquier otro punto para que no descubriera lo más evidente de todo.

—Descuida —añadió entonces—. Si llaman, no te preocupes, te lo diré al momento.

—Gracias.

Regresó a su puesto y yo me acomodé tras mi mesa con la incómoda sensación de que por primera vez en muchísimo tiempo, algo había escapado de mi control. Necesitaba hablar con Mike, necesitaba una explicación. ¿Cómo no había sabido nada de la existencia de Matt?

No había podido quitarme su expresión aññada de la cabeza, tan soñadora y evocadora, tan mágica y sobre todo, tan infantil. Pero, si había algo que no había podido borrar de mi mente era algo que el pequeño había dicho... ¿Qué debía significar lo de que su madre se había ido? Mike seguía luciendo una alianza dorada en la mano... Si se hubieran divorciado o separado, dudo que siguiera llevando siempre algo tan íntimo y significativo... Y la otra posibilidad, sencillamente me resultaba demasiado dolorosa incluso como para imaginarla. Si Mike había enviudado tan joven debía de haber pasado un verdadero calvario durante los últimos meses... Lo cual, también justificaría su regreso.

Matt había vuelto a clase por segunda vez esa semana y aunque aguardé a su lado a que Mike viniera a por él, este no apareció tampoco, sino que lo hizo — muy a mi pesar— una joven que no contaría más de dieciocho o diecinueve añitos y que Matt identificó como su canguro. Me sentí desilusionada después de haberme pasado el día entero esperando a ese momento.

No podía dejar de pensar en él. Así pues, rendida ante la evidencia de que no iba a poder concentrarme hasta que no consiguiera dar con él, decidí dar un paso más allá y tomar la vía directa. Cogí el teléfono y marqué el número de extensión de Alex Spencer.

—Hola, Sarah —saludó tan cordial como siempre.

—Hola, Alex. Oye... quería hacerte una pregunta. ¿Sabes por casualidad dónde se ha metido Mike?

—Está trabajando en un caso de Vaus, pero lleva toda la semana haciéndolo aquí, en nuestras oficinas. ¿Pasa algo? Si os da problemas, solo tienes que decírnoslo...

Claro, ¿cómo no se me había ocurrido que podía estar tan solo un par de pisos más arriba?

—¡No! —me afané en cambiar de tono antes de delatarme—. No, Alex, todo está bien... Está trabajando duro —corregí, aun sin saber si en realidad lo estaba haciendo o no—. Es solo que... ¿Podrías darme su número de teléfono... personal? Necesito comentarle una cosa de forma urgente.

—Claro, anota.

Apunté su número en un papel y me despedí de él. Vale, tenía su teléfono. Perfecto. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía decirle? Suspiré y recliné la silla hacia atrás, sin dejar de jugar con el papel entre los dedos. Cogí mi teléfono y estuve tentada de llamarle, pero cada vez que marcaba su número acababa pulsando el botón de retroceso y regresaba al menú principal. ¿Por qué me costaba tanto?

Entonces, como si la casualidad y el destino quisieran jugármela, le vi. Primero creí que eran imaginaciones mías. Luego, caí en la cuenta de que no lo eran. Era Mike, en carne y hueso, cruzando el pasillo que quedaba frente a mi despacho a toda velocidad, como si no quisiera ser descubierto.

—Mike —dije, aunque sonó más bajito de lo que hubiera esperado. Me puse en pie de forma torpe y precipitada y me dirigí a toda prisa hacia la puerta—. Mike. ¡Mike, espera!

Anduve hacia él. Se detuvo, todavía de espaldas a mí, y pude ver cómo se tensaban todos sus músculos bajo la tela del traje. Respiró hondo, elevó el mentón y permaneció rígido.

—Mike, por favor —salvé la distancia y me acerqué un poco más a él. Le vi girarse lentamente—. Has estado evitándome desde el martes. —No era una pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque dejaste claro que no quieres saber nada de mí.

—Pero entonces no sabía que...

—¿Qué? ¿Que tengo un hijo? Eso no cambia nada, Sarah. Sigo siendo el mismo. Sigo siendo el arrogante de Mike, o por lo menos eso es lo que parece que soy para ti.

Tragué saliva en silencio, sin poder dejar de contemplarle. Llevaba la barba rasurada al milímetro, perfilada y definida.

—Mike...

—¿Ya no soy “Michael”? Pensaba que te gustaba la distancia que el uso de mi nombre completo parecía infundirte.

—Mike, por favor... —Y esta vez se lo supliqué.

—¿Qué es lo que quieres, Sarah? Tengo prisa. Algunos tenemos que ganarnos todavía cierta confianza.

Dejó caer la mano en la que llevaba una carpeta y volvió a mirarme después de suspirar de forma visible. Pero no supe qué decirle. ¿Qué era lo que quería? Estaba dolido. Por un momento reconocí en él a un Mike del pasado al que conocía mucho mejor que al que tenía delante. Pero, aunque fue solo por una milésima de segundo, le vi de nuevo... y algo se removió inquieto en mi interior. Era él. El mismo que había despertado las primeras mariposas. El que me robó un primer beso en sueños. El que después me dejó tirada sin más. El que no volvió a preguntar por mí jamás. Apreté los labios y traté de contener todas esas emociones.

—Matt es un niño increíble.

Me sostuvo la mirada, estudiándome de forma visible, seguramente preguntándose a qué venía eso.

—Lo sé.

—No permitas que deje de bailar.

Comencé a sentir el sudor en la palma de mis manos.

—Jamás se me ocurriría.

Mi corazón latía amenazando con delatarme.

—Llegará donde se proponga —seguí.

—Y haré todo lo que esté en mis manos para que así sea.

El mundo había desaparecido a mi alrededor. En aquel pasillo que llevaba años recorriendo, ahora solo estábamos él y yo. Nadie más. Su fragancia me confundía y su presencia aturullaba mis sentidos.

—Quiero ayudarle.

—Por eso acudí a ti.

—¿Por eso acudiste a...?

Me sentía confusa.

—¿Sobre qué crees que quería pedirte opinión cuando me presenté esa misma mañana en tu despacho? —Hizo una breve pausa—. Claro, ¿cómo ibas a saberlo si no me diste ni una sola oportunidad para contarte de qué se trataba?

—Mike, yo...

—No importa, Sarah. Dejaste muy clara tu postura —dijo, mientras sentía que sus palabras me arañaban la capa interna de la piel—. Tan solo te pido una cosa. Haz que Matt cumpla su sueño. Está encantado contigo. Mantén tu odio hacia mí al margen de él, ¿vale? Es la primera vez que vuelve a estar ilusionado después de todo...

—No te odio, Mike...

—Sarah. —Sus ojos me atravesaron—. Es lo único que te pido. Por favor. Y ahora, si me disculpas, debo irme.

Le vi alejarse con la sensación de haber metido la pata hasta el fondo, de haberme equivocado con él, de haber dejado que las emociones hubieran podido con la razón, aun cuando ni siquiera sabía por qué actuaba de aquel modo con él.

Cuando llegué a casa todavía me dolía el estómago y no era por lo que había comido, o mejor dicho, por lo que no había comido. Había perdido el apetito desde el mismo instante en el que le vi desaparecer en dirección al ascensor.

Me deshice de los tacones y me dejé caer sobre el blanco sofá. Estaba agotada. Sin embargo, la calma no duró más que algunos minutos. El timbre comenzó a sonar estridente cuando estaban a punto de dar las ocho de la tarde. Era viernes, ¿quién podía ser a esas horas? Por un momento, tuve una pequeña corazonada y pensé que podía tratarse de Mike. Luego comprendí lo absurdo que llegaba a ser ese pensamiento y me puse en pie cuando el timbre volvió a sonar, esta vez con más ímpetu, amenazando con provocarme un intenso dolor de cabeza.

—¿Quién es?

—Soy Elle —escuché a través del telefonillo—. ¿Puedo pasar?

Ay, Dios... Se avecinaba tormenta.

—Claro.

Pulsé el botón y abrí la puerta. Esperé en el vestíbulo a su llegada mientras cogía aire y fuerzas de donde no las tenía. Me sentía exhausta y estaba segura de que la inesperada presencia de Elle solo auguraba un problema más que sumar a los que ya de por sí tenía. Escuché las puertas del ascensor y abrí la de casa. Forcé una sonrisa y la saludé desde la distancia. Su rostro pagaba. Tenía razón... algo iba mal.

—¿Tú lo sabías? —fue su saludo.

No quería arriesgarme y meter la pata.

—Hola para ti también.

—Sí, perdona... Hola, cielo —y esta vez me abrazó—. ¿Cómo estás en el edén de Manhattan?

—No tan en el paraíso como esperaba.

Cerré la puerta cuando entró y la vi dirigirse hacia el interior. Se detuvo frente a la mesa y dejó la chaqueta y el bolso colgados en el respaldo de la silla.

—Oh, vamos, Elle, ¡tienes un perchero enorme aquí mismo! —exclamé señalándolo justo a mi lado, sin poder evitar una sonrisa. Había echado de menos sus manías.

Me miró y me dedicó una mueca lacónica.

—Ni que una cambiara de la noche a la mañana porque su amiga se haya mudado.

—No tienes remedio. ¿Quieres algo? —Me encaminé hacia la cocina y no esperé a que respondiera. Saqué un par de refrescos y le tendí uno de cola.

Cogió la lata y se dirigió hacia el sofá en el que hacía apenas unos instantes había estado tumbada yo. Fui hacia el otro, que quedaba justo enfrente del suyo y me senté a la espera de una explicación.

—¿Sabías lo de Lorie? —No perdió ni un solo minuto.

—¿El qué?

—Lo del psicólogo.

Ahora sí que me había cogido por sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Vale. Eso confirma mis sospechas. Por lo visto tampoco sabías nada.

Abrió la lata y le dio un trago.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Lorie va al psicólogo desde hace años.

—Y eso... ¿Por qué? ¿Por qué no sabíamos nada?

—Supongo que por lo mismo que tú no quisiste contarme lo de que ibas a mudarte. Todas tenemos secretos.

Había algo que se me estaba escapando. Abrí mi lata también y le di un sorbito.

—¿Podrías ponerme un poco en situación? ¿Qué es lo que ha pasado...?

La escuché en absoluto silencio mientras imaginaba lo difícil que tuvo que ser para ellas la noche anterior. Elle me lo contó todo, desde el modo en el que le había hablado a Lorie hasta todo lo que esta le dijo cuando estalló.

—¿Cómo estás tú?

—Pues mal, Sarah. Todo esto es una mierda. Es decir, me pasé, soy consciente, estaba muy furiosa con ella... Y sigo estándolo. Pero esto cambia las cosas. —Dio otro trago al refresco antes de seguir—. No sabía que Lorie estaba pasando por todo esto... Y jamás imaginé que estuviera enamorada de Olly.

—Te dije que te equivocabas con ella.

Me miró y por un instante permaneció inmóvil, tratando de comprender.

—¿Tú lo sabías?

Asentí.

—Me di cuenta hace apenas unas semanas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque jamás imaginé que acabarían acostándose. Si ella quería llevarlo en silencio era libre de hacerlo.

No replicó. Se recostó sobre el respaldo y le dio otro trago al refresco.

—¿Qué debo hacer?

—No lo sé.

—Vamos, Sarah, tú siempre lo sabes todo.

Sonreí de forma inesperada. Me gustaba pensar que aunque ya no viviera con ellas, todavía seguían necesitándome tanto.

—¿Qué quieres hacer tú?

Me contempló unos instantes.

—No tengo ni idea. Me duele, Sarah... Me siento engañada aunque...

—Aunque, ¿qué?

Desvió la mirada.

—¿Elle?

Cogió aire y lo soltó lentamente antes de responder.

—Aunque creo que, si hubiera sucedido al revés, yo habría cometido el mismo error.

—¿Eso crees?

—O sea —se afanó en explicar—, no con cualquier tío. Me refiero a que, si estuviera enamorada de un chico y este me concediera una sola noche, seguramente habría caído y hubiera asumido después las consecuencias de mi error.

Esta vez tardé un poco más en responder.

—¿Significa eso que la has perdonado?

—No... Todavía no. Tan solo digo que soy capaz de comprenderlo. Pero sigue doliendo.

Nos perdimos cada una en sus propios pensamientos durante unos instantes hasta que volví a cortar el silencio.

—¿Sabes por qué te ha dolido tanto?

—No quiero hablar de ello.

—¿De qué, Elle?

—Sarah...

—No, Elle. Las cosas no funcionan así. No puedes culpar solo a Lorie de lo que ha sucedido. Vale que ella no actuó bien y que se equivocó. Cometió un error y creo que ninguna de las tres nos salvamos en ese sentido. Pero no puedes seguir engañándote y tratando de engañarnos a nosotras. Creo que ha llegado el momento de que las cosas queden claras, porque mucho me temo que las dos estáis enamoradas del mismo hombre. Y eso solo puede llevaros a dos puntos: o sois sinceras la una con la otra, o acabaréis lamentándolo durante mucho tiempo.

El silencio se cernió sobre nosotras tras mis palabras. Palabras que, en mi caso, quedaban vacías de contenido. ¿Cómo podía pedirle sinceridad cuando yo estaba cometiendo exactamente el mismo error que ella? No quería hablar de Mike, no quería pensar en él ni darle una explicación a la sobrevenida sensación de ahogo que me provocaba su presencia.

—Yo no sabía que estaba enamorada de Olly. Te juro que no lo sabía, Sarah.

Lo dijo con la boca pequeña y supe que no me mentía cuando sus ojos comenzaron a empañarse, de forma casi imperceptible. Me puse en pie y me acerqué a ella para abrazarla. Me recibió más tranquila, ahora ya sin mantenerse a la defensiva.

—¿Es una mierda, verdad?

—No lo sabes bien...

Lloró en silencio y le concedí aquellos instantes de intimidad que necesitaba. Pasados unos minutos, se recompuso, se pasó un pañuelo por los ojos y me dedicó una sonrisa forzada.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Con Lorie? Creo que deberíais hablar con calma. Sentaos y contaos toda la verdad. Poned las cartas sobre la mesa... Será el único modo de que podáis enfrentaros a esta situación... Me temo que ella tiene mucho más que perder que tú.

—¿Por qué dices eso? —sorbió por la nariz, en un gesto aniñado muy suyo.

—Porque... creo que Olly también está enamorado de ti. No estoy segura, Elle... Pero creo que siente algo por ti. Lo vi en sus ojos cuando fui a buscarle a la habitación de Lorie. —Vi el brillo esperanzado de su mirada, aquel destello que solo producen algunos sentimientos y todavía sentí más pena por Lorie. Nos iba a necesitar mucho. Incluida Elle—. Jamás le había visto así. Estaba abatido y te necesitaba con desesperación, como si te hubiera engañado.

—Es que lo hizo.

—No, Elle... No lo hizo. No había nada entre vosotros.

—¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora?

—Porque supongo que os habéis tenido siempre. No lo sé... Jamás se había interpuesto nadie entre vosotros y había amenazado con romper lo que fuera que hubierais construido. Y en cuanto ha sucedido... os ha estallado en la cara.

—Supongo que tienes razón... —dio un último trago a su refresco y lo dejó sobre la mesilla que había entre los dos grandes sofás—. Estoy hecha un verdadero lío, Sarah... Todo esto ha pasado en el peor momento de mi vida...

justo cuando necesito estar más concentrada, más fuerte y sobre todo, más entera.

—¿Es que alguien dijo que las malas noticias siempre venían solas?

CAPÍTULO 13

Elle.

Cuando salí del apartamento de Sarah, la oscuridad, pese a las intensas y permanentes luces que siempre iluminaban cualquier rincón de la ciudad, se cernió sobre mí. Cogí un taxi y le di la dirección de casa.

Mientras cruzábamos el puente de Brooklyn me pregunté una y otra vez qué era lo que había cambiado durante las últimas semanas para haber desajustado nuestras vidas de ese modo. Sarah, de la noche a la mañana, ya no vivía con nosotras. Lorie y yo nos habíamos enamorado del mismo hombre y a mí, me habían ascendido y había dejado un trabajo en el que había pasado los diez últimos años y otro que cerraba mi periodo de prácticas en la gran empresa de publicidad en la que trabajaba, para pasar a dirigir un nuevo departamento que se había creado especialmente gracias a mí. ¿Cómo demonios habíamos llegado a ese punto?

Dejamos atrás el puente y llegamos a Brooklyn, donde los edificios ya no tenían esa imponente altura que predominaba en la gran manzana. Echaba de menos a Olly. No de un modo sentimental sino más bien, lo echaba de menos a mi lado. Acompañándome, como siempre lo había hecho. Añoraba algunos de sus mensajes, su sonrisa o su forma de pasarme el brazo sobre los hombros y darme calor. Miré el reloj... pasaban de las once de la noche.

—¿Podría llevarme a otro lugar? —me sorprendí preguntando sin haberlo premeditado demasiado.

—Claro. Usted dirá.

Le di la dirección de Olly y sentí que mi cuerpo reaccionaba por instinto. No le había visto desde el domingo por la mañana, después de que me detuviera en

la calle. La expresión de su rostro todavía me acompañaba y me torturaba cada vez que mi mente tenía un espacio libre para pensar en algo que no fuera mi nuevo trabajo.

Se detuvo frente a la puerta del edificio en cuestión y pagué el importe de la carrera antes de bajar del vehículo. Durante unos instantes, permanecí ahí sin saber muy bien qué hacer. La calle estaba desierta a esas horas y la entrada, al estar situada en un callejón, estaba sumida en una oscuridad inquietante. Subí los peldaños y me detuve frente a la puerta sin saber muy bien qué hacer. Al final, con la sensación de haberme dejado llevar, llevé la mano hacia el interfono y pulsé el botón de su apartamento.

—¿Quién es? —Era la voz de Cintia.

—Soy Elle... ¿Está Olly en casa?

—Ah, ¡hola, Elle! Está abajo, en el sótano. ¿Quieres subir a por las llaves?

—No... no tranquila, llamaré a la puerta, por si está trabajando.

—Perfecto. ¡Que vaya bien!

—Gracias, Cintia.

El zumbido de la puerta principal me indicó que podía abrirla. Me adentré en el vestíbulo del edificio, cerré a mis espaldas y me dirigí hacia el hueco de las escaleras que llevaban hacia el sótano, bordeando el ascensor. Me detuve un momento pero no oí ningún tipo de música ni ruido que proviniera del interior, más que el que pudieran hacer las tuberías en aquel punto del edificio. Respiré hondo, llamé un par de veces a la puerta y esperé, pero el silencio continuó siendo la única respuesta. Volví a llamar. Nada.

Saqué el teléfono del bolso y busqué su número antes de teclear un mensaje para él.

«*Sofía Vergara. Joe Manganiello o Jay Pritchett en 'Modern Family'?*».

Esperé su respuesta con el corazón encogido. Pero, por suerte para mí, no tardó demasiado en llegar.

«No vale... El papel de Ed O'Neill en esa serie es sencillamente, sublime».

«Escoge».

«No puedo. Esta elección necesitaría un largo debate previo».

«Pues debatamos entonces tus argumentos».

Empecé a sentir la impaciencia en la punta de mis dedos, que se movían a toda velocidad sobre el teclado del teléfono.

«No es lo mismo hacerlo por aquí».

«Pues hagámoslo en persona».

Esta vez, su mensaje tardó unos segundos más en llegar.

«¿Estás sugiriendo...?».

«Sí».

«Voy a por la moto y me paso por tu casa».

«Perfecto».

Sentí el bombeo acelerado en mi cuello, en el pecho y también en la sien. De pronto, escuché el ruido de una silla arrastrándose y cierto movimiento en el interior del sótano. El tiempo se detuvo en seco para mí. Cerré los ojos cuando oí los pasos acelerados aproximándose a la puerta y los abrí en cuanto escuché el sonido de la cerradura. Casi chocó conmigo por las prisas con las que se dispuso a cruzar el umbral de la puerta.

—¡Elle! ¡¿Pero qué...?! ¿Qué haces aquí? —En su rostro vi reflejadas miles de emociones distintas, desde la confusión hasta la más radiante y absoluta felicidad.

Me gustó que se hubiera dado tanta prisa por ir a mi encuentro, como si no

hubiera nada en el mundo que hubiera estado esperando tanto como eso. Fue... reconfortante.

—¿Pero...cuándo?

—Te he enviado el primer mensaje desde aquí... ¿Puedo pasar?

—Claro... claro, por supuesto, pasa.

Jamás le había visto tan confundido. Al igual que tampoco me había sentido antes tan... ¿inexperta? ¿Adolescente? Ya ni siquiera sabía cómo me sentía en su presencia, pero lo cierto es que tenía todas las terminaciones nerviosas alteradas y sentía una fuerte palpitación en el pecho. Y eso resumía gran parte de mi estado.

—No has respondido a mi pregunta... —fue lo único que se me ocurrió decir.

Entonces, cuando pasé por su lado y creí dejarlo atrás, sentí cómo su mano se aferraba a mi muñeca. Me detuve en seco, visiblemente alterada, y me giré hacia él.

—Elle... Lo siento

Directo a la yugular.

En menos de lo que mis ojos tardaron en parpadear, sentí que se llenaban de la acuosa necesidad de volver a tenerle cerca, conmigo, en el único lugar donde debía estar para que mi pequeño mundo no se desmoronara. No pude moverme, permanecía inmóvil a la espera de que él dijera o hiciera algo puesto que yo, había perdido por completo el control sobre mi propio cuerpo.

—Te debo una explicación... —Me rodeó y se detuvo frente a mí. Cogió mis manos y las envolvió con las suyas. El calor se esparció por mi piel, calentándose lentamente, pese al frío que habitaba en mí desde el fin de semana pasado.

—No he venido a eso, Olly...

¿En serio esas palabras habían salido de mi boca?

—Me da igual para lo que hayas venido. Lo único que me importa es que lo has hecho. Estás aquí. Y necesito decirte cuánto lo siento.

Sorbí por la nariz y me mantuve en completo silencio, sin apartar la mirada de su rostro. Sus ojos lucían por primera vez oscuros, pero no era una negrura a la que temieras, era la sombra del tormento al que te sumen las peores emociones.

—Ven...

Tiró de mí y no opuse resistencia. Le seguí, de la mano, en silencio, hasta el sofá. Con un gesto me indicó que me sentara y él lo hizo a mi lado. Esperaba sus siguientes palabras pero, en cambio, se inclinó hacia mí y me abrazó. Fue un abrazo transparente y cálido. Apoyó su barbilla en mi hombro y sentí cómo se hinchaba su pecho cuando inspiró con fuerza. No sé cuánto tiempo pasamos en esa misma posición. Al final se separó y sus ojos volvieron a buscarme.

—Elle, jamás quise hacerte daño. Jamás querría hacértelo. Es importante que lo sepas.

—Pues lo hiciste, Olly...

—Lo sé... Y nunca me lo perdonaré. Fui el primero en incitarte a este juego y también el que contempló la posibilidad de dejarlo antes de que nos hiciéramos daño... y no supe hacerlo bien. La cagué y lo siento... De verdad.

Vi el arrepentimiento en su mirada, en los marcados pómulos y en la postura rendida de su cuerpo. Pero no podía culparle de todo, no era justo.

—También fue mi culpa, Olly...

—No... Tú no hiciste nada... Tú no te metiste en la cama equivocada.

La sola mención de su escarceo con Lorie me revolvió las entrañas. Aparté el

rostro y desvié la mirada ante el riesgo de no poder contener lo mucho que seguía escociendo.

—Fui yo quien te buscó... —dije entonces, en tono bajito y con los labios casi cerrados. No era fácil admitir los propios errores.

—Eso no es cierto...

—Olly... —aseveré, sintiendo que me turbaba con solo recordar lo mucho que deseaba excitarle aquella noche—. Iba a por ti.

Algo despertó en él. Algo que, en sus ojos, se tradujo en un destello momentáneo, casi imperceptible, pero llegué a verlo... y fue suficiente para volver a despertar en mí las ganas que tenía de él, de sus besos, de sus caricias y de su cuerpo.

—¿Querías hacerme... cosas?

—Ajá...

Se acercó un poquito más a mí.

—¿Cosas... malas?

—Muy —puntualicé, arrastrando la “u” más de la cuenta— malas.

Sin darnos cuenta de cómo había sucedido, nuestros rostros se hallaban ahora a escasos centímetros de distancia. Su aliento me acariciaba los labios, jadeante y costoso. Dibujé con la mirada el contorno de sus facciones y me detuve en su boca entreabierta más segundos de la cuenta. Cómo había echado de menos su sonrisa. Traté de controlar el frenético ritmo de mi corazón, pero aquella era una batalla perdida de antemano. No había forma humana de detener todas las emociones que me asaltaban mientras sus ojos se clavaban en los míos, esclavizándolos apenas sin esfuerzo.

—Elle... no quiero estropear lo que siempre hemos tenido —susurró junto a mis labios.

Se me secó la garganta.

—Yo tampoco...

—¿Qué nos está pasando?

—No lo sé... —dije, todavía muy cerca de sus labios.

Con solo inclinar la cabeza estos entrarían en contacto, y eso era lo único que podía pensar en ese instante. Bueno, en realidad no. Pensaba en muchas otras cosas, como en las ganas que tenía de hundirme en la suavidad de esos labios que ahora me prometían el paraíso. También pensaba en lo fácil que me resultaba olvidarme de todo si le tenía a mi lado, mirándome de ese modo. O lo mucho que echaba de menos el calor de sus manos contra mi piel, abrasándola en cada uno de los puntos en los que entraban en contacto.

Su mano se posó sobre mi nuca y tiró de mí hacia él. Me besó con la suavidad de la seda y recibí sus labios con la urgencia de las cosas precipitadas y deseadas. Tras los primeros segundos de reconocimiento, mi cuerpo comenzó a responder por su propia voluntad. Empecé a sentir el calor, la euforia, las sensaciones que provoca la ausencia del miedo y es que a su lado, tenía la certeza de que nada podría pasarme. Nada más grave que el miedo que me producía dejar de tenerle cerca.

Saboreé sus labios con el dolor que el anhelo produce. ¿Cómo había podido echar de menos algo que había descubierto hacía apenas unos días? Y lo peor de todo... ¿Cómo podía no haberlo probado antes? Mientras sus besos me hacían levitar, me llevaban a la gloria y al mismo tiempo sus manos tiraban de mí para que no volviera a separarme de él, un inesperado pensamiento cruzó mi mente. Yo no era la única que sentía todas esas emociones. Y si yo había creído arañar las puertas del infierno... ¿Cómo debía de sentirse Lorie al haberse enamorado sin ser correspondida?

Me separé de Olly lentamente, tras imprimir un último beso en sus labios con

el que traté de memorizar para siempre el cosquilleo que estos producían en los míos, y abrí los ojos para buscar su mirada. No tardó en enfocarme de forma interrogativa.

—Necesito hacerte una pregunta.

—Claro...

—¿Sientes algo por Lorie?

Tardó en responder...

—Elle, yo...

—Responde. Por favor.

Lo hizo en silencio, negando con la cabeza en un movimiento lento.

—Lo siento... Fue un error... un grave error. Yo... Me descontrolé, Elle — trató de justificarse, con el dolor plasmado en todas sus facciones—. Me sentía confuso. Yo... Yo solo quería acostarme contigo —prosiguió en un susurro, como si fuera perdiendo la fuerza de su voz—. Te necesitaba y eso me estaba matando porque jamás me había sentido de ese modo. Y Lorie apareció justo en ese momento... Me faltaba el oxígeno, Elle. Perdí el control sobre mí mismo y...

Le hice un gesto con la mano y le pedí con él que no siguiera. Ya había escuchado lo que necesitaba... no quería oír más, no quería saber cómo la había besado o cómo la había llevado hasta su dormitorio. Sentí un ligero mareo con solo imaginarlo y me obligué a inspirar y expirar un par de veces, mientras él me observaba en completo silencio. Sus manos buscaron a las mías y las envolvieron con su habitual calidez. Yo, en cambio, estaba helada. Y no precisamente porque hiciera frío en ese sótano.

—No. No siento nada por Lorie —prosiguió, esta vez respondiendo a mi pregunta—. Elle... lo siento.

—Pues... ella está enamorada de ti —dije sin poder contenerme, como si necesitara expulsar esas palabras de dentro, como si estas pudieran arrastrar con ellas el dolor que esa realidad me producía. Sus ojos me escrutaron en silencio, tratando de averiguar hasta qué punto era verdad lo que acababa de decir. Esta vez aparté la mirada, incapaz de sostenerla ni un segundo más.

—Dime que no...

—No; no te estoy tomando el pelo —corté.

Estaba totalmente desconcertado y en parte, quizá de un modo egoísta, sentí alivio de que él no estuviera al corriente. De no haber sido así, no sabía si habría podido soportarlo.

—No sabía nada... Te juro que no lo sabía. No soy esa clase de hombre, Elle. Sé que a veces me he portado como un capullo... pero no soy esa clase de capullo —puntualizó.

Lo miré y supe que decía la verdad. Pero eso no borraba lo que había hecho. Exhaló un suspiro y dejó caer la cabeza hacia delante, antes de apoyarla sobre sus manos.

—Joder... —musitó, visiblemente dolido—. ¿Cómo va a perdonármelo? Debe de creer que soy un cerdo... Y no podría quitarle la razón.

Le observaba perdida en la intensidad de sus emociones, que se entremezclaban en silencio con las mías. Entonces lo comprendí... entendí lo que Sarah siempre me había dicho. Todos teníamos derecho a equivocarnos... Y mientras él se sentía verdaderamente afligido por su error, supe que yo también había cometido uno. Debía hablar con Lorie y debía ser clara con ella.

Puse una mano sobre el hombro de Olly y forcé una sonrisa de medio lado.

—Te perdonaré.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque yo también lo haría de estar en su lugar... y porque ella también se ha equivocado.

Esta vez sí que buscó mi mirada y me interrogó a través del gris color que en sus ojos debía de tener el mundo.

—Creo que será mejor que me vaya...

—¿Por qué...? Quédate, por favor... —suplicó—. Estos días sin ti han sido un tormento.

No estaba preparada para soportar su dolor y el que mi propio corazón me infligía y por un momento, estuve a punto de ceder, de refugiarme en sus brazos y quedarme en ellos el resto de la noche. Entonces, las palabras de Sarah acudieron a mi mente en ese momento. ¿Olly estaba enamorado de mí? Tenía la oportunidad de preguntárselo... Sin embargo, sentí un miedo atroz ante la posibilidad de que su respuesta fuera otra muy distinta a la que en realidad necesitaba oír... Y que tampoco sabía si estaba preparada para escuchar. Además, había alguien más que también me necesitaba. Y mucho me temía que de forma más urgente que la prisa que yo sentía por dar un sentido cierto a todo lo que nos estaba sucediendo a Olly y a mí.

—Te prometo que volveré... Pero llevo demasiados días arrastrando algo y necesito disculparme con Lorie.

—Está bien.

Me puse en pie y me encaminé hacia la puerta. Cuando llegué, me detuve, me giré y nuestras miradas se encontraron por última vez en la intimidad de la noche. Su mano se dirigió hacia mi nuca, se escondió entre algunos de mis rojizos mechones y me acercó a él. Se agachó y me besó en silencio, sin prisa, provocando que la última ruedecita del candado que mantenía confinados mis sentimientos llegara a la posición exacta, permitiendo que esa caja se abriera de una vez por todas y los liberara. Ya no había vuelta atrás... Ya nada volvería a

ser lo mismo.

Tiré de su labio inferior con suavidad cuando sentí que iba a apartarse y deseé de forma absurda poder capturarlo para siempre. Pero, al fin y al cabo, aquella era la gracia de un buen beso... la certeza indiscutible de que en un momento u otro, este llegaría a su fin y tendrías que volver a separarte... sin saber si volvería a haber otro después.

CAPÍTULO 14

Lorie.

Jamás creí que pudiera existir un dolor de cabeza tan intenso como para hacerme creer que acabaría perdiendo el juicio, la razón y por supuesto, el sentido. Me había tomado un par de aspirinas y a pesar de ello, seguía sintiendo que un taladro se clavaba en mi cabeza, me atravesaba la sien y amenazaba con agujerear todo lo que pillara a su paso.

Jamás un viernes noche me había parecido tan triste y doloroso.

Hundí la cabeza en la almohada, rendida y exhausta. Ya no me quedaban lágrimas que derramar. Elle no había pasado por casa después del trabajo y eso, pese a que de inicio me hubiera aliviado, seguía atormentándome. No recordaba una discusión parecida a la que habíamos mantenido la noche anterior. Nada nos había desestabilizado tanto, nada se había interpuesto entre nosotras. Sin embargo, todas esas emociones, toda la compenetración había quedado atrás y además, ahora se tambaleaba sobre un frágil cable. Cruzarlo sería difícil... que resistiera nuestro peso, prácticamente imposible.

Escuché un ligero golpe y levanté la cabeza, atenta. Estaba segura que no habían sido imaginaciones. La luz del salón se coló por la ranura de mi puerta y supe que ya no estaba sola. Mi corazón comenzó a bombear deprisa a la expectativa de lo que sucedería a continuación. No estaba preparada para más gritos. No tenía fuerzas para volver a enfrentarme a ella y a la verdad.

Escuché sus pasos y deseé que estos no se aproximaran. Pero no era mi día de suerte. Apenas pasaron unos pocos segundos cuando escuché un par de golpecitos en mi puerta.

—¿Puedo pasar?

No había alarma en su voz.

—Claro.

Me incorporé sobre la cama y me quedé sentada con las piernas cruzadas. Me eché un par de mechones hacia atrás y los coloqué detrás de la oreja sin dejar de mirarla. Ella también parecía agotada.

—¿Podemos... hablar? —musitó, apenas en un susurro.

Hice un gesto afirmativo y entonces, con una timidez totalmente impropia de ella, se acercó hacia la cama y se sentó a los pies. Se descalzó y subió también las piernas, las cruzó y me miró fijamente.

—Siento haberte ignorado estos días... No debí hacerlo. Sé que no hay justificación posible pero... estaba muy enfadada contigo. Y todavía no sé cómo me siento.

—Lo comprendo... No te preocupes... Está todo olvidado por mi parte.

Nos sumimos en un incómodo silencio. Temía cuál sería su siguiente pregunta, la inevitable, la que llevaba demasiado tiempo obviando... manteniéndola al margen de mi vida. No sabía si estaba preparada para hablar del tema con ella pero, al mismo tiempo, sabía que había llegado el momento de hacerlo puesto que demorarlo, sería mucho peor todavía.

—Tengo una idea.

Ante mi gesto desconcertado, Elle se incorporó en un segundo y correteó hasta el salón. La oí abrir y cerrar algún armario y también la nevera pero no me moví del sitio. Apenas unos segundos después, entraba de nuevo con una botella de vino y un par de copas en la otra mano.

—A riesgo de parecer un par de alcohólicas, creo que hay confesiones que necesitan una copa de vino para poder ser digeridas.

—O dos.

—Estamos de acuerdo entonces.

Sonreí por primera vez en toda la semana y lo hice con el corazón encogido y la esperanza de que su brillante idea me ayudara a tragarme todos los sentimientos que seguían retorciéndome las entrañas. Sostuve las dos copas y ella las llenó. Acto seguido, volvió a poner el corcho en la botella y la dejó en el suelo, cogió una de las copas, la alzó y esperó a que brindara con ella. El primer trago lo dimos en absoluto silencio.

—¿Lo hacemos por partes?

Asentí. Volví a darle un traguito y ella imitó mi gesto antes de proseguir.

—¿Por qué vas al psicólogo?

—¿No has leído los informes que de tejé en la mesa?

—No... Eso es privado, Lorie... Yo... —Dudó—. Prefiero que me lo cuentes solo si tú lo deseas. Quiero comprenderte. Lo necesito, más bien.

Cogí aire y sentí que la portezuela de mis pulmones se abría después de pasar unos días cerrada bajo llave. Necesitaba llenarlos de oxígeno antes de continuar.

—¿Es por nosotras...? ¿Es por mi culpa...? Sé que a veces he podido ser una descerebrada pero...

—No, Elle —me apremió a corregir—. No es por vosotras. Ni tampoco por ti.

—¿Entonces...? ¿No eres feliz con tu vida? —siguió, tratando de buscar una explicación a algo que escapaba de su entendimiento.

—Sí... y no. —Di otro sorbo a mi copa y con él, terminé la primera de la noche. Elle se agachó, cogió la botella de nuevo y las relleno por segunda vez—. Vosotras me habéis ayudado mucho pero... —Suspiré; no tenía ni idea de cómo explicarle todo lo que me sucedía—. Es complicado. Mi infancia fue muy dura... Y jamás me sentí valorada. Todo lo hacía mal, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—Porque era lo que mi padre siempre se encargaba de hacerme creer — afirmé contundente. Respiré profundo y seguí—. Cuando me mudé con vosotras, me sentí libre por primera vez, eso ya lo sabes porque lo hemos hablado alguna vez. —Asintió en silencio—. Pero, por dentro, seguía teniendo miedo de no ser tan buena como vosotras.

—¿Como nosotras? En todo caso, te referirás a Sarah. Ha quedado más que demostrado que yo soy un verdadero desastre.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Y a pesar de ello, siempre has sido feliz.

Dudó unos instantes y ladeó la cabeza antes de sonreír también.

—Pero, Lorie... Tú también parecías feliz... Es que no lo entiendo. Trabajaste muy duro para montar tu propio negocio y cuando salíamos, lo dabas todo. Jamás imaginé que necesitabas ayuda. Te habríamos echado una mano, Lorie... Lo habríamos hecho sin pensarlo.

Sentí el temblor de mi labio inferior amenazando con dejarme en evidencia antes de tiempo.

—Todos tenemos una coraza, Elle. Y yo necesité construir la mía. Era una cuestión de supervivencia. Quería ser como vosotras, os envidiaba con todas mis fuerzas y me esforzaba por tratar de convertirme en un reflejo vuestro. Me gustaba la responsabilidad de Sarah y tu forma de sonreírle a la vida y convertirla en una fiesta constante. Me construí de nuevo a vuestro lado... Pero hay cosas que, por mucho que lo intentes, no puedes dejar atrás.

—Pero... dices que lo conseguiste durante un tiempo.

—Sí... Lo hice. Cuando monté el salón dejé de acudir a la consulta. El trabajo me mantenía ocupada y el saberme propietaria absoluta de mi vida ayudó

durante un tiempo a que no pensara en nada más. Pero... cuando leí esa carta la noche de fin de año, todo se vino abajo.

—¿Qué ponía?

Aparté la mirada unos instantes y aproveché para darle un nuevo sorbo a la copa que seguía entre mis manos.

—Lo peor fue lo que no ponía. Era superficial, Elle. Hablaba de vosotras y de un polvo que había echado con un tipo que apenas puedo recordar. Pero no hablaba de mí ni tampoco de mis sueños... de lo que quería cumplir antes de los treinta. Y eso me trasladó al pasado sin haberlo esperado. Como si se hubiera abierto la compuerta de una presa y el agua hubiera salido disparada, causando un fuerte impacto y arrollando todo lo que pilló a su paso. Volvieron los miedos, las inseguridades y los pensamientos repetitivos. Y encima, la actividad en el salón comenzó a estancarse de forma notable y eso no ayudó precisamente. Volvía a tener miedo, a pensar que no me considerabais una más del equipo...

—¿Cómo puedes decir eso? —me cortó, visiblemente afectada—. Jamás hemos pensado nada parecido, Lorie. ¿Cómo has podido dudarlo ni siquiera por un segundo?

—Lo tuyo con Sarah era tan especial...

—¿Y qué? ¡Lo que tenemos tú y yo también es especial!

—No compares, Elle...

—¿Por qué no? Sarah es increíble, es cierto... pero en la mayoría de ocasiones, tú eres capaz de comprenderme mucho mejor. Nada sería lo mismo sin ti.

Volví a sentir la flaqueza concentrada en mis labios, de nuevo temblorosos. Inspiré con lentitud y me afané en controlar mis pensamientos. Estaba siendo sincera, lo sabía, y era lo único que necesitaba en ese momento. No quería su perdón, no ansiaba una disculpa... quería recuperar lo que siempre habíamos

tenido y sentirme parte del equipo.

—Me sabe mal no haber sido capaz de ver que estabas sufriendo.

—No te preocupes... Fui yo quién os lo escondió siempre.

—Ya, pero... podría haberte ayudado.

—Ya lo estás haciendo —respondí, recordando todo lo que había hecho durante las últimas semanas con el firme propósito de echarme una mano—. Todavía no me has contado cómo ha ido esta primera semana en tu nuevo despacho...

Enarcó las cejas y me observó analítica.

—¿Cómo sabes que me han dado un nuevo despacho?

—Sarah.

—Oh, claro... —Le dio un sorbo a su copa—. Tengo miedo de no estar a la altura.

—No deberías tenerlo... Todo saldrá bien.

—¿Y si no lo consigo? ¿Y si fracaso...?

—En ese caso, deberás sentirte orgullosa de ser la persona que más ha entregado por mí. Siempre estaré en deuda contigo, Elle. Todavía no he tenido la oportunidad de agradecerte que llevaras a cabo este proyecto y que lo defendieras hasta que lo aceptaron.

Sonrió y sin que hubiera podido esperarlo, se inclinó hacia mí y me abrazó. Respondí a su gesto del mismo modo mientras me obligaba a seguir manteniéndome fuerte. Pero no lo conseguí y una lágrima traicionera resbaló por mi mejilla. La retiré con la mano y di un nuevo sorbito a la copa.

—Una gran idea esto del vino —dije después, con la intención de rebajar un poco la tensión.

—¿Todavía sigues yendo a la consulta...?

—Sí.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Volviendo a ser la de siempre.

Nos sostuvimos la mirada mientras cada una se perdió en sus propios pensamientos. Estábamos alargando el momento, era consciente y a pesar de ello, no encontraba la manera de confesarle mis sentimientos. Al final, después de rellenar por tercera —y esperaba que por última— vez las dos copas, fue ella la que tomó las riendas de la situación.

—¿Desde cuándo estás... enamorada de Olly? —percibí el escozor en el tono de su voz.

—No lo sé. Perdí la cuenta hace tiempo.

—Pero... ¿cómo?

—Ni idea, Elle. Jamás quise que pasara. No lo busqué... sencillamente pasó.

—Lorie... creo que a mí también me gusta.

—Lo sé.

Alzó la mirada y esta vez me estudió con cautela.

—Hace tiempo que lo sé, Elle. No sabía de qué modo pero siempre ha habido algo especial entre vosotros. Solo había que miraros juntos. Lo que no comprendía era cómo no erais capaces de verlo vosotros.

Esta vez no pude reprimir otra lágrima, que recorrió demasiado deprisa mi rostro. Elle no dijo nada, sino que siguió observándome y me dejó hablar sin interrumpirme.

—Elle, no quise hacerlo. Fue un error y te juro que lo siento. Me dejé llevar y... Lo siento. De veras. —Seguía en absoluto silencio—. No quiero

entrometerme pero... es muy difícil. Y no creo que pueda soportar tenerle por aquí si vosotros... —Dejé la frase a medias.

—Olly lo siente mucho por ti —dijo al fin—. Estaba realmente preocupado. —A pesar de todo, seguía siendo un gran tipo.

—¿Y tú...? —dije entonces.

—¿Yo...?

—¿Podrás perdonarme alguna vez...? —añadí con la boca pequeña.

Me miró durante unos instantes en completo silencio.

—No me quedan más opciones, supongo.

No era la respuesta que esperaba pero, al fin y al cabo, todavía no había pasado ni una semana desde la noche del sábado.

—Creo que me he enamorado de él, Lorie... —prosiguió y sentí que alguien me partía en dos, como cuando tratas de partir un palo de madera recia en dos mitades y lo haces con todas tus fuerzas hasta sentir el primer crujido—. No sé si él siente lo mismo por mí o no pero... le necesito conmigo. Y quiero tratar de descubrir adónde nos lleva esto.

Me tragué el sollozo que logré contener y cogí aire antes de asentir con la cabeza en silencio.

—Dame tiempo, por favor... —supliqué casi sin voz.

Esta vez fue ella la que confirmó mis palabras con un gesto.

De pronto, sumidas en aquel extraño estado de confesión íntima, escuchamos un ruido que nos paralizó a las dos. Giramos la cabeza hacia la puerta con toda la atención puesta en cualquier otro sonido. Estaba segura de que había sido la puerta principal. Escuchamos unos pasos sigilosos y nos mantuvimos en la misma posición, solo que con la presión atorada en la garganta. Nos miramos de reojo hasta que una sombra apareció junto a la puerta de mi dormitorio, antes de

que Sarah la cruzara en silencio. Solté todo el aire que había contenido y Elle hizo exactamente lo mismo. Seguía teniendo un juego de llaves del apartamento. Nos miró, primero a la una y luego a la otra y de forma incomprensible, dio media vuelta y volvió a desaparecer. Volvimos a mirarnos mientras la escuchábamos deambular por el salón y al cabo de unos segundos, sus pasos nos alertaron de que regresaba. Esta vez llevaba una copa de cristal limpia entre las manos. Se agachó al llegar a nuestro lado, cogió la botella de vino que había en el suelo y se sirvió un poco. Acto seguido, se descalzó, rodeó la cama y se acomodó por el otro lado. Subió las piernas, las cruzó adoptando la misma pose que nosotras y nos miró a las dos antes de dar un largo trago a la copa con el que casi se terminó el contenido de la misma.

—Mike Spencer ha regresado para joderme la existencia... otra vez —dijo entonces, rompiendo por primera vez el silencio que había mantenido desde su llegada.

En un acto reflejo, las tres levantamos las copas y las hicimos tintinear antes de darles un nuevo sorbo. Sin esperar, volvíamos a estar las tres, juntas, unidas y tan cómplices como lo habíamos sido desde el primer día. Y, después de mucho tiempo, sin saber cómo ni por qué, a pesar de todo... de algún modo volví a sentirme feliz. Las heridas seguirían escociendo, como cuando echas en un cortecito un poco de sal. Pero, con el paso de los días, este comenzaría a sanar y después, la cicatriz sería cada vez menos visible...

Lo único que deseaba con todas mis fuerzas era que la herida no se infectara... porque, en ese caso, todo se complicaría mucho más de lo que ya lo había hecho.

CAPÍTULO 15

Sarah.

Era absurdo negar la evidencia. Era absurdo repetirme una y otra vez que entre Mike y yo no sucedía nada. Por lo menos, en lo que a mí se refería. Estaba claro que sentía algo por él, y lo supe cuando le vi partir con Matt cogido de la mano. En su presencia, mis pulsaciones se aceleraban y mi respiración se entrecortaba... ¿Cómo obviar los propios impulsos de mi cuerpo?

Maldije una y otra vez y al final, la única opción lógica que encontré fue la de ir a ver a las chicas y hablarlo con ellas. Sin embargo, todavía seguían enfadadas... por lo que deseé mentalmente que hubiera regresado el sentido común en el interior del apartamento que siempre fue nuestro refugio y pudiéramos mantener una conversación como las que siempre habíamos tenido.

Confesar mis sentimientos en voz alta me ayudó. No fue hasta que me escuché a mí misma decir que sentía algo por Mike Spencer que empecé a creer que así era realmente. Lo tenía difícil con él, la había cagado desde el principio y aunque ahora para mí tuviera una explicación todo el arrebato sufrido desde su inesperada aparición, ante sus ojos solo era una despiadada presencia conocida dispuesta a darle trabajo, y no precisamente en el mejor sentido.

Regresé el sábado por la tarde a mi apartamento, después de haber pasado la noche con ellas. Me permití volver a mi hogar por una sola noche. Siempre se había dicho que los cambios, para ser aceptados sin repercusiones, era mejor que vinieran de forma progresiva. Llevaba casi una semana durmiendo sola, nadie podía culparme de querer pasar una noche con ellas ahora que parecía que habían vuelto a firmar la tregua. Las observé durante la noche y sonreí feliz de que hubieran sabido dar el paso en la dirección correcta. No habría soportado que se hubieran distanciado por culpa de un tío. No quise sacar el tema, pero

sabía que lo habían hablado y que habían establecido entre ellas alguna especie de pacto que a mí, aun sin conocerlo, me parecía correcto. Veía a Lorie mucho más relajada de lo que lo había estado durante las últimas semanas y Elle sonreía de nuevo. Tenía los ojos surcados en unas profundas ojeras pero, a pesar de ello, irradiaba una luz renovada. Debatimos largo y tendido sobre “el caso Mike”, tal y como lo bautizaron las chicas, y llegaron a la conclusión de que era yo la que se había equivocado y como tal, me tocaba dar un nuevo paso. Y si este consistía en meterme en su cama, mucho mejor. Salvando esas últimas palabras, al final terminé dándoles la razón. Me había equivocado y, aunque detestaba hacerlo, esta vez no tenía más opciones que asumirlo y disculparme con él.

Durante esa noche volvimos a ser las tres, las de siempre. Sin Olly, sin vecinos universitarios con ganas de fiesta y sin nadie que acabara inconsciente en la cama. Encerradas en el dormitorio de Lorie, volvimos a ser confidentes, cotillas y también un poco brujas. Evitamos hablar de temas peliagudos, lo que llevó a que yo me convirtiera en el blanco de la noche y, por una vez, lo agradecí. Tenía la sensación de que durante las últimas semanas, ellas habían sido el centro de atención de todo; cuando no era por una cosa era por otra. Me quejé sin demasiados motivos de lo difícil que había sido esa primera semana en absoluta soledad y, al mismo tiempo, las chinché afirmando lo tranquila que me había sentido sin escuchar sus constantes quejas cada vez que quería ver un capítulo de cualquier serie que ellas no seguían. No era cierto... la verdad es que prefería verlos con ellas, pero debía empezar a acostumbrarme a la soledad.

Ahora, de nuevo en la soledad de mi apartamento, tumbada en el sofá observaba las paredes mientras imaginaba qué añadir en ellas para hacerlas un poco más mías. Había conseguido acabar con todas las cajas durante el transcurso de la semana, acostándome cada noche mucho más tarde de lo que estaba acostumbrada. Pero necesitaba terminar cuanto antes. Al final, aburrida y sin saber muy bien qué hacer, me levanté y mis pies, por pura inercia, me

condujeron hacia la habitación en la que había decidido instalar un pequeño estudio en el que poder seguir manteniéndome en forma. No necesitaba un despacho, pasaba demasiadas horas encerrada en las oficinas de *Vaus* como para desear seguir encerrada un minuto más en otra. Así pues, encargué un espejo de grandes dimensiones que esperaba desde hacía un par de días como si del mejor regalo de navidad se tratara. Me detuve en la puerta y contemplé el interior. Ahí todavía quedaban algunas cajas y objetos que esperaban ser colocados pronto. Miré el reloj de mi muñeca; eran las cinco de la tarde de un sábado cualquiera y la verdad es que no tenía otros planes mejores así que, ¿por qué no comenzar?

No tenía demasiada idea de electrónica, por no decir que no tenía ni una sola noción básica con la que instalar el equipo de música que había en un rincón. Así pues, antes de intentarlo y acabar electrocutada sin nadie cerca que pudiera acudir a mi rescate, busqué el altavoz portátil que casi siempre estaba en la cocina y lo traje. Lo dejé en el suelo y busqué una lista de reproducción. Era potente, por lo que la música comenzó a inundar la estancia en apenas unos segundos. Sonreí feliz y miré de nuevo a mi alrededor. Podría comenzar con las estanterías. Fui a por el taladro que había guardado en un armario y regresé. Me recogí el pelo, me subí la cremallera de la sudadera y me dispuse a poner un poco de orden.

Con los brazos en jarras, contemplé la pared alejándome unos pasos de ella. Había quedado realmente bien. Me pasé el antebrazo por la frente y arrastré unas gotitas de sudor. No había sido fácil montar los dos muebles bajos que hasta hoy habían permanecido apoyados en la pared a la espera de ser abiertos. Ni siquiera sé por qué había decidido comprar en una tienda en la que tenías que montarte tú mismo los muebles... Aunque llevaba tiempo enamorada de esos dos en concreto. En ellos fui colocando los juegos de mancuernas, las esterillas las colgué en la pared de forma ordenada. También coloqué en los distintos huecos un balón medicinal y todos los aparatos, cintas, pesos y accesorios que había ido

recopilando con el paso del tiempo.

La siguiente canción era una de aquellas que siempre conseguía levantarme el ánimo. Estaba agotada pero, a pesar de ello, mis piernas comenzaron a moverse a su antojo. Era la canción que habíamos usado para una coreografía en la academia, de la que ahora parecía que hacía un siglo que me había apartado. Todo mi cuerpo comenzó a reaccionar. Estiré los brazos y luego levanté la pierna. Me sabía los pasos y tras comprobar que mi rodilla aguantaba bien, fui encadenándolos, uno tras otro. Dejé de pensar. Mi mente se quedó en blanco y mi cuerpo era el único capaz de expresar las emociones que se contenían en mi interior. Canalizar a través de la danza... Había aprendido a hacerlo de muy pequeña y desde entonces, se había convertido en una de mis mayores vías de escape. Tal vez la única. No me esforcé tanto como solía hacerlo en clase pero llevé a cabo la coreografía entera, sintiéndome libre de nuevo, capaz de alzar el vuelo con solo proponérmelo. Ni siquiera escuché el timbre hasta que este sonó por segunda vez, justo cuando el volumen cesó y la canción terminó. Sonó con insistencia y jadeante por el esfuerzo, me encaminé hacia el recibidor.

Pulsé el botón y hablé a través del interfono.

—¿Quién es? —Miré el reloj, eran las nueve y media de la noche. No me había dado ni cuenta.

—Soy Mike. ¿Puedo pasar?

¿Mike? ¿Mike Spencer? ¿En mi casa? Me eché un vistazo por encima y maldije mi suerte. Estaba sudorosa, en mallas, sudadera y solo llevaba puestos unos calcetines, por suerte no tan coloridos como los que solía llevar Elle.

—¿Sarah? —dijo a través del interfono.

—Sí... Pasa.

Pulsé el otro botón y escuché cómo se abría la puerta. Solté y me pasé una mano por la frente, apartando de ella los mechones sudorosos que se habían

pegado a mi piel. Tenía un aspecto lamentable pero no me dio tiempo de hacer nada para evitar que me viera así. El suave timbre del ascensor me alertó de que se había detenido en mi planta y escuché los pasos en el pasillo, justo antes de que Mike diera un par de suaves golpecitos en mi puerta.

—¿Puedo...? —dijo cuando abrí y permanecí en silencio, sin saber qué decir a continuación.

Asentí, me aparté y le invité a pasar. Me fijé en su aspecto, distinto al que solía lucir cada día en la oficina pero igual de elegante. Llevaba unos pantalones claros y un jersey azul marino, del que sobresalía el cuello de una camisa en un tono azulado también, mucho más claro.

—¿Te pilló en mal momento?

—Solo estaba... acabando de poner las cosas en su sitio. Me mudé esta semana —me afané a aclarar.

—Lo sé... Fue mi padre el que te ofreció este apartamento, ¿no?

Deambuló lentamente por el amplio salón, mirando hacia cada rincón, como si pretendiera memorizarlo.

—Sí. Es extraño por eso que, sabiendo que ibas a regresar, no te lo ofreciera a ti.

—No lo sabía.

Se detuvo y nuestras miradas se encontraron por primera vez. Por un momento sentí que todos mis músculos se habían paralizado, pero fue cuestión de un par de segundos pasados los cuales, recuperé el control sobre mí misma.

—¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua estará bien.

—¿Agua? —Esta vez se me escapó una pequeña sonrisa—. Vaya... Iba a ofrecerte una copa de vino.

—¿Blanco o tinto?

—Blanco.

—En ese caso, acepto solo si accedes a tomarte una conmigo. Creo que a los dos nos iría bien.

Le estudié desde la distancia y me percaté de que el tono empleado no pretendía pasar desapercibido.

—¿Puedo darme una ducha rápida primero?

—Por supuesto. ¿Prefieres que espere abajo? —añadió educado.

—No... puedes quedarte aquí. No importa.

Me dirigí hacia el dormitorio y cogí una muda limpia antes de entrar en el cuarto de baño y meterme en la ducha a toda prisa. Mike Spencer estaba en mi salón. El mismo tipo que me había llevado a visitar a mis amigas para confesarles que sentía algo por él. El mismo que muchos años atrás me robó los primeros sentimientos, los del primer amor.

Salí al cabo de unos minutos. Me recogí el pelo en un moño como los que solía llevar en las clases de danza y me sentí cómoda con la ropa limpia. Me apliqué un poco de colorete y me delineé rápidamente los ojos en un tono clarito para darles luz. Inspiré hondo, mantuve el oxígeno en los pulmones y expiré antes de abrir la puerta y regresar al salón. Mike esperaba sentado en uno de los dos amplios sofás, con los codos apoyados sobre los muslos y la mirada perdida en la pantalla de su teléfono móvil, que se afanó a guardar cuando se percató de mi presencia.

Me dirigí hacia la cocina tratando de controlar el latido de mi corazón, abrí el frigorífico y saqué una botella de vino. Cogí dos copas del armario en el que había colocado la cristalería y las dejé sobre la encimera. Busqué el sacacorchos y vi que Mike se había acercado sigiloso hasta mí.

—Es un buen vino —dijo, tras leer la etiqueta de la botella.

—Lo sé. Lo guardo para ciertas ocasiones. O mejor dicho, lo mantengo a salvo de Elle.

Enarcó una ceja y la mitad de su labio se curvó hacia arriba. Conocía esa sonrisa y verla de nuevo, después de tanto tiempo, avivó ciertas emociones que no recordaba casi, tan infantiles como los recuerdos a los que estas estaban ligadas.

—¿Quién es Elle? —dijo entonces, justo cuando creía que iba a preguntarme por si consideraba aquella como una ocasión especial.

—Una de mis mejores amigas. —Descorché la botella y serví un poco de vino en cada copa. Volví a guardarla en el frigorífico y le tendí una de las dos antes de invitarle con un ademán a regresar al salón. Me siguió igual de sigiloso hasta ahí y nos acomodamos cada uno en un sofá, quedando así de frente—. Hasta hace una semana vivía con ella y con Lorie en un apartamento en Brooklyn.

—¿A ellas también les gusta el vino?

—Elle podría beberse cualquier cosa que le sirvieras en una copa. O en un vaso de plástico... No tiene demasiados problemas en ese sentido.

De nuevo, la media sonrisa cruzó su rostro y creí que una pequeña parte de mí nacía y moría con ella. Sentía fuertes palpitaciones y la respiración seguía igual de entrecortada. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos para que nada de eso se notara, mientras me preguntaba una y otra vez qué era lo que hacía Mike Spencer en mi apartamento un sábado por la noche.

—¿Por qué has vuelto? —dije entonces, sin saber que iba a preguntárselo de una forma tan directa.

A él también le sorprendió, o por lo menos eso me pareció, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Ha habido cambios importantes en mi vida y decidí regresar a mi tierra, junto a mi familia.

De forma inconsciente, su mano se dirigió hacia la otra e hizo rodar la alianza que seguía llevando en el dedo anular. Fue un gesto natural y distraído, tanto que incluso supe que ni siquiera había sido consciente de ello. Elevó el brazo y se llevó la copa hacia los labios antes de darle un sorbo.

—¿Qué es lo que te pasa conmigo? —dijo él esta vez, sin tapujos ni medias tintas.

Me observaba con atención y llegué a sentirme cohibida por su forma de escrutarme con la mirada.

—No me pasa nada, Mike.

—Sarah, han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos... pero todavía sabría distinguir cuándo estás mintiendo y cuándo dices la verdad. Y ahora, precisamente, no estás siendo sincera.

No me acordaba de eso. No recordaba lo hábil que había sido siempre para leer mis pensamientos. Era la única persona, aparte de mi padre, que lo había conseguido. No había logrado mentirle jamás. Por ese motivo siempre fue mi mayor confidente, el que siempre guardó mis secretos de niña, las escasas travesuras que me atreví a cometer y también el que asumió la culpa cada vez que se me caía un vaso y se hacía añicos. Yo comenzaba a llorar, temiendo la reprimenda de mi padre que, por otro lado, jamás llegaba y Mike, con tal de no verme sufrir, asumía siempre la culpa.

—Tú lo has dicho —dije, tratando de defenderme de lo que sus palabras provocaban en el centro de mi pecho—, han pasado muchos años.

—No importa, sigues siendo igual de transparente.

—Mike...

—No, Sarah, dime la verdad. Estoy cansado de jugar al gato y al ratón desde que he llegado. No he venido para eso. Dime qué es lo que pasa. ¿Quieres que me vaya? —Esperó unos instantes—. ¿Es eso, Sarah?

—No, no es eso —dije al fin, ante la imposibilidad de seguir soportando su penetrante mirada—. No quiero que te vayas.

Lo dije de verdad. Ahora que había vuelto, no quería volver a verle marchar. Pero no podía culparle, había sido muy dura con él desde su llegada.

—¿Entonces...?

Cogí aire y desvié la mirada unos instantes en los que aproveché para darle un sorbo al contenido de mi copa.

—Tú tampoco lo has puesto muy fácil...

—¿Fácil?

—Sí, fácil —respondí a regañadientes—. ¿Creías que solo por ser el hijo de Michael tenías derecho a pisotear nuestro trabajo?

—Que yo sepa, no he pisoteado el trabajo de nadie.

—Pediste un puesto como socio mayoritario de la empresa.

—Tengo pruebas más que suficientes para demostrar mi valía para ocupar semejante puesto, igual que vosotros tres.

—No, Mike. Tienes un buen historial empresarial, pero no nos conoces. Has pasado muchos años lejos de todo esto. La vida ha seguido su curso sin ti y no puedes pretender llegar y coger las riendas de todo como si estas te pertenecieran por derecho.

Nos tensamos, cada uno en nuestro respectivo sofá. El tono de voz había ascendido y mantenerse impasible resultaba cada vez más difícil.

—¿Crees que no conozco a mi familia?

—No, Mike. Has pasado muchos años lejos de ellos. Quizá hayas mantenido el contacto con tu padre y con Alex pero... ¿qué pasa con nosotros? ¿Cómo crees que le sentó a mi padre tu ausencia? Siempre fuiste uno más... y te largaste sin decir nada más que un simple adiós. Nos dejaste tirados, Mike.

Me puse en pie, inquieta, y comencé a dar pasos por el salón, todavía con la copa entre los dedos. La sostenía con fuerza, como si aferrarme a ella fuera mi único salvavidas en ese momento. Mike también se incorporó pasados unos segundos. Se pasó una mano por el pelo, la detuvo unos instantes en la nuca y a continuación la llevó hacia el bolsillo del pantalón, donde la escondió.

—¿Os dejé tirados...?

—Así es.

—¿Es eso lo que te molesta?

No respondí. No podía hacerlo. Tenía algo atrapado en la garganta que me impedía hacerlo. Cientos de imágenes regresaban a mi mente mientras le veía ahí de pie, impasible. Mantenía el tipo mientras yo por dentro desfallecía ante los recuerdos.

—Sarah, mírame —ordenó.

No obedecí. No podía hacerlo, ceder sería dejarme vencer de una forma demasiado fácil... incluso para él.

—Sarah —aseveró de nuevo.

Cedí a regañadientes. Giré la cabeza y le miré, justo antes de esconder mi rostro tras la copa a la que di un largo y muy lento sorbo.

—No os dejé tirados —dijo pasados unos instantes—. Entré en la universidad, me enamoré, me gradué y me casé. No puedes juzgarme por querer seguir adelante con mi vida.

No respondí, estaba muy cerca de derrumbarme y no iba a hacerlo. No quería

escuchar nada de su feliz vida de enamorado. No le había dejado entrar para eso.

—Sarah, eras una niña... —prosiguió, y sus palabras me escocieron todavía más.

—¿Qué quieres decir con eso? —me atreví a preguntar al fin.

Pero esta vez fue él quien no respondió. Sin saber cómo había sucedido, nos hallábamos muy cerca el uno del otro. Todavía en pie, nuestros cuerpos sentían por el otro la atracción de dos polos opuestos que no pueden evitar acabar uniéndose, pese a los esfuerzos que se ejerza sobre ellos para separarlos. Hasta ahora, la distancia había sido la única que lo había conseguido pero, ahora que lo tenía frente a mí, pese al dolor que me producían sus palabras, mi cuerpo no podía separarse del suyo, al que se había ido acercando sin ser consciente de ello.

Nos observábamos como lo harían dos extraños que, en realidad, se conocen demasiado. Me pregunté si todavía tenía la manía de darle diez vueltas a la cucharita en el interior del vaso de leche o si ahora, seguiría haciéndolo con el café. También me pregunté si el azul seguiría siendo su color favorito o si seguiría derritiéndose por las pastas de coco.

—Tuve que alejarme de ti... Es cierto, pero jamás te olvidé.

Di un paso al frente, jugándomela al hacerlo. Mike no estaba soltero. Sin embargo, la parte más egoísta de mí pareció no importunarse demasiado por ese detalle. Estaba casado y sin embargo, estaba en mi casa... un sábado por la noche.

—¿No dices que tan solo era una niña?

—Sí... Pero entre nosotros siempre hubo algo especial. Siempre tuve la necesidad de protegerte —dijo, dando valor y veracidad a los recuerdos que me habían asaltado tan solo unos minutos atrás. Su aliento afrutado me rozó la mejilla y mis dedos temblaron al sostener la copa, a la que se aferraron todavía

más fuerte.

—Pues, lamento decirte que ya no necesito que nadie me proteja. Aprendí a hacerlo sola hace mucho tiempo, Mike.

Nos observábamos a la espera del duelo final, el que pusiera fin a todo aquel remolino de emociones que se había creado entre los dos. No podía apartar todas las imágenes que asaltaban mi cabeza en las que él era el único e indiscutible protagonista. No entendía cómo había sucedido tan deprisa, en tan poco tiempo, ni cómo había vuelto a sentir con la intensidad que solo se describe un amor adolescente. Pero lo cierto es que me sentía del mismo modo que lo hice cuando no era más que una niña y me pasaba las noches esperando caer dormida para ver si así, él venía a rescatarme en sueños. Hasta que un día desapareció y todos los sueños de príncipes y princesas se esfumaron para siempre con él. Me atrevería a afirmar que fue tras su partida cuando crecí y dejé de ser una niña para comenzar a sentirme una mujer. Fue en ese momento cuando dejé de ilusionarme para empezar a madurar y entender que el amor no tenía nada que ver con todos los cuentos en los que siempre quedaría depositada mi infancia. Y ahora, volvía a tenerle en pie, frente a mí, mucho más cerca de lo que quizá le habría tenido nunca, y en lo único que podía pensar era en la necesidad que agitaba mi cuerpo y en el anhelo de este por perderse una vez más entre aquellos brazos que tantas veces me prometieron refugio.

Como si él también hubiera sentido lo mismo, dio un paso hacia atrás, salvando de nuevo la distancia entre nosotros, y dio un último sorbo con el que terminó el poco vino que quedaba en el interior de su copa.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces. Mi corazón volvió a bombear estridente. No sabía si era mejor verle marchar o bien, que se quedara y siguiera mirándome de aquel modo que me revolvió las entrañas y me obnubilaba el pensamiento—. Gracias por el vino.

Dio media vuelta y le vi encaminarse hacia la puerta. Una vez ahí, tiró de la

maneta hacia él y cuando creí que iba a salir, se giró por última vez en mi dirección, a un par de pasos de distancia.

—No soy el lobo del cuento, Sarah. Aunque hayas decidido creerlo así. Pero no deberíamos dejar que esto, sea lo que sea, nos afecte en el trabajo. Tú tienes tu puesto y yo tengo que ganarme el mío.

Asentí en silencio y me despedí de él con un sencillo “adiós” después de que él lo hiciera con un gesto. Le vi adentrarse en el ascensor y con él lo hicieron también todos mis miedos y recuerdos. ¿Qué era lo que había venido a buscar?

CAPÍTULO 16

Lorie.

En el transcurso de las tres semanas que vinieron a continuación las cosas cambiaron bastante entre nosotras. En casa, el ambiente volvía a ser amable y se respiraba paz en cada rincón, más de lo que me gustaría incluso, ahora que Sarah ya no vivía con nosotras. Empezábamos a acostumbrarnos a su ausencia, pero siempre acababa pasando a vernos en algún momento, principalmente cuando salía de la academia de baile que estaba situada en Brooklyn.

Elle mantuvo su palabra y Olly no había aparecido por casa durante todos esos días. Agradecí su decisión pues me ayudaba muchísimo para empezar a olvidar algo que jamás me había pertenecido. Es curioso lo confusos que pueden llegar a ser a veces los sentimientos. Te atrapan en sus redes y tejen una tela invisible a tu alrededor de la que resulta muy difícil zafarse. Sabía que lo conseguiría, pero los esfuerzos me estaban dejando exhausta.

Olly era un tema prohibido entre nosotras. Así lo decidimos y así lo seguíamos haciendo desde aquella noche en la que Elle entró en mi dormitorio y llegamos a la conclusión de que un hombre no podía estropear lo que siempre habíamos sido. Los primeros días se mantuvo un poco distante conmigo y no podía culparla. Todavía no había pasado un solo día en el que no me arrepintiera de lo que pasó la noche de la fiesta. Las dos necesitaríamos tiempo para olvidar y recomponernos. Por otro lado, que no le viera no significaba que todo hubiera quedado atrás o que hubiera dejado de sentir todo lo que sentía por él. En absoluto. Pero su ausencia lo hacía todo mucho más fácil.

La puerta del salón tintineó y Elle apareció con una sonrisa radiante. Miré el reloj y luego la miré a ella extrañada.

—¿No estás trabajando? —dije a modo de saludo.

—Eso mismo hago.

—Creía que te habían dado un despacho nuevo.

Saludó a Kate y siguió deambulando por el salón, como si este fuera una extensión de nuestra casa. Lo miraba todo con atención mientras se deshacía de la cazadora, del bolso y de una mochila negra que dejó en el pequeño espacio que hacía de almacén o despacho.

—¿Has cambiado de proveedores?

—¿Cómo lo sabes?

—Esos champús no son los de siempre... —dijo señalando hacia la estantería en la que los tenía cuidadosamente ordenados—. Tampoco los tintes.

En ese momento no había clientas. Kate estaba en un rincón ordenando y haciendo inventario y mientras, yo me dedicaba a repasar las cuentas una y otra vez, tan solo para confirmar que estas seguían bajando.

—He tenido que recortar presupuesto. Esa marca también es profesional, pero un poco más asequible. Te aseguro que unos cuantos dólares menos se notan a final de mes.

Se acercó hasta mí y se apoyó en el pequeño mostrador tras el que yo estaba sentada.

—¿La facturación sigue bajando?

Asentí en silencio.

—Entonces, le pondremos remedio pronto.

—¿Ya has terminado la formación en *Marshall*?

—Qué va... Todavía me quedan unas semanas, pero he estado trabajando por las tardes en tus perfiles de redes sociales. Para adelantar un poco el trabajo y

evitar que sigas perdiendo clientas.

Suspiré abatida. Escucharlo en voz alta dolía todavía más. Tenía razón, había perdido algunas clientas en las últimas semanas, que habían sucumbido a las ofertas de Lily, poniéndome horribles excusas para cancelar su cita en mi salón. Elle rodeó el mostrador y se colocó a mi lado. Le hice sitio apartando un poco el taburete y se acercó hasta mi ordenador.

—¿Puedo?

—Claro.

Desde mi página de Facebook la vi navegar de un perfil a otro, buscando distintas cuentas que fue abriendo en páginas diferentes.

—Mira, estos son los perfiles que más me han gustado y que creo que más se parecen a tu idea de negocio. Te recomiendo que les eches un vistazo.

—¿Has estado buscando páginas de Facebook?

Apartó la vista de la pantalla y me miró con un gesto extraño.

—¿En qué crees que consiste mi trabajo?

No respondí. Las dos volvimos a fijar la vista en la pantalla y seguí escuchando sus indicaciones.

—El caso es que, estas que he seleccionado son las que creo que tienen un buen ritmo y dominio de redes sociales. Conectan con su público, interactúan con él y ofrecen servicios y promociones exclusivas que premian su fidelidad o bien, su nueva incorporación.

—Elle, no puedo bajar más los precios. Ni pasarme todo el día en internet. Soy estilista, no blogger.

—No se trata de que los bajes más, se trata de que sepas gestionarlos. Y sobre lo de internet... tendrás que empezar a acostumbrarte a la *Era 2.0*. El futuro es internet, te guste o no. Pero, escúchame, antes de que decidas nada

sobre los precios, quiero que le eches un vistazo a estos perfiles y me digas cuáles son los que más te gustan.

—¿Tengo que copiar su estrategia?

Sonrió ante mi confusión, pero la verdad es que no tenía ni idea de publicidad, lo mío era la estética.

—No. Si copias el contenido nunca destacarás. Lo que quiero es saber qué es lo que más te gusta para enfocar una campaña en esa dirección. Pero tendremos que hacerla única. Tendrás que comprometerte a crear contenido nuevo y original. Yo te ayudaré. Pero es el único modo de que esto funcione.

Asentí, en parte emocionada y en parte atemorizada. No obstante, estaba dispuesta a aferrarme a cualquier rayo de esperanza que me llevara a creer que todo saldría bien y sabía que Elle no permitiría que ese proyecto fracasara. Por lo que, si decía que debía empezar a incorporar las redes sociales como parte indispensable de mi trabajo... lo haría.

—¿Has venido solo para enseñarme unas páginas de Facebook? Porque podrías haberlo hecho en casa y no molestarte en pasar por aquí.

—¿Qué dices? No soy tan estúpida... —dijo, aunque lo hizo con una mueca divertida—. He venido para hacer unas fotos.

—¿Unas fotos?

—Claro. ¿Cómo pretendes crear contenido sino?

—No lo sé, confiaba en que me lo dijeras tú.

—Pues eso acabo de hacer.

—Pensaba que tus campañas se hacían desde las oficinas de *Marshall*, que comprabais imágenes y hacíais montajes.

—Pero mi trabajo ha cambiado y ahora las campañas que llevo están enfocadas a pequeños negocios. Lo que quiero es que estos brillen como si

estuvieran a la altura del más caro y lujoso de sus competidores.

—Ya, claro —me mofé sin poder evitarlo—, como si pudiera competir con un salón de belleza situado en la Quinta Avenida.

—De lo que se trata es de que las clientas acudan a ti con la sensación de que tú vas a darles un servicio muy parecido al de cualquiera de esos que dices de la dichosa Quinta Avenida.

—Pero, ¿tú has visto este lugar? Es pequeño y no tiene nada de lujoso.

—Y menos lo tendrá si sigues empeñada en restarle valor.

Resoplé.

—Mira, Lorie, a veces se trata de hacer pequeños cambios que pueden ser decisivos.

—No tengo dinero para invertir en la decoración del salón.

—¿Y quién ha dicho que tengas que volver a decorarlo? Con un sencillo cambio de iluminación y cuatro cositas más puedes ganar muchísimo. Por ejemplo —dijo, girándose sobre sí misma y señalando hacia el fondo—, con solo cambiar las bombillas le darías mucha más luz a ese rincón. Compra un par de bombillas blancas, no las de luz cálida. Y aquí —prosiguió, deambulando por la estancia—, en este rincón podrías colocar una mesilla blanca y una planta encima, de esas tan verdes y vivas. Podrías traer esa mesa hacia aquí y convertir este en el rincón de las manicuras. Podemos hacer algunas fotos y colgarlas justo aquí, para que las clientas las vean.

—No es una mala idea. Puedo cambiar las bombillas y comprar una planta.

—Claro que sí.

Sonrió convencida y la creí. Ella sabía lo que se decía y no me quedaban más opciones que creer en sus palabras.

—¿Y qué fotos quieres hacer? No espero ninguna clienta hasta dentro de una

hora.

—Mmmmm, déjame pensar.

Siguió dando vueltas por todo el salón, mirando todos los rincones y objetos que iba encontrando. Kate la observaba también de reojo, visiblemente ilusionada. Le había contado lo del proyecto de Elle y me hizo ilusión ver que ella también se sentía parte del mismo y compartía casi la misma emoción que yo.

—Vale —dijo al fin—. Como tendré que venir más días a tomar más fotos, no me corre tanta prisa. Tus clientas de hoy, ¿qué edad tienen y qué servicio han reservado?

Abrí el programa de reservas y miré por encima.

—Tengo una depilación para una mujer de unos cuarenta, un tinte para una de unos cincuenta y dos manicuras a última hora. Estas dos no son clientas habituales, por lo que no sé qué edad deben tener.

—Ajá... —añadió pensativa—. Y dices que hasta dentro de una hora estamos solas, ¿no?

—Así es.

—¿Es muy urgente que Kate termine con el inventario hoy?

—No... En realidad lo volvemos a contar por ocupar el tiempo muerto de algún modo.

—¿Y si te propongo otro modo de ocupar ese tiempo?

—Dispara.

—¿Cuánto crees que podrías tardar en hacerle un recogido de fiesta a Kate?

—No mucho. En una hora lo tendría listo seguro.

—Últimamente, los vídeos secuenciales a cámara rápida tienen mucho éxito

en la red. La clave es que no ocupen más de un minuto. Se cuelgan por redes sociales y cuando aparecen en tu muro, se visualizan sin tener que darles al *play* siquiera. Si llama la atención, el espectador lo verá hasta el final, si no es muy largo. Luego es cuestión de añadir un botón de contacto y esperar junto al teléfono.

—¿Tú crees que funcionará...?

—Lo que creo es que estás tardando en empezar si queremos tenerlo antes de una hora. Por cierto, ¿llevas la manicura hecha?

—Siempre —respondí, tendiéndole las manos para que lo viera con sus propios ojos—. Pero, ¿eso qué más da?

—Lorie, todos los detalles cuentan. Tus manos se verán constantemente en el vídeo mientras le arreglas el pelo... También haces manicuras y, al fin y al cabo, lo que estás promocionando es un salón de belleza.

No estaba acostumbrada a verla hablar con tanto dominio, seguramente porque nuestras conversaciones no solían girar alrededor del mundo de la publicidad. Pero Elle sonaba tan segura de sí misma que ni siquiera me planteé la opción de dudar de sus palabras.

—Prepara ese rincón de ahí, es el más luminoso. Mientras, voy a por la cámara y el trípode.

Kate, que había escuchado toda la conversación se puso en pie y acudió a mi encuentro.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté, pues al fin y al cabo, nadie le había pedido opinión al respecto de si quería que la peinara o no.

—¡Genial! —respondió entusiasmada.

A continuación, todo fue un cúmulo de grititos, movimientos acelerados, preparación de todo lo que podría necesitar y sonrisas nerviosas. Elle colocó el

trípode a mi lado y enfocó la parte trasera de la melena castaña de Kate, con vetas en un tono miel muy natural y suave que yo misma le había hecho durante una de esas tardes en las que teníamos poco trabajo. Comenzó a grabar sin importar lo que íbamos diciendo, puesto que sería un vídeo sin sonido. Y sin haberlo previsto por la mañana cuando salí de casa, el día terminó de forma agradable, mientras las dos regresábamos andando emocionadas con todas las ideas que Elle había ido pensando para el inicio de la campaña.

CAPÍTULO 17

Sarah.

No volvimos a sacar el tema ni forzamos un encuentro en los días que siguieron a ese fin de semana. Las jornadas en la oficina se volvieron largas y tediosas, no por el trabajo en sí sino más bien por todo el cúmulo de emociones que su sola presencia, a su paso, despertaba en mí.

—Edward.

—¿Sí? —respondió desde su mesa.

—¿Tienes los documentos de *Open*?

—Sí, te los he dejado en el archivo.

—No los encuentro.

Escuché sus pasos a continuación y entró en el despacho en apenas unos segundos. Se dirigió hacia la estantería frente a la que yo seguía mirando y alargó el brazo hacia una de las bandejas superiores.

—Aquí los tienes.

—¿Por qué estaban ahí?

—Porque ya tienen las firmas correspondientes.

—Pero...

—Sarah... ¿estás bien? —preguntó, esta vez en un tono distinto.

Me giré y le estudié con la mirada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nunca te había visto tan... ausente.

—¿Ausente?

Nos sostuvimos la mirada sin ningún tipo de reproches en ella. No estaba molesta, pero quería saber a qué se refería con eso de ausente.

—No sé, Sarah... Últimamente parece que no estés tan pendiente de los casos como antes. Solo eso. ¿Es por la mudanza?

¿La mudanza? ¿Qué demonios tenía que ver la mudanza?

—Sí... supongo que no lo estoy llevando tan bien como creía —mentí, en cambio.

—No te preocupes. Por suerte, sigues teniéndome cerca. —Me sonrió y después de volver a dejar los documentos en su sitio, desapareció, esta vez sin ruborizarse.

¿Empezaba a acostumbrarse a nuestra nueva amistad? ¿Se habría enamorado al fin de otra chica? Regresé a mi sitio y pensé en lo que había dicho. Tal vez tuviera razón. Llevaba unas semanas sintiéndome más perdida que nunca. Más incluso que cuando tuve que dejar de bailar para comenzar a dar clases. Al principio sentí vértigo pero ahora, con el paso de los días, estaba convencida de que aquella había sido una de las mejores decisiones que había tomado nunca.

Cuando llegué a *Infinity* seguía pensando lo mismo, aquella había sido una de las mejores decisiones de mi vida, sin lugar a dudas. Lo único en lo que no quería pensar era en el hecho de que algún día la sustitución terminaría y entonces, regresaría a una situación de *stand by*. Pero ya me preocuparía de ello cuando llegara el momento.

—Buenas tardes, Sarah.

—¡Hola! —saludé, tras cerrar la puerta principal a mis espaldas—. ¿Cómo estás?

—Bien. Feliz de que las temperaturas empiecen a ser más primaverales. Aunque eso me recuerda que debería ir de compras pronto.

Reí, cómplice de sus palabras. Debería ser un ejercicio obligatorio el ir de tiendas cada vez que cambiábamos de temporada. Las nóminas deberían incluir una paga extra con ese único propósito.

—Estoy contigo... Mi armario también necesita que alguien le eche una mano pronto —sonreí—. ¿Han llegado ya las niñas?

—Algunas de ellas ya están en los vestuarios. Matt te espera donde siempre.

El estómago me dio un vuelco. Una vez más. Como si no lograra acostumbrarse a su presencia. Asentí con delicadeza, me despedí con un gesto de cabeza y me encaminé hacia los vestuarios con un solo pensamiento en la cabeza. Matt se había ganado en apenas unos días el cariño de todo el personal que formábamos parte de la academia. Todos se deshacían en carantoñas con aquel niño tan risueño y expresivo. Pero es que era imposible no hacerlo, era imposible no sonreírle si pasabas por su lado, revolverle el pelo o morirte de ganas por abrazarle. Ese niño era ternura en estado puro y su entrega y capacidad para mantenerse erguido y a la altura de todas sus compañeras era digno de admirar, teniendo en cuenta que era el más joven del grupo.

—¡Hola, Matt! —saludé sonriente al llegar a su lado. Como siempre, iba vestido de negro y le colgaban las piernecitas en el banco en el que aguardaba sentado a mi llegada, siempre tan puntual.

—¡Hola, señorita Vaus! —Su infantil felicidad me cautivó y tardé unos instantes en poder responder. ¿Cómo no había podido ver antes su parecido con Mike? Eran dos gotas de agua. Mike era un poco más mayor que él en los primeros recuerdos en los que logré ubicarlo en mi memoria pero, incluso así, era tan parecido al niño que me observaba con ese brillo tan especial en los ojos... ¿Cómo podíamos a veces no ver las cosas más evidentes?

—¿Has merendado?

—Sí.

—¿Y has ensayado en casa?

—¡Muchísimo!

Sonreí sin poder evitarlo, era absurdo resistirse a todo lo que ese niño era capaz de despertar en tu interior. Iba a llegar donde quisiera, lo tenía claro. Matt brillaba sin necesidad de focos.

—Así me gusta. —Levanté una mano y esperé que chocara los cinco—. Voy a cambiarme y empezamos la clase, ¿vale?

—¡Vale! Yo me quedo aquí —dijo, aunque no tenía en realidad ningún otro sitio en el que hacerlo.

Cuando regresé ya no estaba solo. Seis de las niñas ya estaban charlando y riendo con él. Habían congeniado a la perfección y lo habían aceptado desde el primer día con un amor que escapa de la razón de cualquier adulto. ¿Por qué se perdían esos sentimientos conforme nos hacíamos mayores? ¿Por qué dejábamos de mostrarlos para mantenerlos confinados, como si solo fuéramos máquinas incapaces de ser y sentir? Todas cuidaban de él, como si fuera el hermanito pequeño al que todas querían proteger. Y él, sencillamente, era feliz con semejantes muestras de atención. Siempre en el centro de todas.

—Vamos —dije, alzando mi voz por encima de sus risitas y chismes—, ¡todos a clase!

Las niñas empezaron a entrar y Matt, tras coger las zapatillas que siempre traía en una bolsita con él, las siguió. Cerré la puerta cuando ya estaban todos dentro y fui hacia el equipo de música.

—Todos a la barra a calentar, ¡vamos!

Obedecieron, metidos ya en sus estrictos papeles. Era tan increíble el cambio

que sufrían al cruzar la puerta que todavía no lograba entender cómo era posible. Sus rostros se tensaban, casi tanto como lo hacían sus músculos. Las risas desaparecían y entonces, la parte más madura y responsable de ellos afloraba. Podía pasarme horas contemplándolos, viéndoles disfrutar con lo único que a mí también me había movido siempre por dentro. No entendía cómo no me había planteado antes la idea de dedicarme a la danza desde esa nueva perspectiva, desde ese otro lado que todavía la hacía más especial.

Todos aplaudimos al terminar el ensayo, se habían esforzado y les felicité abiertamente por ello. El griterío regresó, de nuevo transportándolos a esa niñez que dejaban de lado entre esas paredes. Las niñas comenzaron a desfilar hacia el vestuario y Matt, como siempre, se cambió las zapatillas, las metió en la pequeña bolsita y regresó al banco en el que siempre esperaba a que vinieran a por él. Cuando ya no quedaba nadie más, salí y me lo quedé mirando. Estaba sudoroso, con el pelo revuelto y la camiseta hecha un guiñapo. Sonreí y me acerqué a él. Me agaché y en un instinto protector, le ayudé a ponerse bien la prenda.

—¿Quién viene hoy a por ti?

—Papá. Me lo ha prometido esta mañana.

El estómago me dio un vuelco al descubrir su sonrisa. Las últimas clases había sido su canguro la que vino a por él al finalizar la clase. Qué valor tenía una promesa de su padre para ese niño, solo tenía que mirarle a los ojos para saber cuánto se alegraba de que hoy fuera él quien viniera y no la chica.

—Sarah.

Me giré en dirección a la recepción.

—Dime.

—Ven, por favor.

Me incorporé y me acerqué hacia ella, todavía con la ropa de baile puesta.

—Acaba de llamar el señor Spencer. Dice que no llegará a tiempo.

—¿Cómo? Se lo ha prometido esta mañana... —dije, con mucho más pesar del que cabría esperar por mi parte. La chica enarcó la ceja pero no dijo nada al respecto.

—Dice que si puede quedarse aquí media hora... es el tiempo que tarda en ponerse en contacto con la canguro y que ella pueda venir a por él.

—No.

—¿Cómo...?

—Dile que no.

—Sarah, no puedo...

—Dile que no es necesario, yo me quedaré con Matt hasta que él llegue. No hay más que hablar. Una promesa es una promesa.

Nuestros ojos mantuvieron una pequeña batalla. Ella quería hacer bien su trabajo y sabía que no podía enfrentarse a un padre pero, por otro lado, estaba de acuerdo conmigo.

—Conozco a su padre —dije entonces, para suavizarlo un poco y ganar terreno—. Trabaja en mi empresa. Dile que no hay problema. No tengo prisa. Yo me quedaré con Matt.

—Pero... no van a pagarte esas horas...

—No lo hago por dinero. Ese niño está esperando a su padre y yo no tengo prisa.

—Está bien. Le llamo y se lo comento. A ver qué le parece.

Se sentó en la silla, marcó el teléfono de Mike y esperó a que respondiera.

—¿Señor Spencer? —dijo, a través del aparatito de manos libres que llevaba.

Sentí un aleteo inquieto en mi interior y no dejé de mirarla, tratando de escuchar una conversación de la que yo no formaba parte. La oí explicarle todo lo que yo le había dicho y esperé impaciente una respuesta. Entonces, elevó la mirada y me buscó—. Dice que tardará un par de horas... Está en la otra punta de la ciudad por trabajo y no puede irse ahora mismo.

—Dile que no importa. Que venga cuando pueda.

Se lo dijo y siguió hablando con él, declinando cualquier oferta que él debía de estar haciendo para abonar esas dos horas extra del niño mientras yo negaba con la cabeza, indicándole que no estaba dispuesta a cobrar por ello ni un solo centavo. Al cabo de unos instantes, colgó el teléfono.

—Tienes un gran poder de convicción —dijo al fin, sin poder obviar una sonrisa.

—Yo no he cruzado ni una sola palabra con él —le dije, con una sensación renovada. Mike iba a tener que verme, lo quisiera o no. De esta no iba a poder escaparse—. ¿Hay alguna clase prevista o puedo quedarme en el aula ensayando con Matt?

Eché un vistazo rápido a los horarios antes de confirmar.

—Toda vuestra.

—¡Genial!

Le sonreí sin poder esconder la repentina felicidad que me invadía, evitando así concederle una sola oportunidad para preguntarme por qué motivo, de repente, parecía que me hubiera comido una nube de algodón.

Me alejé en dirección al fondo del pasillo, donde Matt seguía sentado balanceando las piernas con la mirada perdida en el suelo.

—¿Tienes ganas de seguir bailando? —pregunté cuando llegué de nuevo a su altura. Alzó la cabeza de golpe y me contempló.

—¿No lo he hecho bien hoy?

—¿Cómo? ¡No! ¿Por qué dices eso?

—Porque... no lo sé.

Reí divertida y mi sonrisa se le contagió. Sus dientecillos de conejito aparecieron y le revolví la melena evitando con ese gesto agacharme y abrazarle, cuando en realidad era lo que me hubiera gustado hacer. Pero debía seguir manteniendo la compostura, aunque ese niño desprendiera la misma dulzura que un tierno cachorrito.

—Tu padre ha preguntado si quieres quedarte a bailar un ratito más —dije, no dispuesta a contarle la verdad.

—¿Me deja un rato más? —Sus ojos se abrieron como platos y sus manos se tensaron. Asentí en silencio con una gran sonrisa—. ¡Vale!

—Pero, tienes que prometerme que mañana harás todos los deberes que hoy no hagas —le dije, sin saber muy bien por qué.

—Sí, sí. ¡Los haré todos!

Bajó de un salto del banco y corrió hacia la clase, sin esperar siquiera a que yo lo hiciera primero. Empujó la puerta de cristal y continuó su camino hacia el rincón en el que siempre dejaba la bolsita con las zapatillas y la chaqueta. Era el único que no usaba el vestuario, pero yo no tenía ningún problema. Supuse que se sentía demasiado solo entre los otros chicos, mucho más mayores que él. Además, siempre venía vestido con la ropa que usaba en los ensayos, por lo que solo tenía que cambiarse las zapatillas.

—¿Qué te gustaría hacer? —dije, acercándome hacia él.

—¡Bailar con usted!

Se me escapó una sonora carcajada que sentí muy dentro de mí, profunda y suave.

—¿Quieres bailar conmigo?

—¡Sí! Papá dice que es una gran bailarina. Y yo también quiero ser un gran bailarín.

Sentí el calor en las mejillas y el rubor tiñéndolas al momento, justo antes de reprenderme mentalmente por esa inapropiada reacción. No era por el crío, era por lo que acababa de decir y por lo que esas simples palabras significaban en realidad. Pero debía mantenerme entera. Así que desvié un momento la cabeza, cogí aire y volví a centrarme en él. Hacía días que el dolor de rodilla había desaparecido. Ya no la forzaba apenas y no hacía movimientos bruscos, además, bailar con Matt no me supondría demasiado esfuerzo, por lo que podía hacerlo sin problemas.

—Pues, en ese caso, bailemos juntos. —Me puse en pie y con teatralidad, le tendí una mano para que él la cogiera. Lo hizo, se inclinó como si me hiciera una reverencia y esta vez no pude evitar sentirme enamorada de ese niño y de su inacabable dulzura, en un sentido nada comprometido, sino todo lo contrario, Matt despertaba una parte de mí que jamás antes había hecho acto de presencia. ¿Tendría algún día la suerte de tener un niño como él?

CAPÍTULO 18

Sarah.

Con Matt de la mano, lo guié hacia un extremo de la sala y activé el equipo de música con el mando a distancia. Esta vez no sonó nada de música clásica sino pop rock actual. Me miró jubiloso, sin dar crédito. Arqueé las cejas un par de veces en un gesto divertido, como si quisiera hacerle partícipe de un secreto y vi la emoción en su rostro. Estaba extasiado. ¿Cómo podía un niño transmitir tanta pasión?

—¿Qué me dices? ¿Te atreves con esta música?

—¡Sííí!

—Pues, ¡vamos allá! Estilo libre, ¿vale?

Me solté de su mano, erguí el cuerpo, respiré hondo y comencé a moverme por la sala como hacía tiempo que no lo hacía. Flotaba por el suelo de parquet, me deslizaba, giraba sobre mí misma y dejaba que mi cuerpo expresara todo lo que fluía en su interior. Libre y sin condiciones. Matt me siguió sin problemas, dando rienda suelta a su imaginación. Le observaba sin dejar de bailar y me maravillé de su pasmosa habilidad, de su talento natural, de la gracia que me producía ver un cuerpo tan pequeño moviéndose con semejante soltura.

—¡No pares!

Elevé una pierna, la arqueé y giré sobre mí misma, como si fuera una bailarina de una de aquellas cajitas de música que siempre habían decorado mi dormitorio cuando era una niña. Matt, sin dejar de bailar, se colocó a mi lado, frente al espejo, y comenzó a imitarme. Estaba encantada con él. Combinar la danza clásica con un estilo libre estaba resultando increíblemente estimulante.

Una liberación para mí, un respiro para él.

Jadeantes, seguimos bailando hasta que decidí ponerle todavía más a prueba. Cambié la música mientras él bebía un poco de agua y entonces, encontré una lista de reproducción que me encantaba. ¿Sería posible que conociera la película...? Podía jugármela, al fin y al cabo, solo sería una canción más sino.

Las primeras notas de la actuación final del musical que marcó mi infancia comenzaron a sonar y le observé con atención. Sus ojitos me contemplaban despiertos y su sonrisa me desarmó.

—¡Conozco esa canción!

No me lo podía creer. ¿Cómo era posible que un niño tan pequeño hubiera visto *Grease*?

—¡A mi papá le gusta mucho! —dijo, dándome la respuesta que necesitaba.

Entonces, cuando menos lo esperaba, adoptó una pose chulesca y se pasó una mano por el pelo en actitud provocadora. Me carcajeé con fuerza mientras le veía mover la cintura con los bracitos en jarra, al más puro estilo John Travolta. No pude evitarlo. Me coloqué frente a él y me convertí en Olivia Newton-John, mientras hacía ver que tiraba un cigarrillo y lo pisoteaba, antes de que él fingiera desfallecer. Era todo un actor y yo no podía más que seguirle el juego mientras me moría de la risa. Se sabía el baile. Vale que no contaba con muchos pasos y que estaba acostumbrado a aprenderse coreografías mucho más largas pero, por el amor de Dios, ¡esa canción tenía tantos años...!

Reíamos y bailábamos sin parar, cómplices y entregados, aplaudiendo y siguiéndonos el ritmo sin entorpecernos, mientras seguíamos acompasados los pasos de la película, con las manos en la cinturilla de un inexistente pantalón. Ni siquiera nos dimos cuenta de que no estábamos solos en la sala hasta que a través del espejo descubrí el motivo de que me hubiera quedado sin aliento de golpe. Mike Spencer estaba apoyado en la puerta, observándonos con una

expresión que no supe descifrar. Llevaba la americana colgada en la espalda, sostenida por la mano a la altura del hombro. Se había aflojado el nudo de la corbata y estaba apoyado de lado en el quicio de la puerta. No había nada más erótico que un hombre en traje después de un día entero de trabajo. La camisa ya no estaba en su sitio y luchaba por salirse de la cintura de un pantalón demasiado caro para ser arrugado.

—¡Papá! —gritó Matt al darse cuenta del motivo por el que me había detenido. Corrió hacia él cuando las últimas notas de la canción seguían convirtiéndose en la banda sonora de un momento que me costaría olvidar. Se lanzó a sus brazos y Mike fue lo suficientemente rápido como para cogerlo al vuelo, como si no fuera la primera vez que lo hiciera—. ¿Me has visto bailar? ¡Es tu canción! ¡He bailado como tú! ¿Lo hago bien?

Mike rio y algo en mi interior se hizo añicos. Pero no como un cristal cuando se cae al suelo. No tenía nada que ver con algo tan simple. En mi pecho estallaron las estrellas que a lo largo de mi vida había ido almacenando durante todas aquellas noches que miré al cielo y pedí un deseo. Por algún motivo, mi yo pasado ya no quería esos deseos sino otro muy distinto. Uno que había mantenido confinado y que ahora me miraba, amenazante.

—¿Como tú...? —me atreví a articular al fin, sin saber qué decir ni cómo detener el temblor inesperado de mis piernas. Ni siquiera en las audiciones me ponía tan nerviosa como lo estaba en ese momento, consciente de que él me había estado observando no supe durante cuánto tiempo.

—¡Sí! —estalló Matt, rebotante de felicidad—. ¡Papá también baila muy bien!

Miré a Mike y entrecerré los ojos, tratando de descifrar la veracidad de las palabras de su propio hijo, o si estas no eran más que fruto del amor incondicional y heroico que todo niño siente por su padre. Por primera vez en mucho tiempo le vi reír. Se le escapó. Fue una sonrisa que ni él mismo pudo

prever y fue justo por eso que se convirtió en el gesto más sexy, erótico e irresistible que hubiera visto jamás.

—¡Es su canción, señorita Vaus! ¡A papá le encanta!

Era como si el pequeño se hubiera tomado una sobredosis de azúcar. Estaba segura de que le iba a costar dormir esa noche con semejante excitación.

—Así que te encanta esta canción —dije, en un tono que ni siquiera yo reconocí.

—¿En serio? —respondió, despegando los labios por primera vez—. ¿Es que no recuerdas quién te puso esa película por primera vez?

—Oh, vamos, ¿es que pretendes atribuirte el mérito de todo? —respondí, más juguetona de lo habitual en mí, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de nosotros dos.

Mike dejó a Matt en el suelo de nuevo y colgó la americana en el pomo de la puerta. Cruzó los brazos y me miró conteniendo una sonrisa. ¿Estaba tratando de seducirme?

—¿En serio? —insistió y lo único que pude pensar era en lo mucho que me estaba costando mantener las piernas lo suficientemente fuertes como para que no me hicieran perder el equilibrio.

Dio entonces un paso al frente mientras se arremangaba ahora las mangas de la camisa con parsimonia. Pliegue a pliegue. Sus dedos acariciaban la seda mientras mi garganta se secaba, bajo la atenta mirada de su hijo de seis años... y medio.

—¿Quién fue tu primera pareja de baile, Sarah?

—Dustin. En el instituto —respondí precipitada, apenas sin voz.

Se detuvo cuando entre nuestros cuerpos apenas había unos centímetros de distancia. Sus antebrazos, ahora descubiertos, atraparon mi mirada durante unos

segundos en los que todos los pensamientos desaparecieron de mi cabeza. ¿A qué se refería?

—¿Quién te permitió convertirte en Bella y bailó junto a ti, sin importarle ser bestia o príncipe con tal de verte reír?

¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Cómo era posible...?

—Era una niña...

—Y yo siempre fui tu príncipe. Siempre que lo pediste. Con cualquiera de los disfraces que te gustaba llevar a todas horas.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Estaba coqueteando conmigo? ¿Por qué no podía controlar mi propio cuerpo? ¿Por qué este se dejaba llevar por él con semejante facilidad?

No podía respirar. No podía pensar. No podía saber si estaba despierta o no. Mike y su recuerdo lo habían nublado todo. Le recordé. Con total nitidez además. Le recordé riendo feliz mientras yo, disfrazada de Bella, bailaba delante del televisor. Hasta que él me tendía la mano, con una reverencia, y me acompañaba. Solo que para mí nunca fue la Bestia. Ni siquiera cuando tenía la misma edad que el crío que ahora no apartaba la vista de nosotros.

—Baile con él, señorita Vaus —dijo de pronto, irrumpiendo en mis pensamientos—. ¡Verá qué bien baila! ¡Enséñaselo, papá!

Mike me miró y enarcó una ceja de forma casi imperceptible. Casi tanto como lo fue su sonrisa, oculta y expuesta al mismo tiempo.

—No tienes por qué hacerlo, Mike —susurré, casi sin aliento, a pesar de que hacía algunos minutos que no me movía.

—A mí no me importa —respondió con seguridad.

Podría ser que me hubiera desmayado. Podría ser que estuviera soñando. Podrían ser tantas cosas que la única real, la que estaba sucediendo era la única

que no podía creer. Mike quería bailar conmigo. Iba a bailar conmigo... ¿Cómo podía haber creído esa misma mañana al despertar que eso iba a suceder?

—Vas en traje, Mike. No es necesario que lo hagas —insistí, y esta vez lo hice más por mí que por él.

—¿Esa lista de reproducción es de bandas sonoras de películas?

—Ajá.

—¿Tienes algo de *Moulin Rouge*?

—Todas.

—¿Y sabes bailar tango?

Supe con total seguridad a qué canción se estaba refiriendo y temblé de arriba abajo con solo imaginarme bailando un tango con él.

—Sé bailar muchas cosas.

Sonrió, esta vez de forma más visible, juguetona y pícara. Le había provocado. ¡Yo! Pero no como lo hacía en la oficina. Esa sonrisa no tenía nada que ver con las chispas que saltaban entre nosotros a cada uno de nuestros encuentros. En ella había contención y deseos entremezclados con las cosquillas que el ansia de descubrimiento de un cuerpo despierta, el saber si encajaréis, si las manos se acoplarán, si los pasos se acompañarán en un mismo compás.

Cogió el mando a distancia y fue pasando una por una todas las canciones mientras yo sentía que mi pecho era incapaz de resistir la propia presión que yo misma le infligía. Giré la cabeza por pura necesidad y vi que Matt me sonreía expectante, radiante de felicidad como si lo mejor que pudiera pasarle en la vida era que su padre y yo bailáramos juntos. No podía fallarle. Aunque no sabía muy bien si era a él o a mí misma a quien no podía fallar.

Las primeras notas del *Tango de Roxanne* comenzaron a sonar y sentí que moría, me elevaba y levitaba por encima de mi propio cuerpo, como si pudiera

observarme de lejos, totalmente rendida al encanto de un hombre que, por lo visto, jamás llegó a desaparecer de mi recuerdo.

Se aflojó el nudo de la corbata un poco más e irguió el cuello, tensó la espalda y adoptó una posición de baile. Matt se alejó rápidamente sin que nadie se lo hubiera pedido, dispuesto a facilitarnos el espacio que pudiéramos necesitar. La voz grave irrumpió en la sala, desde los altavoces, y Mike elevó los brazos y esperó a que me cogiera a él y le acompañara. Su rictus era serio y profundo, metido por completo en el papel. Al compás de la música, dimos los dos un primer paso y nuestros cuerpos se acercaron. El inicio de aquella canción era pausado, permitiéndote descubrirte. Cogí su mano y sentí la otra posándose en mi espalda, a la altura debida, ni más arriba ni más abajo. Al ritmo del primer “*Roxanne*” sus pasos cogieron más inercia y no pude más que dejarme llevar; no porque no supiera bailar un tango, sino porque no podía hacer nada que no fuera sencillamente, sentirme atrapada por su embrujo. Mike comenzó a guiarme por la sala al ritmo del tango y mis pies le seguían los pasos, acomodando mis movimientos a los suyos. Sus manos se movieron deprisa, con destreza, y me hicieron girar. Tantas veces como quiso. El ritmo aceleró con la entrada de *Ewan McGregor* en la canción y nuestros pasos lo hicieron también con él.

Volábamos por la sala, como si flotáramos sobre ella, como si nuestros pies no llegaran a tocar el suelo más que para tensarse sobre él, arquearse, doblarse hasta casi acariciarlo y luego, regresar. Regresar a él, claro. Nuestros alientos se mezclaban cada vez que nuestros rostros se unían. En ningún momento dejamos de mirarnos directamente a los ojos mientras la fina falda que llevaba sobre el maillot volaba con cada uno de mis giros que sus manos acompañaban.

Todo dejó de existir a nuestro alrededor. Tan solo estábamos nosotros dos. Sus manos sobre mi muslo y la facilidad con la que me elevó y me hizo girar en el aire mientras algo demasiado recio se atoraba en mi interior, a la altura del esternón, en los pocos segundos que pude mantener la mirada fija en el techo antes de que mis ojos volvieran a quedar a la altura de los suyos. La canción

terminó en el mismo instante en el que su mano, de nuevo a media espalda, me apresó contra él. Su pecho oscilaba entre resuellos contenidos contra el mío. Jadeante, sonrió de nuevo pasados unos instantes en los que el silencio se apoderó de nosotros. Ni siquiera Matt se atrevió a romperlo. Como si él también hubiera desaparecido. Su aliento me acariciaba la mejilla mientras su respiración costosa le impedía recuperar el ritmo habitual. Apenas debían separarnos unos pocos centímetros. Me fijé en sus ojos, en su peculiar brillo, el mismo que siempre habían poseído. No eran unos ojos azules, ni tampoco unos de aquellos sobre los que se escriben cientos de novelas alabando su color, tan único y especial. Pero eran unos ojos que yo siempre había sido capaz de recordar, incluso en la oscuridad del dormitorio de una niña demasiado enamorada como para conciliar el sueño después de haberse convertido, un día más, en la princesa de su película favorita. La única diferencia era que de eso habían pasado más de veinte años, aunque mi corazón pareciera recordar de nuevo los efectos que cada una de las cristalinas motas que daban luz a su mirada producía en mí.

Respiré hondo sintiendo que una tela recia y resistente se rasgaba en mi interior, como si ya no quisiera seguir envolviendo lo que fuera que hubiera estado escondiendo tras ella. Entonces, mis dedos, todavía entrelazados entre los suyos, sintieron la rigidez del pequeño aro dorado que siempre llevaba en su dedo anular. Fue como si alguien me golpeará desde distintos puntos al mismo tiempo.

Mike estaba casado.

Reaccioné de inmediato y me separé de él lentamente. Sentí en ese instante que su mano se aferraba con fuerza a la mía, como si no quisiera soltarme. Fue cuestión de unos pocos segundos, tal vez unas milésimas. Después, estos se destensaron y me permitieron liberarme y tomar distancia, mientras mis ojos eran incapaces de abandonar a los suyos, que seguían estudiándome como si fuera la primera vez que me descubrieran, como si perteneciera a una especie distinta a la que ansiaba conocer.

De repente, Matt corrió hacia nosotros y estalló en gritos y aplausos, justo antes de abalanzarse de un salto sobre su padre, que lo cogió al vuelo, todavía sin dejar de mirarme. Ante la inocencia de un niño, la razón de dos adultos se resquebrajaba amenazante.

—¿A que baila bien, señorita Vaus?! —inquirió, todavía con la misma excitación de antes, tal vez incluso más—. ¿Puede venir algún día a clase?

Tragué saliva con dolor, como si en mi garganta no hubiera más que diminutos alfileres. No me comprendía. No entendía mis propios sentimientos, mis emociones y todo lo que Mike despertaba en mí con solo una mirada, con solo su presencia.

Asentí y me obligué a sonreír ante la atenta expresión del niño, que me contemplaba embelesado a la espera de una respuesta. Debía comportarme como su profesora, no como la niña que un día estuvo perdidamente enamorada de su padre. Yo ya no era esa niña. Debía repetírmelo todas las veces que hiciera falta hasta grabarlo en mi cabeza, en mi corazón y también en mi piel, ahora demasiado sensible después de que sus manos la hubieran recorrido. Como si no hubiera caído en ello hasta ese momento, comencé a recuperar la consciencia sobre todos los puntos en los que estas se habían detenido, sobre las zonas que habían sido acariciadas por sus dedos mientras nuestros pies bailaban a un mismo compás. Sin ensayos previos, sin coreografías estudiadas... La compenetración que solo dos cuerpos que en realidad se pertenecen pueden mostrar.

Supe en ese preciso instante que algo había cambiado entre nosotros. Pero me encontraba atada de pies y manos y sabía que no podía dar ningún paso en falso con un niño de por medio y menos todavía, con un hombre casado. Yo no era de esas. Jamás desearía que nadie se interpusiera en mi matrimonio, por lo que yo no le haría lo mismo a otro... Aunque de camino me perdiera a mí misma por culpa de esa decisión.

—Tenías razón... papá baila muy bien —respondí entonces, obligándome a hacerlo sin que mi voz se rompiera.

Di un paso atrás, más por necesidad que por cualquier otro motivo, ganando la distancia necesaria para que mis pulmones consiguieran volver a llenarse y así evitar desfallecer de un momento a otro. Tensé los labios después de mirarle por última vez a los ojos, contemplando una expresión indescifrable que estaba segura de que me torturaría durante el resto de la noche. Entonces, cuando creí que ya no iba a poder soportarlo más, Mike desvió la mirada y bajó a Matt al suelo.

—Ve a por tu chaqueta y tus zapatillas. Es hora de volver a casa.

—¿Puede venir la señorita Vaus a cenar? —preguntó inocente—. Quiero enseñarle donde ensayo.

Mike alzó la mirada y me contempló durante unos instantes, pero fui incapaz de responder ni de hacer cualquier gesto que pudiera interpretarse como una respuesta por mi parte.

—No, cariño... Es muy tarde y mañana la señorita Vaus debe ir a trabajar. ¿No crees que ya ha pasado mucho rato contigo?

—Pero...

—Matthew —dijo entonces, adoptando un tono más duro al que el niño no se atrevió a replicar, aunque no hubiera ni un ápice de maldad en su voz. Algo se derritió en mi interior, creando una cascada torrencial—. Ve a por tus cosas.

—Está bien.

Cuando el niño se alejó de nosotros, Mike dio un nuevo paso al frente, solo uno, y volvió a centrar toda su atención en mi rostro. Esta vez empleó un tono más suave para que Matt no pudiera escucharnos.

—Gracias por quedarte con él. No tenías por qué hacerlo... Te pagaré lo que

creas conveniente.

—No he hecho esto por dinero, Mike —respondí, en cierto modo indignada por el simple hecho de que pudiera haber llegado a imaginarlo siquiera—. Matt estaba emocionado porque le habías prometido que hoy le recogerías tú y no la canguro.

Tensó los labios y le vi tragar antes de llevarse una mano hacia el pelo y pasar los dedos por la espesa melena, la misma que, por cierto, lucía su hijo, incorregible y densa. Solo que Mike había aprendido a dominarla con el paso de los años, un estudiado corte de pelo y un sinfín de productos fijadores que debían de costarle una barbaridad a final de mes.

—Lo sé... A veces me resulta difícil compaginar las dos cosas. Me siento tan mal por él...

Desvió la mirada y la posó en Matt, que estaba agachado en una esquina, guardando las zapatillas dentro de la bolsita después de haberse puesto la chaqueta con algunas dificultades, más por culpa de los nervios que por cualquier otra cosa.

—¿No hay nadie más que pueda hacerse cargo de él que no sea la canguro...? —dije, tratando de descubrir la respuesta a la única pregunta que seguía atormentándome cada vez que el dorado anillo atrapaba mi atención.

Sus ojos se posaron en los míos, tornándose oscuros de repente. No me dio miedo su expresión, pero dejó de ser transparente y cercana, estableciendo de repente una barrera que parecíamos haber roto durante los últimos minutos.

—Es complicado.

Asentí en silencio, incapaz de encontrar las palabras con las que tratar de sacarle otra explicación que me resultara más fácil de comprender. De todos modos, ni siquiera tuve tiempo para pensar en ello, pues Matt apareció de golpe a nuestro lado. Me giré hacia él y decidí concentrarme en su dulzura, en su

maravillosa forma de apaciguar mis inquietudes.

—Recuerda que me has prometido que mañana harías todos los deberes que no has hecho hoy.

—Sí, sí. Los haré. Se lo prometo.

No quise mirar a Mike. No quise volver a cruzar la mirada con él, no quise ver el orgullo que sentía por su hijo ni tampoco lo que sentía al verme a mí tan implicada y unida a él. Matt había despertado algo muy especial en mí y no quería que él formara parte de eso, y no lo quería por riesgo a que el error de dos adultos que no tenían ni la menor idea de lo que sentían en realidad pudiera alejarme del pequeño motivo por el cual, mi presencia en *Infinity* todavía tenía más sentido.

—Gracias por bailar conmigo, señorita Vaus. De mayor quiero ser como usted. Yo también seré profesor.

Se me rompió el corazón y el pecho ante sus palabras y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para que una lágrima traicionera no me la jugara. ¿Qué me pasaba últimamente? Cogí aire y le sonreí antes de, como solía hacer, revolverle la melena, esta vez empapada en sudor. Matt cogió la mano de su padre y se despidió de mí con aquella sonrisa de conejito tan suya y que tan de memoria me había aprendido en apenas unas semanas.

—Adiós, Sarah... Gracias por lo de hoy; de verdad —dijo su padre, y su sinceridad me noqueó.

—Adiós, Mike.

Tan solo crucé mi mirada con la suya durante una fracción de segundo antes de fingir una sonrisa para la que en realidad no tenía fuerzas y girarme hacia la zona del equipo de música, donde tenía algunas de mis pertenencias.

Les oí cerrar la puerta después de ver a Mike ponerse la americana mientras su hijo le explicaba casi a gritos lo mucho que había disfrutado al mismo tiempo

que yo moría lentamente, consciente de que quizá, lo que había sucedido en el interior de esa sala, jamás volvería a suceder. Pero, sobre todo, torturándome al descubrir que el hombre del que hablaba en mi lista, la que escribí con solo veinte años había aparecido en mi vida... y estaba casado.

CAPÍTULO 19

Elle.

Las sesiones de formación me dejaban exhausta, no estaba acostumbrada a este tipo de trabajo, más analítico y menos creativo, pero estaba poniendo todo mi empeño en que este saliera igualmente a la perfección. Tenía que encargarme del departamento y al margen de ello, quería hacerlo, que era todavía más importante. Así pues, decidí entregarme al máximo. Me pasaba todas las mañanas encerrada en la oficina de formación y por las tardes había estado acudiendo a diario al salón de Lorie. Necesitaba una gran cantidad de fotografías, vídeos y material que quería usar para la presentación formal de la primera campaña que tenía que hacer ante Alice. Lorie me hizo caso y cambió un par de bombillas y algunas cosas de sitio. El resultado fue fantástico, por lo menos a nivel fotográfico.

A lo largo de esas cuatro semanas, el mundo exterior había desaparecido para mí. Transcurrieron sin darme apenas cuenta de que la primavera empezaba a saludarnos, tímida y sonriente, y que todas las horas libres de mi día quedaban diluidas tras la gran cantidad de trabajo que me estaba llevando aquel proyecto. Pero no me molestaba en absoluto. De hecho, era la primera vez que reparaba en ello. Quizá fue porque volver a tener la necesidad de salir a hacer fotos, esta vez gracias a mi trabajo, conseguía un efecto apaciguador en mí. Después de mucho tiempo me sentía de nuevo realizada, y nada me importaba más ahora mismo que hacer todo lo que estuviera en mis manos para que esto no se convirtiera en un mero pasaje de mi vida.

También ayudó que Lorie y yo firmáramos una tregua. Desde esa noche en la que confesamos abiertamente nuestros sentimientos, habíamos vuelto a

recuperarnos. Al principio reconozco que me costó. Era duro despertar, verla y recordar una y otra vez que era ella la que se había acostado con Olly y no yo. Pero, al mismo tiempo, creo que justamente eso me había ayudado a comprender que los errores existen y que aprender de ellos, es una obligación y no una opción. En otra época de mi vida, los gritos hubieran dado paso al silencio y este, habría provocado una fuerte distancia que, seguramente, no habría tratado de evitar. Siempre había sido impulsiva y firme en ese sentido. Pero esta vez se trataba de Lorie, una de mis mejores amigas. Cuando los que nos hacen daño son personas en las que no tenemos depositadas grandes esperanzas, solemos tender al llamado “borrón y cuenta nueva”. Pero, si esa persona es tan cercana como para no necesitar más de una sola mirada para saber que tu mundo se tambalea, esa opción no es ni siquiera plausible.

Durante estas últimas semanas lo había hablado con Sarah en distintas ocasiones y no podía negar que gran parte de que todo hubiera vuelto a su cauce entre Lorie y yo también se debía a las largas charlas que habíamos mantenido. Empezaba a acostumbrarme a su ausencia en casa, aunque seguía echando de menos las noches en las que sin esperarlo, acabábamos las tres con un enorme bol repleto de palomitas, viendo uno tras otro todos los capítulos de la serie de turno que nos tuviera enganchadas. Lorie y yo habíamos seguido haciéndolo alguna noche... pero no era lo mismo sin Sarah, aunque ninguna de las dos se atreviera a decirlo en voz alta.

Y por último estaba Olly... Había dejado de pasar por casa para no complicar más las cosas entre Lorie y yo, aunque no habíamos dejado de vernos, principalmente en su sótano. Seguía inmersa en mi trabajo y necesitaba estar al cien por cien, espacio que él había respetado a la perfección. En una de esas noches en las que salimos a cenar juntos, decidimos que la única opción viable era la de tratar de volver atrás en el tiempo y regresar al punto previo al momento en el que decidimos equivocarnos. Así pues, los besos provocadores desaparecieron y con ello, tan solo logramos aumentar exponencialmente la

permanente sensación de excitación que estos nos provocaban. Siendo sincera, la realidad es que en su presencia no volvió a desaparecer el cosquilleo que cualquiera de sus caricias o sonrisas provocaban en mi estómago. Sin embargo, dimos inicio a una etapa de citas con la que me sentía feliz y cómoda, y que me permitían descubrir un poco más de él, o de las pocas cosas que por lo visto, todavía no conocía. Tomar la decisión de hacer bien las cosas no fue fácil. A cada minuto que pasaba con él, las ganas de besarle, de hundir mis manos en su piel crecían por momentos. Le deseaba. Pero saber que cada día que pasaba ese sentimiento crecía y no desaparecía tan solo confirmaba todas mis sospechas.

Me había enamorado de Olly.

Cuando no estaba concentrada en mi trabajo, pasaba las horas pensando en él, viendo algunas de las fotos que le había hecho o leyendo una y otra vez sus mensajes. Como una colegiala. En algunos momentos llegué a sentir un profundo sentimiento de tristeza por Lorie. Si yo llevaba escasamente un mes conteniendo mis emociones junto a él y sentía que me iba a explotar el pecho la mayoría del tiempo... ¿cómo había podido soportarlo ella? Pero, al mismo tiempo que sufría, estos sentimientos me ayudaban a comprenderla mejor... y gracias a ello fue como volvimos a acercarnos y ser las de siempre.

Un mes después, no obstante, las aguas se habían calmado casi por completo entre nosotras y todo parecía fluir, aunque todavía tuviéramos que mantener algunos aspectos al margen mientras las emociones no desaparecieran por completo. Sin embargo, mis sentimientos por Olly eran cada vez más fuertes, más potentes, más despiadados y profundos. Cuando se acercaba a mí sufría una fuerte sacudida, pensando en que había llegado ese momento en el que sus labios volverían a besarme. Pero este no llegaba y creía que ya no iba a poder soportarlo más. Tal vez haberlos probado antes no ayudaba demasiado... pero los necesitaba. Con desesperación. Después de todo lo sucedido, si algo tenía claro era que Olly y yo, por mucho que lo intentáramos, jamás podríamos volver atrás.

Había estado tentada de sacar el tema en casi todas las ocasiones en las que compartimos un tiempo que se había vuelto extremadamente valioso para mí. A su lado me sentía libre, yo misma... en casa. Y ya no necesitaba repetírmelo una y otra vez para saber que eso era así... y que poco podría hacer por cambiarlo. Me sabía mal por Lorie, por supuesto, pero no podía hacer nada por evitar lo que sentía por él... por no derretirme cada vez que me miraba con aquella sonrisa que había vuelto a reservar solo para mí... por no sentir una sacudida en el pecho cuando el teléfono me alertaba de un nuevo mensaje suyo.

Sin embargo, pese a todo, no me había atrevido a confesarle mis sentimientos, a hablar abiertamente de lo que sentía... de lo mucho que me gustaba sentarme a su lado y hablar de todo y de nada a la vez, de reír sin saber muy bien por qué o de discutir por qué motivo creía que el final de *Lost* era una basura mientras él repetía una y otra vez lo sublime que le había parecido. Nunca habíamos necesitado grandes planes para ser felices... Nunca habíamos necesitado nada que no fuera la compañía del otro para tener la certeza de que estábamos a salvo... Solo que ahora le quería mucho más cerca... mucho más adentro... Mucho más mío. Y no quería volver a compartirle jamás.

Y solo de pensarlo, sentía un peligroso y placentero vértigo.

El teléfono sonó sacándome de forma abrupta de mis pensamientos. Era él. Cerré la puerta del dormitorio para que Lorie no pudiera escucharnos y me dejé caer en la cama con un suspiro contenido y el labio inferior apresado por mis dientes.

—¡Hola!

—¡Hola, pelirroja! ¿Qué haces?

—He llegado a casa hace un rato y ahora estaba revisando unas fotos que hice esta semana.

—¿Sabes que es importante dejar a un lado el trabajo en algún momento?

—¿Sabes que ahora no es precisamente ese momento?

—Pues es una lástima... —añadió, meloso.

—¿Por qué?

—Porque acabo de pedir dos pizzas y mucho me temo que yo solo no voy a poder terminármelas.

—¿Me estás invitando a cenar?

—Depende de cuál sea tu respuesta.

—Eso dependerá de las pizzas que hayas pedido.

—Cuatro estaciones y una con un poco de todos los quesos que tuvieran disponibles.

—Juegas sucio.

—Tú no sabes lo que es jugar sucio...

El tono que empleó nos sumió en unos instantes de silencio. Mi corazón se aceleró y tuve que obligarme a reprimir una sonrisita traviesa. Nos pasaba a menudo. Habían sido muchos años jugando a ese mismo juego, soltándonos comentarios aparentemente sin maldad y que ahora, adquirirían un sentido muy distinto para nosotros. Sin embargo, las chispas últimamente saltaban a cada momento. Era como si los dos deseáramos en silencio sucumbir a la presión, a nuestros cuerpos... al magnetismo que ya no había vuelto a desaparecer. Por un segundo, cerré los ojos y le imaginé con la camisa abierta mientras mis dedos acariciaban su pecho desnudo... temblé y un escalofrío me erizó el vello de la nuca tan solo por evocar una imagen que no había vuelto a repetirse. Como si temiéramos las consecuencias de nuestros propios anhelos.

Esta vez no lo dijo con segundas intenciones, sin embargo, no pude evitar pensar en lo mucho que me gustaría descubrir cómo de sucio podía llegar a ser su juego. En cambio, cerré los ojos, respiré profundo y entonces se me adelantó

justo cuando iba a responder.

—En realidad, quería pedirte ayuda —dijo, cortando mis pensamientos de raíz.

—¿A mí?

—Sí... Es un tema de... trabajo.

—No me lo puedo creer... ¿Vas a contármelo al fin?

—Te recuerdo que estuve a punto de hacerlo hace unas semanas. Pero saliste corriendo porque tuviste una iluminación repentina.

—Cierto, y gracias a ella ahora tengo un nuevo empleo.

—Y no sabes lo feliz que soy por ello —y por su tono supe que no lo decía en broma—. Pero no puedes reprocharme que no quisiera contártelo.

Tenía razón, pero con todo el lío en *Marshall Brothers*, la mudanza, lo de Lorie y las citas que se habían convertido en algo muy distinto a lo que habíamos hecho siempre, se me había vuelto a olvidar por completo. Supongo que había cosas que era imposible tratar de cambiar.

—¿No te da vergüenza que, a estas alturas, siga sin saber a qué dedicas tu tiempo fuera del cine?

—¿Y a ti no te da vergüenza saber que un día te lo conté y no eres capaz de recordarlo?

—*Touché*... —dije sin rencor—. ¿Qué necesitas?

—Opinión profesional.

—¿Para?

—Ven y te lo cuento.

—Está bien. Pero más vale que lo de las pizzas no fuera una de tus bromas.

—Te aseguro que no lo es.

—Nos vemos en un rato.

—Eso espero, pelirroja.

Colgué con la extraña sensación que producen los besos no dados y las sonrisas robadas sin ser vistas. Sonreí, me puse en pie y corrí hacia el armario. Me contemplé un momento en el espejo. ¿Qué debía ponerme? ¿Desde cuándo escogía mi ropa antes de ver a Olly?

Salí después de maquillarme de forma muy suave y de recogerme el pelo en una coleta alta. Lorie estaba tumbada en el sofá, echándole un vistazo a distintas páginas de Facebook e Instagram.

—Elle, ¿has visto esto? Oh... ¿Te vas?

—Sí, salgo a cenar fuera —dije, sin precisar más información. Lo entendió a la perfección y por un momento me sentí mal por ella. Pero no podía dejar de lado mi vida. Estaba siendo correcta, había apartado a Olly de nuestra vida común todo lo posible, pero no podía pedirme que no me sintiera feliz por haber quedado con él para cenar. La vi sonreír de forma forzada y volver la vista hacia la pantalla. Iba con tiempo de sobra por lo que me acerqué un instante para descubrir qué era lo que quería enseñarme.

—¿Qué has visto?

Me senté a su lado y me fijé en la pantalla.

—He encontrado un par de perfiles interesantes y quería enseñártelos.

—Claro. ¿Cuáles son?

—El de *Margareth Swan* y el de *Beauty Palace*. ¿Te suenan?

—Oh, sí. El de Margareth también lo vi... es precioso todo lo que publica.

—Sí... y muy caro. —Se le escapó una sonrisa—. Pero me gustan los tonos

que usa en todas las publicaciones. Siempre tienen una base clara, en tonos nude. He paseado por su perfil de Instagram y todo en su conjunto resulta muy armónico. La sensación que desprende es agradable.

—¿Te has fijado en cuántas publicaciones cuelga al día?

—Tenías razón, es muy constante. Publica de dos a tres veces por día.

—Esa es la clave. ¿Cuántos seguidores tiene?

—Más de cien mil.

—¡Vaya!

—¿Crees que podremos hacer algo así?

—Sí...no es imposible, pero sí difícil. Tendrás que poner también de tu parte para lograrlo.

—Sí, claro... por supuesto.

Puse una mano sobre su muslo y la miré fijamente.

—Todo saldrá bien, ya verás.

—Y si... ¿Y si no funciona?

—Lorie —dije, en un tono que esta vez no admitía réplicas—. Saldrá bien.

Frunció los labios y forzó de nuevo una pequeña sonrisa. Acto seguido, me puse en pie, cogí la chaqueta y el bolso que había colgados en el respaldo de una de las sillas y me dirigí hacia la puerta. Sin embargo, me detuve un momento y pensé. ¿Y si esa era por fin la noche...? Me giré y volví atrás sobre mis pasos para regresar a mi dormitorio y guardarme un pequeño neceser en el bolso... por lo que pudiera pasar. Lorie, ahora desde la cocina, se sorprendió.

—¿No te ibas?

—Sí, pero me he olvidado una cosa.

—Ah... Oye, voy un momento a ver si Adam y Mark tienen una bolsa de palomitas... o lo que sea. Necesito cualquier cosa que cuente con las suficientes calorías como para generarme después remordimientos y aun así, comérmelo sin reparos.

—¿No queda helado en el congelador? —grité desde mi dormitorio mientras sacaba algo de ropa interior limpia y buscaba el pequeño neceser que siempre solía llevar cuando no sabía las horas que iba a pasar fuera de casa.

—No...

—Está bien.

La oí dirigirse hacia la puerta y seguí a lo mío. Volví a mirarme en el espejo y comprobé mi aspecto una vez más, ¿desde cuándo me brillaban así los ojos? Me sonreí coqueta y fui hacia el baño donde busqué el colorete y el lápiz de ojos para llevármelo también. Entonces, volví a mirarme en el espejo y me dediqué unos breves instantes a analizar el color de mis mejillas y la sonrisa bobalicona que me resultaba tan difícil de disimular. Estaba nerviosa. Me sentía nerviosa por ir a ver a Olly. ¿Cómo demonios había sucedido tal cosa? Nerviosa por Olly... Si me lo hubieran dicho unos meses atrás, lo hubiera negado fervientemente y me hubiera reído con todas mis fuerzas. Era imposible. Sin embargo, ahí estaba yo, inmóvil frente a mi propio reflejo, sonrojada y rezumando excitación por todos los poros de mi piel. Era demasiado evidente la necesidad que despertaba en mí, por volver a sentirle tan cerca... más de lo que lo habíamos estado hasta ahora. Necesitaba más. Necesitaba de un paso más. Y ahora, por fin, lo tenía claro. No quería seguir con aquellas citas. No quería seguir fingiendo que podía dominar mis sentimientos y que nada pasaba en realidad. Necesitaba volver a sentir sus manos sobre mi cuerpo, recorriéndolo y haciéndome sentir única y especial.

Me había gustado todo lo que habíamos vivido durante estas últimas semanas. Por supuesto. Era como si nos hubiéramos estado conociendo de un modo distinto, sin embargo, había algo que no desaparecía en ningún momento.

Seguíamos siendo los mismos, los de siempre. Y eso todavía me gustaba más. A su lado no tenía que fingir. Seguía siendo yo, la de siempre, y a él le gustaba. Cambiar hubiera sido un grave error, tratar de fingir ser quien no éramos, también. Nos conocíamos demasiado como para a estas alturas, dar un brusco giro a nuestra propia imagen y sin embargo, lo único que ansiaba conocer de él era el único punto que habíamos estado evitando hasta la fecha. Aunque hubiéramos estado cerca en demasiadas ocasiones. Lo único que nos había salvado era la norma que nos autoimpusimos de mantenernos a un mínimo de treinta centímetros de distancia... por aquello de evitar la tentación. Sin embargo, me dirigía de cabeza a la boca del lobo por primera vez, después de que él me lo pidiera y el latido descarriado de mi corazón se encargó de hacerme sentir como una adolescente de nuevo, a la espera del primer beso de su novio del instituto.

Cuando salí de nuevo, Lorie justo aparecía en el salón. ¿Cuánto tiempo había estado encerrada en el baño? Me fijé en su rostro y vi algo distinto en él, algo extraño. Parecía como ida.

—¿Todo bien con Mark?

—Sí... Sí. No tenían nada en casa.

—¿Quieres que te traiga algo? —murmuré, con la sensación de que algo no iba del todo bien.

—No, tranquila... Me tomaré un refresco.

—Está bien... —respondí sin saber qué más decir. Entonces, me encaminé hacia la puerta sin dejar de observarla, intranquila—. Me voy, ¿vale?

—Pasadlo bien —dijo desde el fondo del salón, con un plural que me desconcertó.

Me giré por última vez en busca de una explicación, justo a tiempo para verla desaparecer en el interior de la cocina.

CAPÍTULO 20

Lorie.

Me daba igual que Mark o Adam me vieran con aquel aspecto. Me moría por una bolsa de patatas fritas o cualquier otra guarrería que llevarme a la boca aquella noche que pintaba larga. Cogí las llaves para no quedarme encerrada en el rellano, abrí la puerta y salí.

—Hola, pelirr... Oh... Lorie. Hola...

Creí que se me había paralizado el corazón, literalmente. Fue una sensación de corte seco, brusco e inesperado. Su voz melosa me llegó muy cerca del oído, casi en un susurro. Hasta que se detuvo al saber que no era Elle sino yo la que había cruzado la puerta. Se me secaron los labios y mis manos comenzaron a temblar. Me afané a esconderlas mientras maldecía una y otra vez mi inoportuno ataque de gula. No había vuelto a verle desde aquella noche en la que todo cambió. Sé que él hizo el intento de dar la cara y disculparse pero yo no podía, no me sentía preparada y, sin embargo, ahí estaba, con el mismo perfume de siempre, con la misma expresión afable... con la misma capacidad para poner todo mi mundo patas arriba.

—Lorie, yo... —empezó, pero no estaba preparada para escuchar lo que quisiera decirme. No lo estaba en absoluto.

—No te preocupes, ahora aviso a Elle —atiné a decir.

Fui a darme media vuelta para regresar de nuevo al interior del apartamento cuanto antes, el único lugar en el que podía sentirme a salvo. Sin embargo, él fue más rápido y cuando fui a llevar mi mano hacia la cerradura, la suya apresó mi muñeca, deteniéndome en seco. La zona en la que sus dedos mantenían el contacto con mi piel comenzó a arder.

—Lorie, tenemos que hablar.

—No, Olly... No hay nada más que hablar. Fue un error. Olvídalo ya, ¿vale?

—No, Caroline, no puedo olvidarlo. —Elevé la mirada y por primera vez la posé en la suya, sintiéndome igual de desnuda que la única noche que habíamos compartido. Solo que esta vez era una clase de desnudo muy distinto, de los que no te hacen sentir radiante y femenina sino pequeña y expuesta—. Quiero que me escuches.

—Olly... —El labio inferior comenzó a temblarme.

—Perdóname, Caroline. Jamás debí comportarme como lo hice. Nunca. Quiero que sepas que me he arrepentido todos y cada uno de los días que han pasado desde entonces. No sabía lo que sentías... —Se detuvo. Que conociera mis sentimientos me abrumó todavía más pero no podía moverme, como si mis pies se hubieran anclado al suelo—. Pero, en ninguno de los casos, debí hacerlo. Quiero que sepas que te aprecio muchísimo y que me comporté como un cerdo contigo. Pero nunca quise hacerte daño... ni tampoco deseé interponerme entre tú y Elle. Tienes que creerme.

Sentí la humedad en la comisura de mis ojos. El labio me seguía temblando, al igual que lo hacían mis manos y el cuerpo entero. Estaba siendo sincero, lo sabía; tan solo había que mirarle a los ojos para darse cuenta de que aquello no era solo pura palabrería.

—No te preocupes, Olly. Por mi parte, está todo olvidado —dije al fin, con más esfuerzo del que me hubiera costado confesar cualquier cosa en toda mi vida. Porque no, no estaba olvidado. Iba a costarme mucho más que unos días olvidarme de todo lo que sentí esa noche, de todo lo que una mirada suya despertaba en mí, de todas las sensaciones que sus manos grabaron en mi cuerpo, de todas las sonrisas que no podría olvidar tan fácilmente.

—¿Puedo hacer algo por ti? Lo que sea, Lorie.

—No... de verdad. Tan solo... dadme tiempo, ¿vale?

Me escrutó apenas sin parpadear, como si pretendiera decirme a través de su mirada todo aquello para lo que no encontraba palabras. Su mano aminoró la presión y sus dedos liberaron mi muñeca, que seguía apresada en ellos mientras que la zona en la que entraron en contacto había alcanzado puntos importantes de temperatura.

—Volveremos a vernos pronto... solo os pido un poco de tiempo.

—Claro... por supuesto.

Giré la llave en el interior de la cerradura y empujé la puerta justo antes de girarme hacia él por última vez. Sus labios se tensaron en un intento de sonrisa que no llegó a serlo del todo, antes de articular un silencioso “cuídate”, al que respondí con el mismo intento de sonrisa. Una vez dentro, cerré a mis espaldas y me concedí unos instantes para recuperar el aire que por lo visto me faltaba. Me sentía incluso mareada por culpa de la impresión. Había pasado un mes sin verle y, sin embargo, para mi cuerpo todo seguía demasiado reciente por lo visto. Me dirigí hacia el salón y justo en ese momento vi que Elle salía del baño, con el rostro demasiado sonrosado como para no sentirse emocionada. Me hubiera gustado desaparecer en ese instante, volver atrás en el tiempo y tragarme el maldito antojo por culpa del cual ahora me sentía desestabilizada.

—¿Todo bien con Mark? —dijo de pronto, con una mirada interrogante.

—Sí... Sí. No tenían nada en casa.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, tranquila... Me tomaré un refresco —mentí, con la esperanza de que no se notara.

—Está bien... —La vi encaminarse hacia la puerta—. Me voy, ¿vale?

—Pasadlo bien —dije entonces, sin poder evitarlo, y sin ninguna maldad en

realidad. Deseaba que lo pasaran bien, que fueran felices... casi tanto como deseaba que todo aquello acabara de una maldita vez.

Me colé en el interior de la cocina conteniendo un resuello, hasta que me aseguré de que habían pasado unos segundos y la puerta no volvía a abrirse. No se oían voces desde el rellano, de hecho, no se oía nada de nada. Hasta que, de lejos, escuché la puerta principal del edificio cerrarse. Olly debía de haber regresado a la calle.

Me apoyé de espaldas en la encimera de la cocina y escondí el rostro entre mis manos mientras me concentraba en inspirar y expirar. Necesitaba que todo aquello saliera de mí, tan solo para no volver a guardarlo a riesgo de que con ello, volviera a almacenar en mi interior sentimientos que no deseaba albergar. Todo había ido bien hasta el momento y así debía de seguir siendo.

Justo en ese instante, cuando temía volver a desmoronarme, el teléfono comenzó a sonar en el salón. Respiré hondo y me dirigí hacia ahí. Miré la pantalla antes de responder.

—Hola, Sarah.

—¡Hola, cielo! ¿Qué tal? ¿Estáis viendo la tele sin mí? ¿Qué serie veis?

—No... No, vemos nada. Elle ha salido a cenar. Estoy sola en casa.

—Ah... ¿Estás bien? —titubeó un instante.

—Sí.

—Bien. Oye, tengo una propuesta para ti.

Consiguió captar mi atención y esperé impaciente su información. Necesitaba concentrarme en lo que fuera.

—Sally, una chica de la academia, tiene una actuación importante mañana y necesita que alguien la peine y la maquille... Y he pensado en ti.

—Oh... claro, por supuesto. ¿Le has dado el teléfono del salón?

—No... el tema es que va con el tiempo muy justo porque también tiene una sesión de fotos previa y necesitaría que se lo hicieras en casa. Se presenta al casting de *The X factor* y le harán un reportaje completo que emitirían después en el caso de que pasara a formar parte del programa.

—Joder, ¿va a estar la tele ahí?

—Sí, Lorie... Sé que no estás acostumbrada a trabajar en domicilios pero... es una oportunidad única. Tiene el contacto de otra estilista pero le hablé de ti y le dije que tú siempre habías sido la que me había preparado a mí antes de las pruebas y actuaciones y la convencí para darte una oportunidad. Si aceptas, no llamaré a la otra chica. —Tomó aire antes de repetir una vez más lo mismo que había dicho segundos atrás—. Es una oportunidad única, Lorie.

Pensé rápidamente. Tenía todo lo que podía necesitar en casa. Ni siquiera debería pasar por el salón a buscar material. Además, no teníamos reservas por la mañana, Kate podría ocuparse de abrir ella sola y de las clientas que pudieran aparecer. Estaba perfectamente preparada para ello.

—Está bien. Iré. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que la chica nos deje tomar fotos del proceso y Elle venga conmigo.

—¿Qué?

—Es para mí, para poder usar esas fotos después en redes sociales.

—Se lo preguntaré... pero no creo que haya inconveniente alguno, siempre que no se vea nada del programa. Es confidencial.

—En absoluto, solo necesito fotos del proceso de maquillaje y peinado, primeros planos principalmente.

—Hablo con ella y te digo. Gracias, Lorie.

—Gracias a ti, Sarah. Necesitaba algo así.

—Lo sé...

Un extraño silencio se interpuso entre nosotras durante unos segundos.

—¿Qué tal todo? —dije entonces, echando de menos tenerla en el sofá en ese momento.

—Bien... supongo.

—¿Supones?

—Creo que me estoy volviendo loca, Lorie.

—Bienvenida al lado oscuro.

La oí reír y no pude evitar hacer lo mismo. Recuperándome lentamente después del inesperado traspié.

—Es por Mike.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Es... complicado.

—Comprendo.

—MUY complicado —insistió sin que lo esperara.

—¿Sabes? Por lo visto me he vuelto toda una experta en cosas complicadas... ¿Quieres un consejo?

—Por favor —respondió y percibí el tono cómplice a través del teléfono.

—No pienses en nada y haz lo que te salga del... de ahí. Vive, Sarah... Porque te aseguro que el lado oscuro es una jodida basura.

Tardó unos instantes en responder.

—¿Qué ha pasado con Olly? —dijo entonces, dando en el clavo, como siempre.

—Nada.

—Lorie...

—Es... complicado —respondí entonces, usando el mismo tono que había usado ella segundos atrás.

—Lo dejamos en tablas. Pero... gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

—Me alegro. Voy a preparar todo lo de mañana, entonces. ¿Me enviarás un mensaje con la confirmación y el lugar y hora de la cita?

—Claro. Le envió uno a ella ahora mismo y te digo algo en cuanto sepa. Un besito. Que descanses.

—Otro para ti.

—Oye... ¿Me echáis de menos? —dijo con la boca pequeña antes de colgar.

Reí de nuevo.

—No sabes cuánto.

Colgué tras despedirme de nuevo, ahora con una sensación más apacible en el estómago y dejé el teléfono sobre la mesilla mientras me dedicaba unos instantes a pensar en lo que acababa de proponerme. Tenía razón, seguramente era una oportunidad única. Lo sabía. No por lo de que la tele estuviera ahí y mi peinado y maquillaje fueran a verse posiblemente a través de un famoso programa... sino porque acababa de darme una idea en la que no había reparado hasta ahora. ¿Sería aquello lo que verdaderamente necesitaba...? ¿Sería aquello lo que había estado esperando... aun sin ser consciente de ello?

CAPÍTULO 21

Elle.

Salí a la calle mientras me subía la cremallera de la cazadora, mirando al suelo para evitar tropezarme y caer por las escaleras. Nada descabellado tratándose de mí.

—Hola, pelirroja.

Su voz me cogió totalmente por sorpresa. No le esperaba ahí. Creía que estaría esperándome en el sótano, tal y como había dicho, junto a un par de pizzas que seguramente no seguirían calientes a mi llegada. Sin embargo, no pude evitar que mi rostro mostrara una sonrisa bobalicona y tímida al descubrirle de pie junto a la moto. Estaba guapísimo. Iba vestido de negro, con una camiseta ajustada y una cazadora tejana encima. Cuando la curva de sus labios me hizo saber que se alegraba de verme me sonrojé sin más, como una niña a la que su ídolo miraba por única vez en su vida. Había expresiones que no podían evitarse y sus efectos... podían convertirse en el más delicioso de los motivos para querer seguir viviendo.

Me detuve al llegar a su encuentro, sin saber muy bien qué hacer. Me sentía mucho más nerviosa de lo que lo había estado a lo largo de todo ese último mes. Me intimidaba su presencia; no en el mal sentido, por supuesto, sino más bien provocándome aquellas traicioneras cosquillas que las primeras fases del amor recién descubierto son capaces de producir. Por el amor de Dios, ¿qué me pasaba? Estaba irreconocible... atontada e irreconocible. Olly debía de estar arrepintiéndose de haberme escogido, estaba segura. Aunque en el fondo de mi corazón esperaba que no lo hiciera.

Alcé el mentón y busqué sus ojos, que me observaban entornados, mientras sus labios ahora dejaban al descubierto una sonrisa demasiado evidente y provocadora. No me dio tiempo a decir nada más. Su mano fue directa hacia mi nuca, la apresó y me acercó hacia él mientras sus labios me buscaban casi con desesperación por primera vez después de todo ese tiempo. Hacía días que no nos habíamos vuelto a besar de ese modo, con esa necesidad, con semejante incontinencia. Y ese escenario, con el puente de Brooklyn como telón de fondo, se convirtió en el más especial de todos los posibles. Posé mi mano sobre su pecho y me concentré en su respiración mientras seguía perdiéndome en unos besos sin los cuales, no sabía cómo había podido vivir. No sabía qué era lo que sucedía, no tenía ni la más remota idea de por qué me necesitaba tanto precisamente esa noche en la que yo sentía la misma desesperación. Tan solo quería saciarle o tal vez, demostrarle que en ningún otro lugar... en ninguna otra mujer encontraría lo que yo era capaz de darle.

Sus labios me liberaron y sus ojos me buscaron una vez más, con aquel grisáceo color de bruma y para mi sorpresa, volvió a sonreír. Brillaba, había algo distinto en él. ¿Sería posible que los dos hubiéramos sentido lo mismo esa noche? ¿Sería posible que hubiera llegado el momento...?

—Vamos.

—¿Adónde? —respondí, ante sus prisas precipitadas y el temblor inesperado de mis piernas.

—Necesito enseñarte algo.

Se giró hacia la moto y me tendió un casco para luego coger el suyo.

—¿Qué es lo que pasa, Olly? —dije en un tono agudo, que incluso a él le sorprendió.

Se puso el casco y lo anudó con unos dedos hábiles y diestros, más que acostumbrados a ese movimiento. Subió a la moto, giró la muñeca y la hizo

rugir. Me contagié de su prisa y de la excitación de su cuerpo.

—¿Olly...? —Insistí, montando tras él después de que me hiciera un gesto con la cabeza apremiante.

—No quiero que pase un solo día más sin que lo sepas. No quiero secretos entre nosotros, Elle. Ni uno más —sentenció, con una firmeza que me cautivó.

Giró de nuevo la muñeca y esta vez la moto empezó a moverse con nosotros dos encima. No fue brusco, pero pasé las manos por su cintura y me aferré a ella, sintiéndome extrañamente en casa... un hogar que siempre me había resultado familiar.

Recorrimos las calles de Brooklyn acompañados por el intenso rugido del motor que había bajo nuestros cuerpos. Olly conocía a la perfección el recorrido y la frecuencia de los semáforos. Callejeó por el distrito hasta dejar atrás nuestro barrio para acercarse a la zona en la que estaba ubicado su edificio. No entendía nada de lo que estaba sucediendo. No comprendía sus prisas, ni qué era aquello que le urgía tanto mostrarme. Pero me moría de ganas por descubrirlo.

Llegamos a su calle en apenas un santiamén. Detuvo la moto, apagó el motor y permaneció inmóvil a la espera de que yo bajara. Lo hice y mientras él también bajaba, me saqué el casco y lo miré impaciente. No sabía qué decir o hacer, me había desarmado por completo y supuse que lo notó cuando, al quitarse el casco, me miró y sonrió de forma todavía más enigmática. Todo mi cuerpo reaccionó, como si volviera de correr un maratón. Era el día. Tenía que serlo. No podía seguir negándome a mí misma lo que sentía por él. Sencillamente, no podía.

—Vamos —volvió a decir, esta vez tendiéndome la mano para que me asiera a él.

No entendía nada y sin embargo, me contagió por completo de una emoción que en realidad no me pertenecía pero que deseaba hacer mía. Quería ser partícipe de su secreto y compartirlo con él para que ahora nos perteneciera a los

dos. Para siempre.

Cuando sus dedos se entrelazaron con los míos aceleró el paso hasta que de pronto, nos sorprendimos corriendo hasta la entrada principal del edificio en el que estaba su apartamento. Me soltó un segundo para buscar las llaves que llevaba en el bolsillo del pantalón, las sacó y las hizo girar en la cerradura. Entré tras él, con el pulso todavía más acelerado y bajamos las escaleras que nos llevaban hacia el sótano donde de nuevo, esta vez con las llaves ya en la mano, abrió la puerta. Al entrar sentí que me faltaba el aliento y todavía no tenía ni la menor idea de cuál era el motivo por el que me sentía de ese modo. Cerró a mis espaldas y dio una vuelta de llave para que nadie pudiera abrir desde fuera, aunque me constaba que aparte de su compañero, nadie más tenía copias de las llaves. Supuse que era una costumbre que le hacía sentirse seguro. Miré a mi alrededor y descubrí un montón de focos encendidos que no había visto en las anteriores ocasiones, como si hiciera poco que hubieran estado grabando o haciendo fotos esa misma tarde. Le miré con una expresión extraña y vi que no podía borrar aquella sonrisa tan radiante de su rostro. Pero dejé de fijarme en él para seguir haciéndolo en todo lo que había a mi alrededor. Di la vuelta a la estancia. El sofá estaba iluminado así como también la cama; más adelante había dos sillas, separadas por una pared que descubrí que era móvil y que él debía de haber desplazado. No comprendía absolutamente nada de nada. Regresé hasta dónde él se encontraba y le descubrí encendiendo el ordenador y un par de pantallas. Después activó un equipo de música y también los altavoces que este tenía conectados.

—¿Qué es todo esto...?

—Elle... estoy harto. —Aquello sí que me cogió por sorpresa. Harto... ¿de mí? ¿De nosotros? Ante mi desconcertada expresión, se afanó a explicarse mejor —. No puedo más, Elle. Yo... te necesito. Te necesito tanto como el aire que respiro y lo sé porque cada vez que cruzas esa puerta y regresas a casa, me apago. Y no quiero hacerlo más. —Se detuvo un instante y buscó mis manos

para envolverlas con las suyas—. Hemos compartido muchos años, muchas historias y anécdotas. Yo soy quien soy porque estás ahí. Y lo sé porque... porque lo sé. Solo necesitaba confirmarlo. Comprobar por mis propios medios que no me estaba equivocando y ahora... ahora lo sé. Y sé que tú también sientes lo mismo.

—Olly... No te entiendo... No sé de qué me estás hablando —murmuré, sin poder contener el temblor de mis manos y de mi voz. Jamás le había visto de ese modo, nunca. Y por primera vez con él, no sabía cómo actuar, qué hacer, qué pensar o decir.

—Antes de nada quiero pedirte perdón.

—¿Perdón? No tienes que pedirme perdón... te dije que ya estaba todo olvidado... que solo necesitaba tiempo... —Pero no me dio la oportunidad de terminar la frase sino que me cortó.

—No me refiero a eso. No me refiero a Lorie. Me refiero a nosotros; a ti y a mí.

—Olly... explícate, por favor. Me estás asustando.

Cogió aire y lo expulsó lentamente, como si quisiera asegurarse de que sus pulmones quedaban completamente vacíos. Sus manos aferraron con más fuerza las mías, que por suerte seguían apesadas por el calor de sus dedos, de lo contrario no habría sabido qué hacer con ellas o dónde meterlas para que dejaran de temblar. Frunció los labios, miró al techo y luego volvió a fijar la mirada en mí.

—Hace años creé una pequeña productora de cortometrajes. Quería dedicarme a hacer experimentos sociales. —De pronto, una imagen asaltó mi memoria. Me sonaba. Me lo había explicado. No era capaz de recordar los detalles pero sabía que habíamos mantenido esa conversación y que yo, en parte me reí de él y de lo imposible que sonaba todo lo que me decía. Sin embargo, el

hombre que tenía delante no hablaba de imposibles ni de absurdos sino que mostraba una felicidad comedida y radiante, difícil de describir. Quería escucharle, necesitaba saber todo lo que quería contarme—. Dijiste que era algo difícil. Bonito pero difícil. Y te dije que tenías razón, pero que no por ello iba a renunciar a lo que quería hacer. Brindaste conmigo y me deseaste suerte. — Tragué saliva con dificultad, como si se me atragantaran las palabras—. Ha sido difícil, han sido años trabajando en este sótano a solas, pensando ideas, estudiando imágenes, segundos, instantes, gestos, miradas...

—Olly... —Pero no supe cómo seguir así que volví a callarme.

—Ven.

Me soltó solo una mano y me guio hacia la zona en la que había situadas las pantallas. Me acomodé en la silla y él se agachó frente al equipo en el que se dedicó a pulsar algunas teclas y buscar en algunas carpetas antes de dar con lo que supuestamente quería.

—¿Te suena algo de lo que te he dicho?

Asentí en silencio, demasiado sobrecogida por la gran cantidad de estímulos que me abordaban en ese momento.

—¿Recuerdas que era lo que más me gustaba?

—La comunicación no verbal —dije en un hilo de voz, temiendo equivocarme.

Pero no lo hice y lo supe porque su sonrisa, a pesar de la gran cantidad de focos que había encendidos en ese preciso instante, brilló con más luz que la que todas las bombillas del mundo podrían llegar a recrear.

—Exacto. La comunicación no verbal. La capacidad que tenemos los seres humanos de transmitir todo aquello para lo que no existen palabras. La posibilidad de que una mirada pueda romperte el corazón, de que una sonrisa provoque un beso inesperado o la sensación de que se te corte la respiración con

el simple roce de una caricia.

Creía que a la que se le iba a cortar la respiración sería precisamente a mí si seguía contándome todo aquello con ese entusiasmo sin llegar a revelarme en realidad a qué narices se estaban refiriendo.

—Antes de nada, de nuevo, te pido perdón.

—Olly, me asustas —aseveré, esta vez más contundente. Pero no sentía miedo. No temía nada de lo que un hombre que hablara con esa dulzura pudiera haber hecho.

—Voy a enseñarte algo que me ha llevado muchos días, muchas noches de trabajo, de pensar, de darle vueltas, de observar y sobre todo, de asimilar. No quiero que me juzgues antes de tiempo. Quiero que lo veas por completo y luego, si quieres matarme, podrás hacerlo.

Sentí la palpitación en la garganta y los dedos temblorosos. Me miró, me besó el dorso de la mano y pulsó el *play*. Acto seguido, se puso en pie, me apretó la mano por última vez y se alejó de mí. Le miré confusa y luego volví a fijarme en la pantalla, ahora completamente en negro. Su nombre apareció debajo, en una esquina. Olliver Gladstone. En letras blancas, finas, elegantes y minimalistas. De pronto, las luces se apagaron y me sobresalté. Me giré hacia él y le vi apoyarse junto a la puerta, donde estaban los interruptores, sacó un cigarrillo, lo llevó hacia sus labios, lo encendió y dio una larga calada. Elevó la cabeza, perdió la mirada en el techo y como si todos los problemas pudieran desaparecer con la facilidad del humo, lo expulsó lentamente, creando una nube blanca que lentamente se fue evaporando hacia las alturas del elevado techo de aquel sótano que acababa de adquirir un significado muy distinto. Ojalá llevara la cámara encima. Ojalá hubiera inmortalizado ese momento.

Escuché las primeras notas de un piano, una melodía que no supe reconocer y me giré de nuevo hacia la pantalla, como si me hubiera olvidado de ella por completo. Una pregunta apareció sobre el fondo negro. Hablaba sobre el amor.

De pronto, aparecieron un chico y una chica, sentados en un taburete, uno a cada lado de esa pared móvil que había descubierto minutos antes. La imagen era en blanco y negro. El chico se quedó pensativo, la chica, por otro lado, parecía soñar despierta. En ambos casos, la respuesta fue positiva. Las preguntas fueron sucediéndose una tras otra, iban apareciendo distintas personas y entre ellas no podían verse y por lo que parecía, tampoco oírse. Como si no se hubieran grabado las imágenes al mismo tiempo. Entendí después que muchos de los entrevistados eran pareja y que desconocían que ambos estaban siendo preguntados acerca del amor. Descubrí también, con el corazón encogido, que la edad no era requisito para dejarse llevar, pues también aparecieron algunas personas mayores en cuyos rostros todavía brillaba el rastro de lo que un día fue especial. Entonces, la imagen volvió a apagarse y aunque ya no podía borrar la sonrisa del mío cuando las parejas se reencontraron después de escuchar la respuesta del otro, sentí que en realidad, todo aquello no había hecho nada más que empezar.

La siguiente imagen me dejó sin aliento. Esta vez de verdad. Era ese mismo sótano, pero en él aparecíamos Olly y yo. No era consciente de haber sido filmada. Eran imágenes sin voz, tan solo iban sucediéndose una tras otra mientras la melodía de piano acompañaba con suavidad cada una de ellas. Había primeros planos de una mirada. Me vi a mí misma derritiéndome mientras Olly le daba un bocado a una porción de pizza que yo sostenía entre las manos. Le vi a él sonriendo mientras yo le hacía fotos en aquel sofá que ahora tanto me gustaba. Llevaba una camisa blanca desabrochada y unos tejanos, e iba descalzo. Recordaba aquella noche. Recordaba todas las fotos que le hice y que almacenaba en mi ordenador como el mayor de mis tesoros. Me vi también sentada en el sofá a su lado, cuando estuvo a punto de contarme a qué se dedicaba. Le vi besarme de forma incontenible y me llevé las manos a la boca sorprendida por la pasión que esto encendió en mí. En otra imagen, nos vi a los dos sentados frente al ordenador. Había un bol con palomitas y un par de latas de

refresco sobre la mesa. Fue la noche en la que le estaba explicando algunas de las ideas que tenía para el proyecto de *Marshall*, cuando le confesé que estaba pensando en la chica de los sándwiches para proponerle ser la siguiente y él me dijo que le parecía una gran idea. Me estremecí al ver cómo en uno de los momentos en los que yo debía estar explicándole lo que tenía en mente, su rostro giró hacia mí mientras mi mirada seguía perdida en la pantalla en la que seguía mostrándole algunas de mis últimas fotos, sin ser consciente de cómo me observaba. Me costó contener el pinchazo que me atravesó el pecho en ese instante al descubrir una mirada que, en vivo, jamás había creído ver. El plano volvió a cambiar y me vi riendo y saltando sobre la cama que había en un rincón, con una de sus camisas blancas y la melena suelta mientras él era el que me hacía las fotos esta vez. Había pasado poco más de una semana desde aquella noche. Me fijé en él y en la forma con la que miró la cámara mientras pasaba las fotos que acababa de hacer. De fondo, jadeante, con las piernas dobladas y envolviéndolas con mis brazos, yo le observaba sentada en la cama, sonriente, natural y sencillamente libre. Esa noche olvidé todo lo que no éramos él y yo. Olvidé lo nerviosa que me sentía mientras trataba de almacenar toda la información que recibía en cada jornada de formación. Olvidé también las horas que pasaba pensando en todas las formas viables y posibles que existían para reavivar el negocio de Lorie, o cómo podía hacerlo para seleccionar a mis próximas ladronas, aquellas mujeres a las que deseaba echar una mano con lo único que sabía hacer, con lo único que me movía por dentro.

De nuevo, el plano cambió y esta vez me vi a mí misma pasando las imágenes en la cámara. Recordaba ese momento. Olly había ido al baño y aproveché para mirarlas de nuevo. Todas eran de él. Me vi sonreír de una forma que no reconocía, mientras acariciaba la pequeña pantalla con un dedo, siguiendo sus facciones, en un gesto que ni siquiera recordaba. Estaba sentada en el mismo sitio que ocupaba ahora mismo. Alcé la cabeza y busqué la cámara en cuestión. Me costó pero al final la encontré. Pero no tenía el puntito rojo, por lo

que pensé que esta vez no estaba encendida. Entonces, sintiendo que me iba a estallar el pecho por el cúmulo de emociones que se amontonaban en mi interior en ese momento, fui a ponerme en pie justo cuando sentí sus brazos rodeando mi cuello, impidiéndome así levantarme. Su rostro se acercó a mi oído, lentamente, y sus labios me besaron en la zona de la mandíbula, de forma dulce y delicada.

—No puedo engañarme a mí mismo, Danielle —dijo, usando esta vez mi nombre de un modo que me estremeció por completo. Me emocioné como no lo había hecho nunca antes, consciente quizá de lo que iba a decir a continuación y de lo mucho que deseaba oírlo, al mismo tiempo que me sentía aterrada con solo pensarlo—. Te lo he dicho miles de veces... Tantas que ni siquiera podría contarlas. Te lo he dicho consciente y borracho. Te lo he dicho entre risas y también cuando estabas triste. —Se detuvo un segundo, volvió a besarme la mandíbula y se movió lentamente. Esta vez se colocó frente a mí, que permanecía inmóvil en la silla, y se agachó hasta que nuestros rostros volvieron a quedar a la misma altura. Había algo distinto en su rostro, algo mágico, y me costó no hacer caso a la sensación de vértigo que provenía de mi estómago o a la humedad de mis ojos—. Te lo he dicho cada vez que lo he sentido y sin embargo, creo que nunca había sido tan sincero como lo estoy siendo ahora. Elle... te quiero. Te quiero tanto que mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella. No lo sabía, no era consciente de ello... Pero me bastó uno solo de tus besos para saber que no querría probar otros labios nunca más. Durante todos estos días he tratado de aclarar mis ideas, de sentirme bien, de comprender qué era lo que me estaba pasando. No quería estropear lo que tenemos, Elle. No quería cagarla y echarlo todo a perder.

»Por eso decidí grabarnos. Lo hice porque necesitaba verme contigo, desde fuera, desde un plano que no fuera el de la locura a la que me llevaban tus sonrisas, tus caricias o cada uno de tus besos. He estado reprimiendo las ganas que tenía de ti, quería hacerlo bien. Quería estar seguro... y, llegados a este punto, creo que en mi vida he estado más seguro de algo. Te quiero, Elle. Y creo

que ya no hay forma humana que me permita dejar de hacerlo.

Cuando terminó fui consciente de que por mis mejillas corrían lágrimas silenciosas. Jamás me habían dedicado unas palabras tan bonitas como esas. Jamás me habían hecho sentir tan especial. Jamás me habían mirado como él lo hacía... y sabía que yo tampoco lo había hecho con ningún hombre. Olly era especial. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Y ahora estaba más segura que nunca de lo mucho que le necesitaba a mi lado, de lo que él significaba para mí y de lo mucho que yo también le quería.

No respondí. No pude hacerlo. Era incapaz de articular palabra alguna. Sus ojos me observaban con la sinceridad de un hombre que no temía expresar sus sentimientos, con palabras o sin ellas. En ese instante fui consciente de que ya no recordaba la vida sin él. A su lado me había convertido en mujer. Habíamos compartido cientos de anécdotas, de ligues, de noches de palomitas, de mensajes inesperados, de discusiones absurdas, de batidos y *bagels* de mantequilla, de chocolate con nubes... Habíamos compartido tanto que la sola idea de apartar todo eso de mí me comprimía y me impedía respirar. Su error ya no me dolía, porque lo que había visto en ese vídeo era sincero, real, puro e imposible de fingir. Todos teníamos derecho a equivocarnos... lo difícil era aprender a dejar atrás nuestros errores y empezar de nuevo tras ellos.

Le besé como no lo había hecho antes, esta vez entregándole todo lo que quedaba de mí. La Elle que seguía viva, la que había decidido cambiar y dar un paso al frente, la que quería seguir siendo libre, la que quería volar alto... la que quería hacerlo con él.

El primer contacto fue cauto y precavido, necesitábamos entender lo que ese beso significaba para el otro. Pero no pude dejar de sonreír. Sonreía pegada a él, a sus labios, a la intensidad con la que su pecho subía y bajaba contra el mío. Entonces, sus movimientos se tornaron más intensos hasta que estos me abdujeron por completo. Sus manos recorrieron mi espalda y me puse en pie. Me

cogió en volandas con la facilidad de dos cuerpos que han nacido para acoplarse y me llevó hacia la cama, en la que ya no había focos encendidos. Resollaba de forma agitada y costosa y su voz sonaba rota y rasgada, con una excitación que no había descubierto en él, ni siquiera cuando traté de provocarle. Sus manos recorrían ávidas mi cuerpo mientras se desprendían de mi ropa. Tiré de su camisa y me deshice de ella para luego hacer lo mismo con sus pantalones. Se acomodó entre mis piernas con una facilidad que me impactó y su barba me hacía cosquillas mientras sus besos recorrían mi cuerpo, sin querer olvidarse ni un solo punto de mi piel. Entonces, cuando sus manos desabrocharon la parte trasera de mi sujetador, caí en la cuenta de algo que podía jugaros una mala pasada por la que no estaba dispuesta a pasar.

—Olly... —murmuré apenas sin voz—. Las cámaras... ¿Están encendidas? —jadeé, mientras sentía sus labios hundidos en mi cuello.

—No —resolló, mientras sus manos se hundían descubriendo nuevas partes de mi cuerpo a las que jamás antes había tenido acceso—. Esto nos pertenece a nosotros. Solo a ti y a mí. Solo a este momento.

Se hundió en mi interior con facilidad, como si llevara toda una vida esperando para hacerlo. Y entonces, en esa milésima de segundo en la que todos tus sentimientos se estrellan, colisionan entre ellos y crees que ese es el momento por el que todo lo vivido ha valido la pena, me permitió comprender que la felicidad, a veces, está más al alcance de lo que nuestros miedos nos permiten ver.

En la próxima entrega...

Justo en el momento en el que se sentían más perdidas, las chicas han sabido enfrentarse a la situación y plantarle cara a la realidad de unos sentimientos que prometían tormenta. No les ha resultado fácil, pero justamente ese es el secreto de la verdadera amistad.

Sin embargo, las cosas siguen sin ser como tal vez desearían. Lorie y Elle han conseguido perdonarse pero entre ellas seguirá habiendo una barrera con nombre masculino. No obstante, ahora que Sarah no está en casa, su relación se afianzará con el paso de los días, y también gracias a los primeros pasos de Elle en su proyecto.

Elle, por su parte, se siente más radiante que nunca al sentirse realizada por primera vez en el trabajo y sobre todo, después de que Olly le hablara con el corazón expuesto. ¿Será ese el inicio de una nueva relación entre ellos?

Sarah es, por último, la más perjudicada y es que Mike ha desbaratado todos sus planes, recordándole quién fue y al mismo tiempo, demostrándole quién es ahora. Sin embargo, sus sentimientos no son claros y Sarah se siente completamente perdida. ¿Qué es lo que pretende con ella?

Próximamente...

LADRONAS
de NUEVA
York

Libro 5

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

Todo vuestro apoyo cuenta.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer también qué os ha parecido la historia. No os llevará más de un par de minutos y os lo agradeceré de todo corazón.

Gracias por darle una oportunidad.

Facebook

www.facebook.com/estefaniayepesescritora

Twitter / Instagram

@nia_yepes

www.estefaniayepes.com